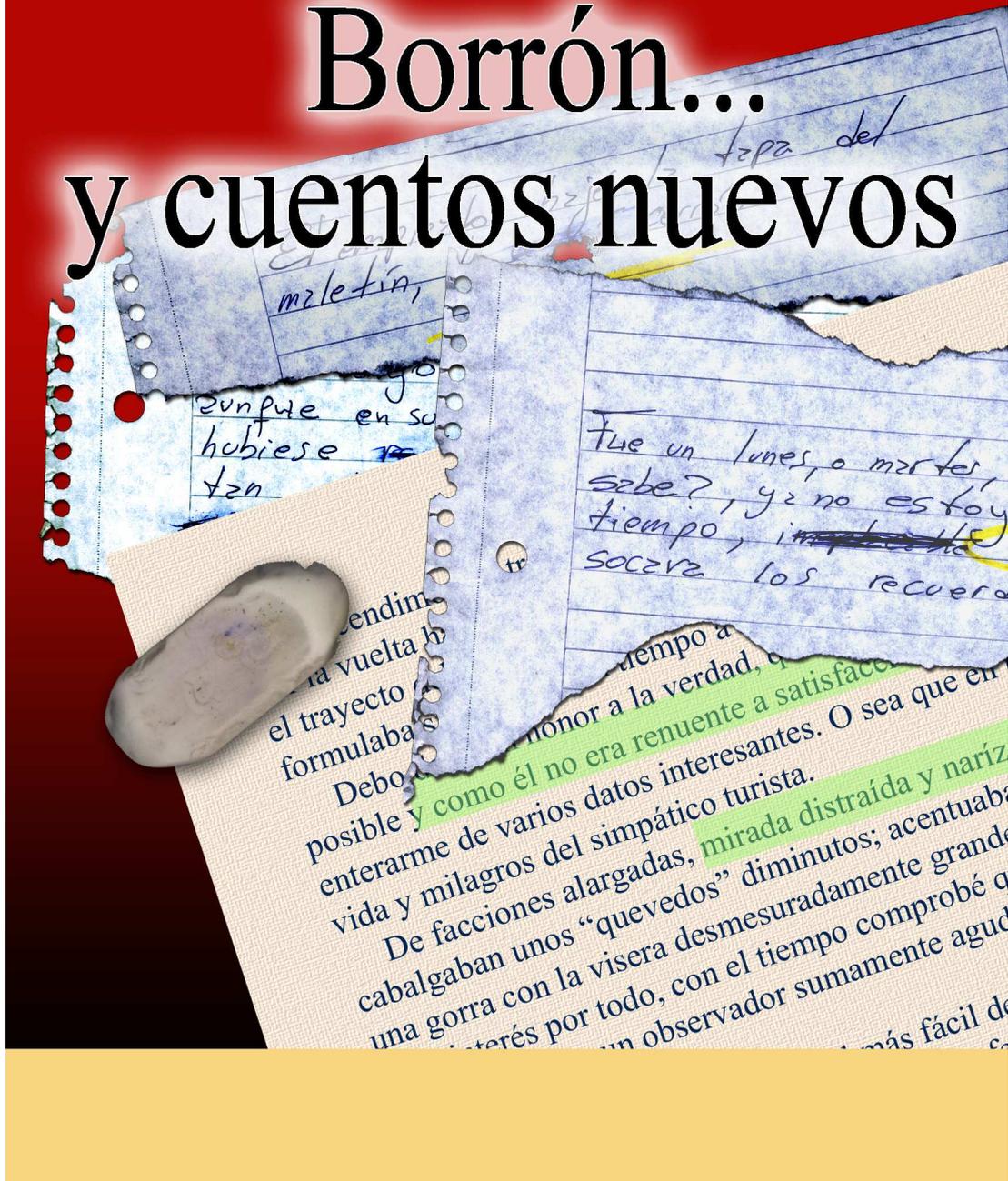


NEMESIO MARTÍN ROMÁN



Borrón... y cuentos nuevos



BORRÓN...

Y

CUENTOS

NUEVOS

Nemesio Martín Román

Arias, Córdoba

República Argentina

2009

“Urgida por convertirse en tinta,
bulle apremiante la sangre de las venas;
para anegar, cual río desbordado,
los espacios siderales de las letras”.¹

Cuando la tinta que vierten los poetas,
supere a la sangre que derrama la metralla,
la humanidad podrá decir a ciencia cierta,
que al fin... está ganando la batalla.

(N.M.R. “Reflexiones” Arias, 2001)

¹) N. M. R. (Fragmento) ¿Qué es un poeta? “Homenaje a Pablo Neruda”, pág. 85. Pegaso Ediciones, Rosario, S. Fe. (2001).

Datos:

Portada: **Víctor Vera**

Fotografía: **Nehuén Vera**

Nemesio Martín Román

Av. San Luis 1158

2624- **Arias**, Córdoba

03468/441736

Correos electrónicos:

ene_eme_erre@hotmail.com

ene_eme_erre@yahoo.com.ar

elneme_escribe@yahoo.com.ar

Blos:

<http://ariense.blogspot.com> (Narraciones confidenciales).

<http://hijodeituero.blogspot.com> (Borrón... y cuentos nuevos).

<http://elmisindo.blogspot.com> (Poesías).

<http://elmisindonemesiomartinroman.blogspot.com> (Biografía, prosa e informes).

Sitios Web:

<http://letras.neositios.com>

<http://elnemeescribe.jimdo.com>

Dedicatorias:

A "Poty", in memoriam.

A mi familia, por su paciencia ante mis ausencias físicas y espirituales.

A Emir y Poty, por permitirme compartir la vida.

A Arias, mi patria chica.

A quienes se consideran mis amigos.

Referente al prólogo

A dos décadas de nuestro taller literario, que funcionaba en la casa de los esposos Fraga; tras el alejamiento de éstos de la localidad, los dieciséis entusiastas escritores nos dispersamos y el taller pasó a ser una anécdota. Durante todos estos años nos mantuvimos en permanente contacto y el vínculo afectivo inicial se afianzó. En todo momento Segundo Hipólito “Poty” y Emir me instaron a proseguir, fortaleciendo mi vocación.

Cuando, por diversas razones (la salud, entre otras), debía posponer este proyecto editorial, me ofrecieron lo que “hiciese falta” para concretarlo.

Por todo ello. Por lo que significa su amistad y apoyo incondicional al creer en mí; solicité a Emir me honrase prologando la publicación.

Nemesio Martín Román

Prólogo

No es fácil ni simple plasmar en unas pocas líneas la emoción experimentada ante el nacimiento de una obra literaria.

Mucho menos si, como en este caso, el autor de la misma es un dilecto amigo con quien se ha compartido una etapa muy especial de la existencia.

Adentrarse en las obras de Nemesio y vivir las sensaciones propuestas por él, deja siempre un saldo sumamente positivo. Este escritor, si bien con lo castizo de su pluma recuerda en forma permanente el terruño; tras más de medio siglo en nuestro país, se compromete profundamente con el mismo, ya que, según manifiesta, constituye su verdadera patria.

Así, consustanciado con la geografía argentina y la idiosincrasia de su gente, despliega ante el lector en forma clara y profunda a la vez: historias, anécdotas y personajes propios de estas latitudes.

Sustituye la pureza y elegancia de las reglas ortodoxas establecidas por la Real Academia Española para adentrarse sin falsos pudores ni remordimientos en el lenguaje popular de la Argentina, especialmente, el de los ámbitos rurales.

En “Borrón... y cuentos nuevos”, transita por disímiles escenarios y cronologías, y juega con una variada temática. Podríamos afirmar que su obra no se circunscribe a lo inmediato, excede con holgura los límites territoriales y adquiere carácter universal.

Nemesio provoca sensaciones dispares e intenta asombrar –y lo consigue- en el párrafo final de cada narración.

Transporta al lector desde la emoción intensa del drama, la intriga y el suspenso, a la sonrisa pueril ante situaciones graciosas, casi grotescas, logradas con maestría e ingenio.

Auguro al autor amigo el éxito que merece por sus años de paciente y tesonera labor. Sé que así será. “Quien deposita la simiente en suelo feraz y lo riega con su sudor, siempre tendrá asegurada la cosecha”.

Si esta obra, además de entretener, consigue emocionarnos, se habrá cumplido con creces el sueño de quien entregó su alma al gustarla.

Emir Luchini de Fraga²

Rosario, 17 de octubre de 2008

²) Docente jubilada con treinta y cinco años de servicio en el Centro Educativo “Sargento Cabral”. Paralelamente, fue titular de la cátedra de Historia en el IECA (Instituto de Enseñanza Comercial de Arias).

Al fin... pasó

Hoy, precisamente hoy, se cumplen cinco años. Era... ¿cómo definirlo?, un pueblo igual a muchos; tranquilo, monótono, hasta aburrido, podría decirse.

Emplazado –más bien recostado- en la ladera de la montaña, parecía desafiarla, ambicionando ascender hasta la cima. Se veía majestuoso, altivo, enhiesto; cual atento y celoso centinela incorruptible; sin traslucir emociones, imperturbable.

Total... ¡Nada pasaba! Su gente sencilla, laboriosa, familiar, paseaba despreocupada por las calles de piedra, angostas y tortuosas, acordes a la configuración del terreno. Las mañanas transcurrían lentas, apacibles, y las tardes -de moscas zumbonas y siestas prolongadas en el estío- se arrastraban con esa indolente somnolencia propia de los ámbitos rurales.

El ambiente exhalaba un halo dulzón, bucólico; condimento excelente de ensueño e inspiración para músicos y poetas.

Los pobladores ansiaban un suceso, cualquiera, algo digno de ser contado...

Sin embargo, nada alteraba la paz reinante.

En ocasiones hasta el tiempo parecía detenerse, como suspendido en el aire, disfrutando de las bendiciones que el paradisíaco paisaje propiciaba sin retaceos.

Hoy, a cinco años... me pregunto: “¿Volverá el pueblo a ser igual algún día? ¿Renacerá, cual el ave Fénix? ¡No lo creo...!”

Hace exactamente cinco años, a las dos y media de la tarde, pasó el tornado.

Crónica de tres cartas

Carta primera

Roma, Ciudad Eterna, 5 de julio, año del Señor de 1494

Al Duque de Valentinois, Príncipe de la Iglesia:

Su Excelencia, Luís XII, vería con sumo agrado tu valiosa colaboración en una empresa extremadamente importante y delicada.

Como bien sabes, el monarca se encuentra enfrentado con la dinastía de Aragón. No ignorarás tampoco que el más acérrimo defensor de la Casa mencionada es el combativo Alfonso.

Simplemente, debemos eliminar el obstáculo que significa Alfonso de Bisceglie para allanar el terreno al rey de Francia y hacernos acreedores de su gratitud y sus favores.

Al mismo tiempo, quitaríamos un escollo tan molesto de nuestro camino, quedando nosotros en completa libertad de realizar ventajosísimas negociaciones y alianzas insospechadas; con un nuevo matrimonio de tu hermana, obtendríamos títulos y riquezas envidiables.

Por lo tanto, sería muy conveniente que Alfonso cayera en una emboscada o fuera ultimado por algún sirviente; eso sí, sin despertar sospechas.

Sé que para hacerlo te sobra imaginación y cumplirás ejecutando mi pedido. Dios permitirá que así sea.

Afectuosamente: Tu padre

Alejandro VI, Sumo Pontífice de Roma.

Carta segunda

Castillo de Valentinois, 27 de julio, año del Señor de 1494

Al Señor Alfonso de Bisceglie, Señor de Aragón y Príncipe de Nápoles:

Caro Alfonso, me permito distraer tu atención en medio de la campaña bélica que estás realizando. Debo rogarte que vuelvas prontamente a Nápoles.

Tu adorada esposa, mi querida hermana, se encuentra aquejada de un extraño mal. En principio, los médicos lo atribuían a su próxima maternidad, mas luego descartaron tal posibilidad. En realidad, los galenos no aciertan con el diagnóstico. Me suplicaron que te notificara rápidamente, el caso es muy grave, desesperante.

Quiera Dios que mi desdichada hermana pueda superar este peligrosísimo trance. Espero lo comprendas así y tomes los recaudos necesarios para posibilitar tu inmediato regreso.

Afectuosamente:

César, Duque de Valentinois

Carta tercera

Roma, Ciudad Eterna, 28 de agosto, año del Señor de 1494

Al Señor Duque de Valentinois:

Querido y bien amado César:

Pese a la honda congoja que atormenta mi espíritu, estoy obligada a escribir ésta para solicitar tu apoyo en el momento tan difícil que me toca vivir.

Hace pocos días Alfonso volvió del frente en forma precipitada.

Todo hace suponer que recibió algún mensaje aconsejando dicho accionar. Lo cierto es que en las escalinatas del Vaticano cayó en una cobarde emboscada. Mi esposo y uno de los soldados, ambos heridos de consideración, quedaron alojados en el Palacio Papal para su restablecimiento. Sin embargo, en la madrugada del día 26, cuando acusaba una evidente mejoría, fue asesinado en el lecho. Un siervo lo mató y escapó.

Yo me encontraba casualmente aquí en Roma, junto a nuestro padre, cuando sucedió.

César, te suplico que vengas, tengo mucho miedo. Sólo a tu lado me siento segura.

Como siempre, hermano mío, todo mi amor para ti.

La más desdichada de las mujeres:

Lucrecia Borgia

Crónicas de la selva

1 Yaguareté³

Encontró excrementos tibios, estaba cerca.
Instaló varias trampas.

“Excelente piel” –calculaba-, midiendo las pisadas.

Damián tropezó... Quedó atrapado, balanceándose grotescamente cabeza abajo.

Puñales felinos avanzaban...

2 Cazadores

Pedro contempló a Damián suspendido del árbol.

“Cayó en mi trampa -pensó-, las fieras lo liquidarán por mí. Siempre esperé este momento”.

Damián vio a Pedro y al puma agazapado tras él, dispuesto a saltarle encima.

“Si no le aviso, morirá –reflexionó-, ¡mejor! Él haría otro tanto”.

³/ **Yaguareté**: en guaraní, denominación de un felino similar al tigre. Nota del Autor.

Cuestión de suerte

Juan Mayoral, era un tipo de mala suerte. Jamás le salió algo bien. Sin embargo, en medio de tantas calamidades y percances, acertó una. Vendió el coche; un trasto inservible. El comprador –como todo buen negociante- regateó, gimió y lloró, hasta que al final, cerraron trato.

Cedió algo para asegurar el negocio, aunque en su fuero íntimo, lo hubiese regalado, era tan sólo un montón de hierros viejos.

Según dice el refrán “los tontos no se siembran, pero, nacen”, ¡efectivamente, apareció uno! El candidato ideal, ni buscándolo con lupa podría hallarse otro parecido.

Confiado, entregó el auto (que debió ser remolcado para llevarlo) y lo invitó a cenar; pagaría esa noche con un cheque. El librador era una persona honorable, muy conocida por él, según el gitano.

-Sé que usted le tiene gran estima y confianza, estoy seguro de ello –agregó el pícaro-, esta noche me dará la razón.

Al momento de recibir el cheque por la cifra estipulada el vasco arrugó el ceño.

-¿Cómo...? –Los ojos de Mayoral se desorbitaron-; este cheque no tiene validez, está sellado por falta de fondos y cuenta cerrada. ¡No sirven, el cheque ni la firma!

-¡Qué raro...! Si no vi mal, lleva su firma. Acá dice, bien clarito, Juan Mayoral.

Curiosas vicisitudes de un autor

La presente narración es absolutamente real, verídica hasta el tuétano, en caso de tenerlo.

Trataré de avanzar en forma cronológica para una mejor comprensión. El día 29 de abril se presentó en la ciudad de Rosario la antología "Homenaje a Pablo Neruda", en la cual este modesto escritor tiene participación con tres obras.

Para llegar al horario establecido tomé un ómnibus a las doce del día y partí alegremente rumbo a tan importante evento literario.

¡Qué sobresalto sufrí a los veinte minutos de marcha! En la terminal de Arias había quedado mi portafolio y en él -entre otras cosas-, estaba la dirección adonde me debía dirigir.

El conductor del coche detuvo mediante señales de luces a un colega que circulaba en sentido contrario y éste me devolvió a mi lugar de partida. En pocos minutos recuperé lo perdido y con el mismo colectivo -que iba a San Juan- fui hasta la ruta, donde quedé, procurando viajar "a dedo." En Venado Tuerto combinaría con alguna línea hasta Rosario.

Tras varias tentativas fallidas, un amigo me llevó hasta la terminal de Venado y poco después, -cómodamente instalado- rumbeaba a la ciudad litoraleña.

Conocí el Parque de España, algunos colegas y a la gente de Pegaso Ediciones -muy agradable, por cierto-; realmente, viví momentos de intensa alegría.

Volví muy contento, arribé a mi casa a las 3,45 horas del lunes 30 de abril, último día para enviar el material al concurso "Alfonsina Storni" organizado por la SADE de Marcos Juárez. Me senté ante la computadora para prepararlo -como siempre, sobrado de tiempo- y mi sorpresa fue mayúscula al descubrir que el cartucho de tinta negra de la impresora estaba agotado. En la guantera del auto tenía uno, ¡menos mal!

El coche, la guantera y el cartucho se encontraban a años luz, en un taller mecánico.

Imprimí con tinta azul, a falta de panes...

No tenía sobres, por lo tanto, envolví el material, lo metí en una bolsa de plástico y me retiré a descansar (las cuatro y pico de la mañana).

Lunes 30 de abril, el día "D" había comenzado, y consecuentemente, la cuenta regresiva. Se acercaba la "hora cero".

Llevé la bolsita al trabajo y cuando salí a las 12, compré sobres, entré al Correo Argentino cerca de las doce y veinte -cierra a las 13-; me aguardaba una "buena noticia": la imposibilidad de emitir giros por una cuestión cibernética, o sea, un capricho de la tecnología. El empleado sugirió que dejase los datos, si hasta la hora de cierre se normalizaba la situación, él expediría el giro; de lo contrario, como por la tarde no atienden ese servicio, debería esperar hasta el miércoles dos -el primero de mayo era feriado-; le dí las gracias y me retiré.

Casi no comí a causa de los nervios. Mil ideas surcaban raudas mi atormentado cerebro. Decidido a poner en práctica una de ellas, preparé un pequeño sobre a nombre de la señora tesorera de la entidad organizadora con la correspondiente nota explicativa, (enviaría el importe de la inscripción en sellos postales). Envolví todo, lo puse otra vez en la bolsita y de nuevo al trabajo.

Salí de la fábrica a las 18,30 y en un suspiro llegué a la estafeta postal de Andreani... Por supuesto, ¡estaba cerrada! Partí "como los bomberos" hasta la receptoría de Oca, ¡abierta! ¡Por fin se acabaron mis problemas!

Pedí a la chica que me atendió cinco estampillas de un peso, explicándole que el matasellos del sobre debía ser bien legible para evitar inconvenientes. ¡Otro sobresalto! Textuales palabras de la empleada: "Mire, la correspondencia va hasta un centro postal,

donde es timbrada o sellada. Como mañana es feriado nacional llevará la fecha de pasado mañana, dos de mayo. Total... días más, días menos..."

Comencé a ver todo nublado.

Puse los sellos sobre el mostrador, sopesando las posibilidades entre asesinato o suicidio... Cerré los ojos, conté hasta diez y... tratando de que la amarga mueca de mi cara se asemejara a una sonrisa, le agradecí los servicios prestados y salí.

Otra vez ante la oficina de Andreani. Todo seguía igual.

¿Qué hacer...? "¡Ya sé! -me dije- llamo por teléfono a Marcos Juárez y les explico a los organizadores, en una de esas se prolongó el plazo de entrega y soluciono todo".

Cruzando la calle hay un telecentro. Entré a la cabina, llamé varias veces, no tuve respuesta; evidentemente la suerte no era mi aliada. Salí decepcionado.

Ya en la vereda, se me heló la sangre. Edgardo, el chico de Andreani se iba en el auto. Quise gritar y no pude, tenía la lengua pegada al paladar.

Dudé entre las únicas dos opciones: inmolarme a lo "bonzo" o hacerme el "harakiri". Carecía de fósforos o cuchillo (para el caso, un simple "Tramontina" hubiese bastado).

De pronto, la esperanza renació en mí... Edgardo, como adivinando la situación, descendió del coche, volvió hasta la oficina y entró. Casi lo derribo en la puerta, él salía y yo -por supuesto- ingresaba como perseguido por mil demonios.

Lo puse al tanto de mis desventuras y en pocos minutos solucionó el problema. Sonreí aliviado al ver la fecha estampada en el sobre: 30 de abril. Con mi eterno agradecimiento, prometí avisarle si obtenía algún resultado en el certamen y tal vez, hasta llegase a escribir esta complicada historia; cosa que estoy haciendo.

Posiblemente, como compensación a tantas desventuras, obtuve el primer premio con mi obra "Transmutaciones".

Se lo conté a Edgardo, recibí sus congratulaciones y al despedirme agregué al respecto: "Creo que el honorable jurado, sin saberlo, premió más que la calidad creativa y el valor literario del trabajo, mi tozudez, tesón, perseverancia -o como se quiera llamar- para despachar el material".

Salí de local...

Suspendida en el aire frío de la tarde, jugueteando, quedó la carcajada de mi amigo...

Decepción

La idea de volver -cuando menos, a echar una mirada- me rondó durante mucho tiempo. Al fin, un buen día, me decidí.

Por razones sobradamente obvias, yo diría, las mismas que entonces motivaron mi partida, debía pasar inadvertido.

Un radiante amanecer, llegué... Alentaba el propósito de observar cuanto me fuese posible; concentraría mi atención en los sitios más conocidos, allí donde transcurriera mi infancia; donde, casi seguro, me reencontraría a mí mismo en cada piedra, río, árbol, o camino.

¡Qué desilusión! Me recibió una geografía extraña, desconocida por completo, hasta los ríos y montañas tenían otro aspecto.

¡Claro, después de tantos años!

Todo era placidez... “¿Habrán alcanzado el equilibrio por mí tan ansiado?” -pensé.

De pronto, el mundo pareció desaparecer, sumido en una espesa bruma...

Al volver de la nada estaba literalmente sepultado bajo una montaña de escombros. Hasta donde alcanzaba la vista, una densa y acre nube de humo desdibujaba los objetos, confiriéndoles apariencias fantasmales. Recordé la horrisona explosión; en mi mente obnubilada parecían repetirse y repetirse hasta el infinito los ecos de la misma. No podía respirar, sólo tosía y tosía... Luego, la sensación de ahogo cedió en forma gradual, y tras denodados esfuerzos, con las manos sangrando de tanto escarbar, conseguí liberarme y escapar de ese infierno. Tendí la mirada en derredor y me sobrecogió el terror; cuerpos mutilados, sangre y restos humanos por doquier; tal era el triste panorama que ofrecía la plaza donde solía jugar de niño. La plaza... ahora... ¡convertida en cementerio!

Interrumpieron mis cavilaciones una serie de estampidos. El horror interpretaba magistralmente su mejor sinfonía. A mi derecha, un grupo de soldados le disparaba a cuanto ser vivo hallaba a su paso. Reían mientras segaban vidas en forma indiscriminada.

Volví a sentirme perseguido.

“Nada ha cambiado en todos estos años” –reflexioné.

Oculto entre unas ruinas (había tantas), esperé conteniendo la respiración, y cuando los artífices del dolor se alejaron, partí.

Horas después, fatigado, hice un alto para admirar las pirámides y descansar. ¡Las pirámides! ¡Enciclopedias de la humanidad! Sus entrañas milenarias cobijan enigmáticas leyendas e historias de vidas y muertes (muchas de ellas aún sin descifrar). Las miré embelesado, lucían como siempre; en ellas sí, el tiempo parecía detenido, no mostraban alteraciones. ¡Claro!, los innumerables saqueos y actos vandálicos tuvieron lugar en su interior y pasaban inadvertidos desde afuera.

Proseguí el recorrido envuelto en un torbellino de recuerdos; a veces, desordenados; como si los hubiesen revuelto y mezclado las deidades mitológicas del antiguo Egipto.

Por nada del mundo debía detenerme, podría resultar peligroso. Caminé y caminé... Ignoro cuánto anduve hasta llegar a El Cairo. ¡Ah! El Cairo... “La Perla del Nilo”.

Respetando la conveniencia y deseos de preservar mi anonimato, ingresé a la ciudad sin pena ni gloria.

¡El Cairo...! ¡Qué maravilla! Eterna, sagrada, imponente. Entrecerré los ojos y rememoré la última vez que la vi, ¿cuánto hacía...?

“No condicen mis recuerdos con su estado actual” -fue mi lacónica observación. Pese a mantener un gran porcentaje de la clásica línea arquitectónica, sin duda “era” otra ciudad; jamás la hubiese reconocido. Estudiándola bien, determiné: “Conserva, eso sí, la

armonía de siempre, su espíritu apacible permaneció intacto; sigue siendo un remanso de paz...”

¡Otra vez me equivocaba...!

Varios encapuchados corrían calle abajo, llevando a la rastra a dos mujeres y un niño. En su persecución, con la ira reflejada en los rostros, un grupo de guerreros disparaba sus armas. El tiroteo inicial, al multiplicarse, pareció abarcar toda la ciudad.

Previendo posibles situaciones semejantes, me refugié en un viejo edificio abandonado. Acurrucado, aprovechando la endeble seguridad que ese escondrijo brindaba, pasé la noche. Al despuntar el alba, aunque lejos, seguían las detonaciones, gritos y carreras. La demencia humana cimentaba su “trono” en la cúspide del poder, y la crueldad disfrutaba al pisotear los derechos del más débil, despreciando los mandatos divinos.

Había regresado con la convicción de lograr definitivamente la unidad universal, la hermandad del género humano...

“¡Iluso de mí! –Me dije-, ¿es que nunca aprenderé? Si antes fracasé, ¿cómo pude ser tan ingenuo al creer que ahora sería diferente?”

Luego, regido por un impulso natural, más propio de los hombres que de mi condición, grité con la mandíbula apretada:

-Yo... ¿Volver al Gólgota...? ¡Jamás! ¡No lo merecen!

De regreso a casa

Mayo de 1945, fin de la contienda en Europa. Licenciamiento masivo de tropas.

La locomotora resopló una vez más y tras superar la empinada cuesta, aumentó considerablemente su velocidad en el descenso.

Pronto apareció la población. Una típica aldea francesa.

André se recostó contra el respaldo del asiento, recordando por enésima vez la misión, verdaderamente dolorosa y desagradable que debía cumplir en esa pequeña villa.

¿Cómo decirle al anciano padre de Antón que su hijo no volvería del frente? ¿Cómo explicarle que lo habían fusilado por traidor a la patria? ¿Podría él hacerlo...? Lo dudaba...

El tren fue disminuyendo su marcha hasta detenerse por completo ante el andén. En el mismo, un grupo reducido de personas aguardaba la llegada del convoy. La pequeña comitiva -pensó André- se correspondía proporcionalmente con lo diminuto del pueblo. Así como en estaciones anteriores descendiera abundante número de excombatientes; en ese momento nadie parecía dispuesto a abandonar el tren, excepto él.

Mientras así su escaso y maltrecho equipaje, pudo ver por la ventanilla un cartel con el nombre de Antón, portado por varios jovencitos. André se detuvo un instante. Un hombre muy bien vestido, posiblemente el alcalde, se acercó.

-Antón, estamos orgullosos de que pertenezcas a nuestra comunidad y tenerte como digno ejemplo de valentía y honor; -aludía sin duda a las condecoraciones prendidas en el pecho del joven-. Lamentamos profundamente la enfermedad de tu padre. Ahora, ciego y solo, te necesita.

El joven quedó estupefacto, no podía articular palabra. Acompañado de un niño, un anciano avanzó hasta situarse junto a la escalerilla del vagón. Sin duda, el padre de Antón.

-¡Hijo! ¡Hijo querido... has vuelto!

André pensó: "estoy solo en el mundo, mi familia desapareció en un bombardeo. ¿Por qué no?"

-Sí padre, he regresado a casa.

Desencuentro

Tenía el ánimo por el suelo, llevaba varios días sin ver a su novia. Ana solía desaparecer de la noche a la mañana, a veces hasta quince días o más; y él aguardaba pacientemente su regreso. Pero hoy sería distinto, la buscaría, no soportaba la espera.

Luego de arribar a esta determinación, la llamó por teléfono; como atendió el contestador dejó un mensaje citándola para esa tarde en el banco de la plaza, el de siempre, “su” banco.

Sabía de sobra cuál era, lo visitaban casi todas las tardes. Es decir... cuando Ana “no se fugaba”.

Lleno de optimismo, salió silbando del departamento, pasaría deambulando las horas hasta el atardecer, y luego... a la plaza.

Recordó sonriendo las continuas bromas de sus compañeros en la oficina: “Juan es muy buen mozo y mira mucho a Ana.” “Que si esto, que si aquello...”

¡Habladurías! Puras habladurías. Su Anita estaba más allá de cualquier comentario malintencionado y sin fundamento.

“Ella es especial” -se dijo, tratando de afianzar su seguridad.

En realidad, distaba mucho de tal convencimiento. Divagando de esta suerte se le fue la tarde y, ya oscurecido, decidió ir al departamento de su novia.

“Le daré una sorpresa” -pensó-, se alegrará, seguro.

Tarareando una melodía marchó a paso rápido, lo consumían las ansias de tenerla entre sus brazos. Casi llegando encontró un puesto de flores y compró un ramo precioso; esas flores eran muy poco, pero hablaban de su amor por Ana, su Ana. Superarían ampliamente a las palabras para expresar sus sentimientos.

¡Al fin... el ascensor! Le pareció que tardaba un siglo en llegar al décimo piso, nunca iba tan despacio. “¡Paciencia!” -gritó-. Una mujer, que descendía en el octavo, lo miró con conmiseración. “Hay cada loco” -reflexionó, sonriente.

Tomás revisó la corbata y ajustó el nudo; luego alisó las solapas del saco, quitó una pelusita de la hombrera y oprimió el pulsador del timbre.

¡El mundo pareció explotar!

La puerta del departamento, arrancada de cuajo, dejaba entrever el interior; un total revoltijo de objetos irreconocibles, cubiertos de polvo y humo.

Médicos, policías, bomberos, peritos y fotógrafos, entraban y salían presurosos. Ese enorme despliegue de gente confirmaba la magnitud de la catástrofe.

Al arribar los paramédicos portando una camilla, los interceptó en la entrada el policía uniformado.

-Tendrán poco trabajo, los ocupantes murieron.

Cuando los camilleros lo retiraban Tomás volvió a la conciencia. Como en un sueño, sin entender, escuchó frases deshilvanadas.

-Y, sí, seguramente un escape de gas -expuso uno de los técnicos-, al accionar el timbre produjo una pequeña chispa y originó la explosión.

-¡Lástima de matrimonio...! Tan jóvenes y morir así, en la cama -comentó el médico.

-Sí, Ana y Juan, según esta pulsera -agregó un oficial-, falta establecer sus identidades.

La camilla se alejó, una de las ruedas chirriaba levemente. En el pasillo, deshecho, como un cuerpo desmembrado, algo que hasta poco antes fuera un primoroso ramo de flores.

El adiós de un grande

Nunca me pasó algo semejante. Cuando fui esa tarde a la galería de arte a presenciar la subasta estaba a años luz de imaginarlo.

Perdón, no me he presentado. Soy A. M.; así firmo desde hace más de treinta años mis artículos en la sección espectáculos de diversos medios gráficos; mi verdadero nombre no interesa; además, los lectores me conocen perfectamente.

Bien -pensó-, hasta acá hemos llegado. Tanto trabajar y luchar para terminar así. ¡Parece mentira! En fin... ¡Qué se le va a hacer! (En su rostro se advertía el cansancio y un total desencanto).

Le dejé un mensaje a Ariel citándolo a las cuatro de la tarde. Hice hincapié en la puntualidad; la cosa se me complicó bastante y ahora tal vez sea yo quien no llegue a tiempo.

Intento rememorar hechos y sensaciones, debo ordenarlos debidamente para volcarlos al papel con cierta coherencia, o al menos, en forma más o menos entendible.

Como les decía, soy A. M y aguardo a un amigo. Según su mensaje hace dos horas que debería estar acá, le habrá ocurrido algo.

Esperaré. Total... en esta tarde lluviosa no tengo apuro ni compromisos.

Al morir papá... perdón, mi patrón, todo se desmoronó, los hechos se precipitaron de tal manera que llegamos a tocar fondo. Es decir, “ellos” llegaron a tocar fondo. Y yo, imposibilitado de ayudarlos. Por eso, ahora, duele menos este sacrificio. En realidad duele, y mucho; mas no tengo opción. Es el único medio a mi alcance de serles útil, claro que por última vez; pero útil al fin. Debe hacerse así, y se hará.

Si me citó aquí y en este horario, algo merece ser visto, conozco a Miguel, no me haría venir sin tener un justificativo importante. Él dice ser materialista y sabe que el arte me encanta; comprende también que por mi voluntad no asistiría a un remate de cuadros o estatuas.

¡Qué lástima! La vida, mi vida, fue muy linda; pero desde ahora me parecerá un suplicio.

Justo hoy que tengo un compromiso el auto se descompone. Ariel, o A. M. se estará preguntando qué demonios hay de interesante en la galería. Ojalá lo descubra si no llego a tiempo. Él es inteligente, de seguro lo verá.

Siempre lo mismo, verdaderas joyas pero exentas de calor; el verdadero calor que sólo puede generar la presencia del autor transmitiendo sus emociones. Eso sí les confiere vida, al menos para mí. En todas las ramas del arte son altamente sugestivos los datos íntimos aportados por su creador. Las anécdotas, vicisitudes, tropiezos, sobresaltos y sensaciones al gestar la obra, al “parirla.” Todo ello vale tanto o más que la obra en sí; por magnífica que esta fuere. “Si Miguel Ángel hablase...”

Se acerca la hora. Cualquiera que lea mi pensamiento creará que voy hacia el patíbulo. Es cierto que extrañaré a mi “familia”, fueron siempre tan bondadosos conmigo. Claro que el mejor era mi papá, ¡hum...! este... Mi patrón. Me abrigaba en invierno y yo me hacía el dormido para disfrutar de las frases hermosas que susurraba en mis oídos. ¡Si habrá cantado el arrorró para hacerme dormir! ¡Cómo sentí su muerte! Todavía se notan en mi cara los surcos de las lágrimas. ¡Cuánto lo amé! Es más, ¡lo sigo amando! Pero ya no está...

Algunas noches, cuando él descansaba, le dije despacito muchas frases hermosas nacidas en mi corazoncito de madera: “te amo, papá. ¡Siempre te amaré, papi!”

-¿Con la redacción? Soy Miguel. Sí, el reportero gráfico. Por favor, necesito que manden un coche. Debo cubrir una noticia muy importante y llegaré tarde. Estoy en...

-¡Señoras y señores! ¡Su atención, por favor! –Las palabras del martillero llenaron la sala-. De acuerdo al programa de la fecha, pondremos a continuación en venta el último lote. Es sabido que dejamos lo mejor para el final y hoy más que nunca.

Las miradas de los asistentes convergieron hacia el empleado de la empresa que se acercaba al estrado portando un maletín.

-Como es habitual en estos casos, la obra a subastar no tiene precio; su valor es intrínseco. El precio “real” sería incalculable. No obstante, estableceremos una base lógica y, sin preferencia alguna, será adjudicada y entregada en el acto al mejor postor; –el hombre carraspeó aclarando la voz y prosiguió-. Ofreceremos a “Chirolita”⁴, el legendario muñeco que hizo las delicias de varias generaciones. Este artista de renombre universal, con innumerables presentaciones en radio y televisión, integró también en su momento el elenco de famosísimas películas. Como podrán apreciar, la base de... mil dólares, resulta irrisoria. –La voz decreció en intensidad, y parte de la cifra se perdió en la nebulosa; una de las tantas tretas de la profesión. De esa manera el martillero acrecentaba la expectativa entre los posibles oferentes.

De pronto comprendí. Se justificaba plenamente mi presencia allí en esa tarde tan desapacible. Miguel conocía mi punto débil, sabía de sobra que semejante “transacción” no me pasaría inadvertida; con su invitación provocaba, más bien impulsaba, mi lógica reacción. Comencé a sentir un hormigueo en la palma de las manos. La ansiedad, seguramente.

La hora se avecina. En pocos minutos seré objeto del análisis de un montón de desconocidas. ¿Qué saben ellos de mí, de mis sentimientos, mi dolor?

¿Podrán imaginar siquiera quién soy, es decir... fui?

¿Cómo decirles que actué ante reyes y magnates en todo el mundo? ¡En la Santa Sede, Mónaco, París...! Apenas descendíamos con mi papi de un avión, abordábamos otro hacia el rincón más remoto del globo. Y ahora... ¿qué? ¿Adónde iré a parar, habrá niños cerca de mí? ¡Con lo que me gustan...!

-¡Al fin el auto! Si nos apuramos, podré tomar algunas fotos –el conductor me miró como si fuese un marciano-, hay un motivo especial, de ahí la urgencia.

-Bien, recién nos estamos aproximando a su verdadero valor. Recuerden que estoy poniendo a su alcance al mejor artista en su género. –El martillero ponía especial énfasis en sus palabras y gestos-. No hubo, y dudo, haya otro igual, ¡qué digo igual! Ni parecido... por muchos años. ¡Vamos, señores! ¿Quién da más...?

Lo miré con detenimiento. Su carita habitualmente tan alegre lucía diferente; pequeñas arrugas convergían en su boca, esa boquita siempre dispuesta a derrochar la luz de una sonrisa.

Tenía el ceño fruncido, signo inequívoco de preocupación y tristeza.

¡Me dio pena, mucha pena!

De pronto, una lagrimita surcó sus mejillas. “¡Está llorando!” –me dije.

Una piedad inconmensurable se adueñó de mí.

Por los grandes ventanales observé la avenida; la lluvia continuaba cayendo, impiadosa.

Tan impiadosa como el fatídico martillo, que en instantes pondría punto final a...

Me voy, es necesario, imprescindible. Quizá nunca regrese a la Argentina... Desde que papá partió las cosas no fueron fáciles para la familia; ahora, al venderme,

²/ “Chirolita”: muñeco creado por Mister Chassman (Ricardo Gamero); este ventrílocuo argentino de fama internacional ejerció su profesión durante 46 años, cuando falleció iba a cumplir 61. N. /A.

**podrán solucionar los problemas económicos más urgentes. Ellos me dieron tanto...
¿Cómo no devolverles algo? Sin su intervención yo no existiría, les debo todo. ¡La
vida! ¿Qué menos puedo hacer?**

-¡Lo que faltaba, un embotellamiento de tránsito! Está visto que no debo llegar...

-Perfecto. ¡Damas y caballeros! De esta forma, “Chiolita” se va para Gran Bretaña. Damos por finalizadas las operaciones de la fecha, agradecemos su presencia y los invitamos para el día...

No escuché más. Mis sentidos estaban puestos en...

El empleado bajó la tapa del maletín, lo cerró con llave y entregó ambas cosas y una carpeta de color azul a un señor de porte distinguido que, tras estrecharle la mano con deferencia, se marchó.

Creí oír, como alejándose, una vocecita apagada pidiendo auxilio. Mi imaginación otra vez con sus jugarretas. ¿Fue mi imaginación? O...

El canje

1 Introducción

Fue un lunes, o martes, ¿quién lo sabe?, ya no estoy seguro; el tiempo, implacable, socava los recuerdos del más pintado y mezcla -cual naipes de una baraja- días, hechos y horas, que por su importancia, debieran perdurar en el archivo cerebral.

Para el caso, domingo, lunes, u otro día de la semana, da lo mismo. Me limitaré a narrar lo sucedido; eso sí permanece inalterable en mi mente, ¿cómo para olvidarlo!

Rigoberto, siempre Rigoberto, ¡cuándo no!, llamó muy excitado pasado el mediodía; ¡claro, la cosa no era para menos! (Rigoberto es nuestro eficiente telefonista y receptor de mensajes –quejas, la mayoría de las veces- en la agencia de Investigaciones).

-Asaltaron la Compañía Internacional de Valores –dijo atropelladamente-, será mejor si vienes enseguida.

-¿Cómo? –articulé, incrédulo.

-Acaban de llamar, por lo del seguro –acotó desaforado-, la policía no da pie con bola. Me parece...

-Me visto y voy –interrumpí tajante y colgué para evitar su inminente catarata de palabras; mascullaba mil maldiciones por la brusca interrupción de la siesta; mi siesta: (sagrado templo del relax, profanado una vez más por la incomprensión y falta de escrúpulos de los malhechores). “¡Qué poca consideración tienen los delincuentes actuales!” -fue mi indignada reflexión.

Al llegar aprecié el exagerado despliegue de patrulleros, efectivos uniformados y técnicos; un verdadero ejército buscando huellas, marcas de neumáticos, etc. (Como si los facinerosos hubiesen dejado en el asfalto su rúbrica), ¡cuánta ingenuidad!

No me presenté, disculpen la torpeza. Soy Edgardo de la Riestra, investigador privado (privado de tener novia y distracciones –salvo las propuestas por las incógnitas laberínticas de cada caso-, tampoco puedo descansar sin ser molestado, de “ello” también “soy privado”).

En realidad, debo ser masoquista, esta vida tan sacrificada me apasiona, no concebiría mi tránsito por el mundo haciendo otra cosa.

Relataba mi arribo al “escenario de los hechos”, término utilizado hasta el cansancio por policías y periodistas. (Me devané la sesera buscándole un significado, después entendí la cosa). Lo de “escenario” se debe, seguramente, a “proscenio”, sitio donde llevan a cabo sus representaciones los artistas. “Por la calidad de esta función delictiva –de gala- los protagonistas son *artistas consumados*, ¡sobresalientes!” –colegí.

Perdón por la digresión, suele ocurrir a menudo. De pronto me descubro lejos del tema en cuestión, extraviado en intrincados vericuetos narrativos y debo retroceder para retomar con normalidad el hilo conductivo. (Como dice, Mingo, un amigo mío: “cada genio con su lámpara.” A lo cual retruco: “y cada loco con su chaleco de fuerza”).

Regreso al camino correcto y prosigo.

Ingresé a la casa matriz de la Compañía Internacional de Valores donde Ramón Flores, mi ayudante boricua, me recibió animoso y en pocos segundos derramó un torrente de palabras; poniéndome al tanto del asunto con su proverbial elocuencia (mezclando términos caribeños, españoles –no muy académicos, por cierto- y un inglés chapurreado, deplorable, destacada y superlativamente pésimo).

Mi aptitud para escribir es bastante limitada (más bien nula); por ello, como muestra de respeto hacia el lector y en su beneficio, será mejor si gente idónea continúa exponiendo

el caso con todos sus pormenores. Dejo a cargo de la pluma de Elmi Shindo la responsabilidad de contar lo sucedido.

Y en definitiva, lo dicho (en realidad, escrito hasta aquí), sirva como introducción.

2 Acto de magia

Tras un largo receso debido a la Semana Santa, comenzaron las actividades bursátiles; el inicial ritmo vertiginoso del lunes decayó a los pocos minutos, cuando el tesorero, gritando como un poseído, dio la alarma

-¡La bóveda del tesoro está vacía, fue saqueada!

Gran revuelo. Policías de todas las graduaciones (personal técnico y científico), fotógrafos y como broche final ¡cuándo no!, el infaltable Edgardo de la Riestra.

Constatada (desmenuzada más bien) la identidad de los presentes, los alojaron en una dependencia para su posterior indagación y comenzó el interrogatorio al personal. Así fue como, con los escasos datos receptados, arribaron a la siguiente conclusión: si el miércoles al cerrar las operaciones reinaba absoluta normalidad, el “golpe” fue ejecutado, necesariamente, entre ese momento y la apertura del lunes. Faltaba determinar: cómo, cuándo y quién. ¡Casi nada!

Los denodados esfuerzos de la Brigada de Investigaciones no arrojaron el resultado apetecido, los valores depositados en la bóveda se “volatilizaron” durante los cuatro días de inactividad. No había sospechosos (en realidad, todos podían serlo), parecía la obra de un prestidigitador, ejecutada con suma delicadeza. Un espléndido acto de magia.

Edgardo y Ramón fisgoneaban por los rincones, entre las imprecaciones y miradas cargadas de rencor de los investigadores oficiales. Éstos aceptaban a regañadientes su intervención; al no existir víctimas personales, la compañía aseguradora en salvaguarda de sus intereses, tenía pleno derecho a procurar esclarecer el caso.

Como sucede la mayoría de las veces, tras avanzar a paso de tortuga, la investigación cayó en punto muerto.

La marcha vertiginosa del mundo y su apabullante caudal de noticias obligó a los periódicos a abandonar el asunto. El sensacionalismo y la actualidad tienen prioridad, siempre venden más.

Lo acontecido hoy, mañana ya no sirve, perdió vigencia e interés. Toda información envejece a pasos agigantados. La primicia es una utopía, algo tan fugaz como el resplandor de un relámpago.

Como el suspiro de las ánimas.

3 Búsqueda

Con su habitual parsimonia y la sospecha de tener los elementos esclarecedores ante los ojos, aunque sin verlos, Edgardo siguió empeñado buscando “la punta del ovillo” -como solía decir-, pero por los resultados, este asunto carecía de punta; u ofrecía varias, a cual más dudosa.

Una mañana temprano, Ramón llegó corriendo y zamarreó a su jefe hasta despertarlo.

-Hice como indicaste, pasé la noche mirando filmaciones; ese fin de semana no pudo ser... -le alcanzó un pocillo de café recién hecho y prosiguió-, nadie aparece en las grabaciones, sólo los encargados de la seguridad y el personal de limpieza y según los superiores todos llevan años trabajando en la firma y su honestidad es incuestionable.

-Siempre dicen lo mismo, ¡haz memoria...! -el detective dio un sorbito y escupió con una mueca de asco-. ¡Puaj... amargo! Anoche al acostarme estaba sobrio, no necesito aplacar la resaca como otras veces.

-No tienes azúcar, miel o algo semejante, por eso está amargo.

-Bien, bien, dejemos el café, es lo de menos. ¿Habló el viejecito de la limpieza, le sacaste algo?

-¿El ordenanza? Parece una tumba, quizá si le ofrecemos dinero... -sonrió con picardía el moreno.

-No creo, ya lo hice y no tuve suerte. Pero con insistir no perderíamos nada.

-Probaré, por ahí... ¿Quién te dice...? –tras estas palabras, el joven le hizo un guiño de complicidad, encendió un puro y salió de la oficina.

4 Otro chasco

-Sí, recuerdo cada día, cada minuto; sin embargo, no encuentro algo anormal, la semana pasó sin novedades dignas de mención; es decir, cuando el señor gerente partió hacia el aeropuerto, quedamos los custodios y yo, el resto del personal ya se había retirado.

-¿Cómo al aeropuerto...? No entiendo.

-Sí, viajó a Brasil, fue a reunirse con su familia, de vacaciones en Ipanema, –la sinceridad brillaba en las pupilas del anciano.

-Si recuerda otra cosa, avíseme, por favor.

-Pierda cuidado, lo haré.

-Perfecto, voy a andar por ahí –señaló con un gesto vago-, los pisos superiores fueron revisados a la ligera y algunas dependencias ameritan un examen más exhaustivo.

-De acuerdo, señor. -Ramón asintió satisfecho y fue hasta el ascensor (como de costumbre, no funcionaba), maldiciendo en varios idiomas comenzó a subir por la escalera.

Decidido a inspeccionar la sala de archivos; solicitó la colaboración de un custodio; sólo ellos disponían de la llave y eran los únicos responsables de su apertura. El lugar estaba atiborrado de papeles cuidadosamente apilados en varios cuerpos de estantería. Estudió a conciencia cada comprobante relacionado con las actividades de la empresa; pilas de documentos, escrituras, contratos, pagarés, recibos, etc. En un rincón alejado vio un montón de periódicos. Tomó un par de ellos, miró el nombre y la dirección; nada fuera de lo común, pertenecían al gerente. “Claro -se dijo- es natural...” Sin embargo, un detalle lo desconcertó... la fecha.

5 Amor propio herido

Esa noche, mientras cenaban en un restaurante, Edgardo no paraba de reír, ante la mirada irritada de su subalterno.

-¿Qué esperabas hallar en los periódicos, el nombre de los ladrones, acaso? ¡Este Ramón...!

-¡No! Pero tengo la seguridad de estar pisando terreno firme, de acercarme a la solución del asunto, pienso...

-¡Vamos, vamos! Has leído demasiadas novelas de Conan Doyle⁵ –manifestó mordaz-, la vida real es otra cosa; mira si vas a conceder importancia a un puñado de papeles viejos.

-¡Ríete, descreído, ríete! –El boricua se levantó malhumorado y salió dando tal portazo que provocó la mirada atónita de varios comensales.

6 Curioseando

Amoscado por el comentario burlón de Edgardo, volvió al archivo de la financiera. Escarbó y escudriñó cada legajo, cada papel; sabía... (Bueno... saber, como quien dice saber, no; pero tenía casi la certeza de hallar allí las respuestas), aunque si estaban, continuaban ocultas.

⁵/ **Sir Artur Conan Doyle:** (1859-1930), médico, novelista, se destacó en el género policial; creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Olmes. N. /A

Simuló un encuentro ocasional con el empleado de la limpieza, deseaba hacerle algunas preguntas, disimulando su interés e importancia.

-¡Hola, señor!, ¿necesita algo?

-No, aunque al verlo... ¿sabe...? pensé... no me quedó muy claro lo del gerente y el aeropuerto. Si no le molesta, ¿podría referirme otra vez el asunto?

-Es muy sencillo. El señor acostumbra venir algo más tarde, después de leer los periódicos. No los recibe acá. Esa mañana, sin embargo, se anticipó; hablo del miércoles, se sobreentiende. Traía una pequeña maleta; como planeaba ir de viaje... -al boricua le costó disimular su sobresalto-. Yo mismo la llevé desde el taxi hasta el depósito.

-¡Ajá! ¿Al marchar la llevaría consigo, no?

-Efectivamente, se la alcancé al conductor del coche y él la puso en el baúl; el señor salió presuroso, perdía el vuelo, y... -anticipándose a la interrupción de Flores, prosiguió-. ¿No pensará usted...?

-Por favor -alegó sonriente el investigador-. Carece de importancia. Pregunto de puro curioso, nomás. Gracias. Por fin quedan disipadas mis dudas. Ha sido muy amable.

7 No es broma

Rumbo a la oficina, rió ante su ocurrencia: “Todo buen perro sabueso, presiente la proximidad de la presa, y todo buen mastín la despedaza con sus colmillos. Lo haré, no tengo dudas, lo haré”.

Analizaría la ecuación desde otro ángulo, ahora se le presentaban perspectivas diferentes; vislumbraba una alternativa favorable. Sólo debía preocuparse en atar los cabos sueltos. Entró sonriente. Pensó, saboreando el inminente triunfo: “Ya verá ese engreído. ¡Ni imagina! ¡Si supiera...!”

-Edgardo -dijo el centroamericano-, te ruego me acompañes hasta la Compañía de Valores, hay varios datos interesantes y debes verlos.

-¿Es una broma?

-¡En absoluto!

-¿En verdad conseguiste algo, o iremos a perder el tiempo lastimosamente y a ser el hazmerreír de todos una vez más?, mira bien donde pones los pies, no vayas a caerte -comentó burlón su jefe.

8 Justo a tiempo

Llegaron sobre la hora de cierre.

De la Riestra, impaciente, no hacía sino observar el reloj; mas según Flores faltaban los principales protagonistas, estarían al caer.

Le extrañó sobremanera la actitud reposada de su auxiliar; habitualmente tan bullanguero y precipitado.

De un momento para otro, las oficinas y pasillos se colmaron de policías y con ellos, llegó el doctor Lavenne. El fiscal del distrito avanzó con la mano extendida y saludó a los investigadores.

-Hola, Edgardo -su acento era cordial, exageradamente cordial-, supongo que habrá fundadas razones para citarme con tanta urgencia -las últimas palabras sonaron burlonas.

-Y... estamos evaluando ciertos detalles orientados a dar por finalizado el caso y creímos oportuno consultarlo -la voz de De la Riestra flaqueaba, carecía de convicción.

-¿Cómo... detalles...?

-Sí, señor -Ramón, tomó la palabra decidido-. Aquí, mi jefe, con su habitual sagacidad desentrañó el misterio, pero como sufre una afección en las cuerdas vocales, me propuso que exponga el caso con todos sus pormenores.

-Hazlo, Ramón –dijo con dificultad Edgardo, al tiempo de asesinarlo con la mirada, ignoraba adónde irían a parar con “la solución” atribuida a su “habitual sagacidad”-, yo casi no puedo hablar. –Con un gesto feroz, lo conminó a iniciar su “perorata”, (“sin duda, una sarta de embustes e idioteces, como de costumbre” -pensó).

9 “El canje”

-Como primera medida, y hablo por De la Riestra; se debe proceder a la detención del gerente.

-¿Está loco...? –Los presentes miraron indignados a Edgardo. Sin atender a las palabras y gestos airados, el moreno prosiguió-. ¡Háganlo, por favor! No le permitan escapar.

El titular de la fiscalía –no muy convencido- encargó a tres hombres la vigilancia del ejecutivo.

-Necesitamos además la colaboración del ordenanza, es imprescindible para la “reconstrucción” de los hechos, o sea: “el canje”. –Ramón, convertido en comandante de las operaciones, daba órdenes a diestra y siniestra.

El fiscal hizo un ademán y un joven uniformado fue a buscar al anciano.

Cuando estuvo en la sala el empleado, Flores lo instruyó en voz baja, y éste tomó un pequeño bolso de viaje.

-¿Podría narrar a los señores la historia del equipaje? Además, ¿el peso, es aproximado? Me refiero a...

-Idéntico, no hay diferencia.

-No la notaré, se trata de los mismos periódicos, luego reemplazados por el dinero; ambos contenidos debían tener un peso equivalente, de esa manera sería imposible detectar “el canje”. –El centroamericano carraspeó, aguardando en vano alguna reacción de los presentes y prosiguió-. Edgardo llamó mi atención sobre los mismos, llevaban la dirección y el nombre del gerente y la mayoría eran ediciones de fechas muy atrasadas; como si se hubiese alterado su ubicación en la pila. Recuerdo también sus comentarios: “Despertó mi curiosidad lo manifestado por el ordenanza sobre la llegada del gerente.” Entre otras cosas, dijo: “... acostumbra venir algo más tarde, después de leer los periódicos. No los recibe acá”. “... traía una pequeña maleta; como planeaba ir de viaje...”

-Algo a tener en cuenta... -balbuceó De la Fuente y Ramón lo interrumpió tajante.

-Sí, recuerdo cuando repetiste lo dicho por el ordenanza: “Efectivamente, se la alcancé al conductor del coche y él la puso en el baúl; el señor salió presuroso, perdía el vuelo, y...” –Los presentes abrían la boca asombrados.

-Se trató de un canje muy ingenioso, casi un acto de prestidigitación. Es todo, señores; ¿cierto, inspector? –la sorna del moreno iba dirigida al detective privado-. Para cualquier aclaración o ampliación, hablen con mi jefe –esta vez miró en derredor, sonriente.

De la Riestra emitió un sonoro bufido y suspiró aliviado. “¡Es incorregible! –pensó- y casi, casi, tan sagaz como yo”.

El cumpleaños

Al recibir la invitación tembló como una hoja; no lo podía creer... ¡Volvería a verla!

Se conocieron poco antes; un mes o cosa así, y quedó prendado; era “la mujer”, o al menos, la que él buscó toda su vida. Una excelente escritora, con años ejerciendo como Profesora de Literatura, y por añadidura, música entusiasta.

¿El motivo de la invitación?, muy simple: el cumpleaños de Néstor, muchacho allegado a la familia, que, según comentarios de la dama, admiraba profundamente su obra musical.

A media tarde del sábado llegó “el artista”, dispuesto a disfrutar de una velada memorable; los prolegómenos así lo prometían. Ya se encargaría él de hacer realidad las expectativas creadas... con su música, género en el cual descollaba, aunque tenía también gran inclinación por las Letras, sin mayores logros (la verdad sea dicha), escribiendo era un verdadero fiasco.

Le presentaron a su fan y la media naranja de éste; jóvenes muy amables, excelentes. En forma espontánea se generó una corriente de simpatía y afecto y a los pocos minutos parecían conocerse de toda la vida. Sucede en ocasiones, cuando la química, magia, o destino, así lo disponen.

Cuentos, anécdotas y comentarios diversos se enseñorearon del ambiente, dándole un brillo especial al encuentro, realzando la espléndida mesa; todo marchaba a la perfección, hasta que...

De repente... el rostro del visitante se contrajo, evidenciando síntomas inconfundibles de intenso dolor.

Hubo un rápido cambio de miradas entre los demás comensales, miradas cargadas de complicidad y entendimiento. Ese mensaje gestual encerraba un secreto... El invitado, obnubilado, sin percatarse de nada, se dirigió al servicio.

-Parece que dio su fruto el asunto... -manifestó, jovial, el homenajeado.

-No, Néstor, debe ser casualidad, al final no puse nada en “su comida” -respondió la anfitriona, sonriendo beatíficamente, con cara de no haber roto jamás un plato.

Se miraron, azorados.

Si el menú tan paciente y concienzudamente elaborado era inocuo, puro, angelical... ¿Qué estaba pasando?

Tras los momentos iniciales, los dolores fueron cediendo gradualmente, “el enfermo” fue conducido a la cama y allí comenzó a recibir los “intensivos cuidados pertinentes” de la dueña de casa.

La parejita, tras las consabidas frases deseando una rápida mejoría, se retiró, y la señora, en un acto caritativo -María Magdalena siglo XXI- se dedicó a aliviar las dolencias del visitante, poniendo en la gestión todo su empeño y buena voluntad.

¿...? ¡Hum...!

El enfermo, recibido el tratamiento correspondiente, sonrió complacido; “menos mal que me hice el descompuesto, sino... ¿qué hubiese pasado?” –fue su íntimo, sincero y alegre pensamiento.

La anfitriona sonreía feliz, inmensamente dichosa. ¡Valió la pena...! –Reflexionó-, tarareando mentalmente: “... y todo a media luz, crepúsculo interior...”

El día decisivo

Sonrió, aunque el cansancio lo doblegaba, sonrió. El viejo aborigen no había mentido. Sin duda, allí, a pocos pasos, estaba el tesoro tan largamente ambicionado.

Por fin su vida plagada de peligros y desventuras cambiaría. Encontró al hechicero casi moribundo y le salvó la vida. Él, siempre propenso a quitarla; a cuántos viajeros desprevenidos había “liquidado” por menos que nada. Sus andanzas y fechorías quedarían atrás, estaba harto de escaparle a la policía y andar a salto de mata; buscando un porvenir, un buen pasar cada vez más esquivo. Y ahora, gracias al único acto caritativo –seguía sin entender por qué lo había hecho-, tendría su recompensa. Cuando el anciano mencionó en su delirio “pepitas de oro del tamaño del puño de un hombre”, no estaba equivocado, seguramente en el filón principal fuesen así a juzgar por las halladas junto al río.

Echado de bruces, bebió otro sorbo de agua fresca, lo saboreó con deleite, llevaba mucho tiempo sin disfrutar de un manjar semejante. Se incorporó, miró en derredor y con la alforja al hombro echó a andar entre la espesa vegetación; según los dichos del viejo jíbaro, la mina quedaba cerca. Sólo debía hallar una caverna profunda en la zona rocosa y sería el hombre más rico del planeta.

Distraídamente, acariciaba entre los dedos las tres pepitas encontradas junto al agua, eran grandes, ¡inmensas!, nunca había visto otras de ese tamaño. Aprovechando una “picada”, abierta seguramente por cazadores, apuró la marcha. En esa senda leve, casi imperceptible, halló varios granos auríferos, testimonio irrefutable del paso de un minero por la misma. Al ir declinando el sol, temeroso de pasar la noche entre la maleza expuesto a las innumerables fieras de la selva; decidió abandonar el caminito y abrirse paso con el machete; yendo en línea recta arribaría antes a las estribaciones de la montaña; allí podría descansar hasta el amanecer.

Llegó desfalleciente, con la noche encima. Sumido en la más completa oscuridad, encontró una cueva y trastabillando se internó en ella; dio un par de pasos, volvió a tropezar con un guijarro y cayó boca abajo.

La fatiga y Morfeo lo vencieron.

Sus sueños fueron descabellados, pero majestuosos, bellos: se vio rey, amo y señor de enormes extensiones; hasta escuchó las estentóreas voces de sus súbditos aclamándolo y el batir de los tambores tocando en su honor.

Los gritos arreciaron, las voces sonaban enardecidas, y las manos golpeando los parches intensificaron los redobles.

Regresó del ensueño con una molesta sensación en muñecas y piernas. Estaba atado. ¿Por qué? ¿Qué extraño hechizo lo dominaba...? Tan luego hoy, precisamente hoy... ¡El día decisivo!

Miró hacia el interior de la caverna.

Vio una enorme montaña de esqueletos humanos y huesos esparcidos por doquier...

Afuera, la algarabía crecía y crecía, salvaje, demencial.

Los nativos celebraban por anticipado la perspectiva de la inminente pantagruélica comida. Gracias a “la infalible magia” del viejo hechicero, una vez más, la tribu disponía de carne fresca.

El Invitado

Sonrió satisfecho, verdaderamente era muy afortunado. La vida fue pródiga con él. Dentro de pocos días sería el hombre más envidiado de toda Francia. Desposaría a la Baronesa de Lafont, la soltera más codiciada de la naciente república, tanto por su enorme fortuna cuanto por su inmensa belleza.

Dejaría ese oficio repugnante para siempre. Aunque gracias a él logró reunir fabulosas riquezas, adquirir títulos y posesiones. Jamás llegaría a descubrirse que el verdugo oficial de la Revolución era el Conde René Leblanc, nadie conocía su secreto. Fue interrumpido en sus cavilaciones por el creciente murmullo de la muchedumbre que tomaba ubicación en la plaza para presenciar la ejecución. La de hoy sería memorable, a juzgar por la expectativa creada.

¡Mejor, cobraría más! El pago por su trabajo era proporcional a la importancia del “invitado”, nombre con que designaban carceleros y verdugos a los condenados a muerte.

De ahí su gran fortuna. Tuvo ocasión de contar como invitados y prestarle sus servicios profesionales a María Antonieta, Luis XVI, Antonio Lorenzo Lavoisier y hasta algunos artífices de la Revolución como Robespierre y Dantón, entre otros.

Los verdugos –ejecutores de justicia, según denominación oficial- utilizaban capuchas para mantener el anonimato y evitar así represalias, tanto en sus personas como en sus familiares.

Él llevaba mucho tiempo prescindiendo de esa precaución; carecía de familia y en lo personal, con el rostro cubierto por la espesa y sucia barba y las ropas miserables que vestía, se tornaba irreconocible.

Nunca podrían relacionar a este siniestro personaje con el elegante y correcto noble en que se convertía esporádicamente.

El bullicio de la gente ya era ensordecedor.

Con la grosería acostumbrada llegó un soldado a comunicarle que todo estaba dispuesto. Lo esperaba su último trabajo.

Salió del cuartucho que ocupaba –un antiguo calabozo del fuerte- y se dirigió a la plaza. Avanzando por el pasillo, al fondo del cual se alzaba el patíbulo, observó dos cosas: los espectadores, más excitados de costumbre, superaban la cifra habitual, y sobre el tablado había dos encapuchados. Normalmente disponía de un ayudante, hoy tendría dos. “El invitado debe ser muy importante” -pensó. Subió a la tarima y observó como uno de los encapuchados se disponía a lubricar y probar el mecanismo de la guillotina para evitar inconvenientes. Lo detuvo con un gesto feroz; ese trabajo le correspondía a él como jefe del equipo y no permitiría que otro lo hiciese en su lugar. Él era el técnico, el especialista, el artista, podría decirse. Comprobó que todo estuviese en orden, reacomodó la cesta destinada a recibir la cabeza y ordenó a uno de sus auxiliares que tuviese preparado el lienzo negro para cubrir los ojos del invitado, así ocultaría su mirada de espanto en el momento de la ejecución.

De pronto se oyeron las trompetas y el redoble de tambores.

¡Había llegado la hora!

Desde el fuerte marchaba en formación el piquete de guardias, mas algo no encajaba en la ceremonia...

¡Faltaba el reo!

Se volvió hacia uno de sus colaboradores.

-¡Falta el invitado!

La sangre se heló en sus venas. Su mirada encerró todo el horror del mundo. Un encapuchado acercaba el paño negro a sus ojos. El populacho arreciaba con sus gritos. La fiera rugía enardecida, sedienta de sangre y muerte.

El juego de luces

Un leve y a la vez persistente dolorcito empañaba la alegría de la Nochebuena. En esa humilde vivienda, había niños; niños ilusionados con el pesebre, los Reyes Magos y todo lo asociado al nacimiento del Niño de Belén. Uno de sus mayores deseos lo constituía el arbolito; sin él, la fiesta carecía de significado, perdía parte de su especial encanto. Así pensaban las cinco preciosas criaturas, cuyas edades rondarían entre los ocho años y uno y medio.

El padre, hombre humilde y trabajador, escogió una rama apropiada para construir el árbol. Poco después los niños aplaudían entusiasmados al verlo terminado. “Es divino” -repetían locos de felicidad. La familia ese año iba a tener “su” arbolito de Navidad.

Entre todos recortaron trocitos de plástico y papeles de colores e hicieron adornos para colgar, quedó verdaderamente hermoso.

La mamá limpiaba casas de familia y, de a poco, con sus magros ingresos, compró regalitos para todos: para los más chicos algunos juguetes baratos; ropita y útiles escolares y zapatillas para los mayores.

Aguardaban ansiosos y expectantes la Nochebuena. Sin embargo, la dicha no era completa. Al hermoso arbolito le faltaba un juego de luces; sabían de la imposibilidad de adquirirlo, no podían afrontar semejante gasto.

Cenaron en silencio, perdida la habitual hilaridad; todos experimentaban la misma sensación. ¡Se habían hecho tantas ilusiones...!

A medianoche: sirenas, petardos, bocinas y las campanas de la iglesia, anunciaron el feliz acontecimiento. Salieron presurosos y quedaron maravillados ante el magnífico espectáculo de innumerables fuegos de artificio; el cielo parecía un inmenso lienzo, donde un magistral artista plasmaba con su pincel figuras y colores de espectacular belleza.

De pronto, el más pequeñito dio un par de tirones al vestido de su madre y señaló hacia el interior de la casa.

A través de la ventana, vieron el arbolito cubierto por miles de lamparitas que titilaban, se encendían y apagaban, formando múltiples figuras que se desplazaban graciosamente, como ejecutando una danza triunfal.

El *Ser Eterno* sonrió satisfecho y conmovido ante la tierna escena, y pensó: “*Hay tantas luciérnagas en el mundo... cuán poco costó ver felices a estas criaturitas*”. Y repitió emocionado su célebre frase: “*Dejad que los niños vengan a mí*”.

El juicio

La voz del ujier resonó en el recinto como el trallazo de un látigo -¡Silencio...! ¡Silencio, por favor!; -una vez acallados los murmullos, continuó-. Prosiga señor Fiscal. -Éste dio un par de pasos y se ubicó ante al estrado.

-Bien, veníamos analizando el grado de responsabilidad del acusado, responsabilidad que hasta el momento, con las débiles evidencias presentadas por la defensa y la total ausencia de testimonios favorables, nos llevan a corroborar y sostener que es plenamente responsable de todos y cada uno de los cargos presentados. Los señores miembros del Honorable Jurado recordarán a las hermanas L.; las mismas fueron violadas en forma reiterada. No comparecen en esta audiencia por hallarse en proceso de recuperación; según los especialistas, demandará una rigurosa terapia y tiempo prolongado.

Palabras de indignación llenaron el recinto tras lo expuesto por el representante del ministerio público. El rostro del acusado permaneció impassible, cualquiera diría al verlo que era un espectador más, ajeno por completo al caso en cuestión. Las expresiones hostiles fueron en aumento, varias personas se pusieron de pie, dirigiéndole epítetos irreproducibles y miradas cargadas de rencor.

Ante el cariz que tomaban los hechos, para calmar los ánimos, la magistrado propuso pasar a cuarto intermedio hasta el día siguiente.

En su lugar de reclusión, el reo trataba de justificar lo sucedido; para él sobredimensionaban su accionar, atribuyéndole una gravedad inexistente. Además, ¿quién estaba libre de pecado para arrogarse el derecho de arrojar la primera piedra?

Mil conjeturas e hipótesis, a cual más descabellada, desfilaron por su cabeza. Pasó la noche en vela; pensaba que su conducta carecía de gravedad; sin embargo, el tribunal difería diametralmente en su apreciación.

El recinto se veía colmado, en consecuencia, una multitud debió resignarse y esperar afuera.

-Su Señoría, miembros del Honorable Jurado, señoras y señores, -comenzó el Fiscal-. Prosiguiendo con la exposición interrumpida en la sesión de ayer, invito a comparecer a la señora P. Su sola presencia ofrecerá una muestra fehaciente del bárbaro atropello cometido por el imputado, desdeñando por completo las normas establecidas; me atrevería a decir, burlándose de ellas.

Desde el fondo de la sala, acompañada por una funcionaria del poder judicial, avanzaba lentamente la nombrada. Lucía maltrecha y caminaba con dificultad; los testigos no daban crédito a sus ojos; era una vaga sombra de la rozagante señora P; sinceramente, daba pena.

Ante la evidente fuerza de voluntad puesta de manifiesto por la compareciente y la casi imposibilidad de llegar al estrado, el ministerio público optó por prescindir de su testimonio; sobraba con verla para imaginar los vejámenes sufridos a mano de aquel sujeto que sonreía indiferente, feliz y contento, como si estuviese disfrutando del mejor espectáculo del mundo.

Así, uno a uno, fueron presentados los cargos y testigos, sin dejar a la defensa el menor resquicio para alegar a favor de su representado.

La indignación del público creció al enterarse de que las señoras N -víctimas también del sujeto en cuestión- habían prestado declaración en el nosocomio, por su deplorable estado. Los ánimos se fueron encrespando y el ujier se vio en figurillas para mantener la calma.

Tras una breve deliberación, el presidente del Jurado presentó la nota con el veredicto y previo asentimiento de la Magistrado, el secretario procedió a su lectura.

-Su Señoría... “Vistos y considerados los cargos presentados contra el acusado, el escaso o casi nulo valor de las pruebas ofrecidas por su letrado y la ausencia total de atenuantes para los múltiples delitos por él perpetrados; este Honorable Tribunal, ejerciendo el pleno uso de sus facultades, en forma irrestricta, resuelve:

1º) Hacer lugar a la demanda, encontrando al imputado culpable de todos y cada uno de los puntos mencionados en autos.

2º) Condenar al mismo a la abstención definitiva de las labores que desarrollaba habitualmente, con total prohibición de retomar en el futuro dichas actividades, para salvaguardar la salud y tranquilidad de quienes hoy comparecen como víctimas y querellantes.

3º) Notifíquese debidamente al interesado, su patrocinador y damnificados actuantes.

4º) Dése forma, publíquese en el Registro Judicial y archívese”.

Epílogo

Sobre el escritorio, abierta como al descuido, la carpeta con los datos de la causa.

Acercándonos un poco, pudimos leer.

Nombres de los principales personajes intervinientes en el caso.

Hermanas L. *Las Letras*, maltratadas, violadas permanentemente por el procesado.

La señora P: *La Poesía*, muy maltrecha, víctima de malos tratos y abusos de todo género.

Las señoras N: *Las Narraciones*, ídem.

El acusado: ***Un mediocre escritor*** -su nombre no viene al caso; hay muchos, podría ser yo, inclusive-, mejor tendamos un manto de piedad sobre él.

El mensaje supremo

Ganímedes era un paraíso. Vivir allí resultaba sumamente agradable. Se respiraba paz, amor, felicidad. Pero esa armonía y perfecto equilibrio fueron alterados por el mensaje del rey.

Nadie conocía al monarca. Según algunos era despótico y cruel; llegando incluso a comentarse que había ultimado a su predecesor para usurpar el trono. Otros, en cambio, manifestaban que se trataba de un ser extremadamente dulce, bondadoso y caritativo.

La población recibió telepáticamente la orden del soberano: "Al finalizar el presente período de luz, todos los habitantes deben ubicarse en espacios abiertos y observar el firmamento. Contemplarán mi obra maestra. Quienes desobedezcan esta orden, se arrepentirán. Reitero... ¡Lo lamentarán!"

Estaban aterrorizados; se aproximaba el fin. El exterminio. ¡La total destrucción de Ganímedes!

Llegó el momento esperado. Siguiendo las instrucciones recibidas, comenzaron a tomar posiciones en parques y paseos. Unos, por curiosidad; algunos temiendo represalias futuras y, la mayoría, con la resignación de quien ve llegar su última hora sin poder evitarlo. Madres abrazadas a sus hijitos, abuelos llorando con los nietos; un cuadro verdaderamente sobrecogedor.

Se oyeron fuertes explosiones seguidas de intensos resplandores; seguramente las llamas devorarían cuanto encontraran a su paso...

Sin embargo, naves de una hermosura y colorido jamás visto surcaban el espacio. Comenzaron a formarse figuras fantásticas, hermosas, irrepetibles. Las bocas de los espectadores se abrieron a causa del asombro. La emoción se adueñó de grandes y chicos. Ahora lloraban, pero de alegría, una alegría sin límites. Asistían a un espectáculo maravilloso, fascinante. Melodías de singular belleza daban un marco de ensueño a lo narrado. Verdaderamente, la organización del evento requería un extraordinario poder y exquisita sensibilidad y buen gusto.

Se atenuó la música y dominó los demás sonidos la voz del rey: "Amados y fieles súbditos; quiero compartir con mi pueblo la gran alegría que me embarga. Celebrar en unión la buena nueva. Establecí contacto con un ser infinitamente superior, **Creador de todo lo existente**. Éste es su mensaje. ¡El mensaje supremo!... dice que para salvar a los habitantes de un lejano planeta, ha enviado a su hijo y en este momento está naciendo en un humilde pesebre".

El rastro

Los hombres avanzaban rápidamente. El rastro en la nieve era inconfundible.

-¡Maldito lobo! ¡Cuánto daño ha ocasionado a nuestros rebaños!

-¡Menos mal que le acerté en la mano! –comentó otro.

Estudiaron las huellas. La nieve, levemente coloreada por la sangre, confirmaba lo dicho.

¿Quién lo hubiera imaginado? ¡Igor... era el lobo! A pesar de su carácter retraído jamás hubiesen sospechado de él; parecía tan bueno... Además, la presencia de Natusha, su joven y hermosa mujer, hacía esto más increíble todavía.

Totalmente exaltados llegaron en tropel ante la cabaña y vociferando llamaron al muchacho.

Este apareció en pocos minutos; sin duda se había vestido en forma apresurada. Advirtieron de inmediato la mano derecha cubierta por un pañuelo.

Su nerviosismo y la ansiedad reflejada en la mirada lo delataban. Evidentemente, temía. Temía y ocultaba algo.

-¿Qué te pasó en la mano? –preguntó un sujeto.

-Nada de cuidado... ayer... cortando leña... un rasguño.

Los hombres cambiaron miradas maliciosas y enfrentando al joven con fiereza y energía lo obligaron a marchar hasta un bosquecillo cercano. Allí, en la quietud del amanecer, sin más palabras, lo acribillaron a balazos.

Luego, se marcharon.

Igor quedó tendido de cara al cielo; en sus ojos abiertos se había apagado la vida. El viento, jugueteando caprichosamente, formó un remolino y se llevó el pañuelo.

¡La mano estaba completamente sana!

En la cabaña, Natusha contrajo el rostro; el dolor de la herida se tornaba insoportable. Venciendo el intenso sufrimiento, tomó a su hijito en los brazos y con un gesto protector lo apretó contra sí.

El niño buscó instintivamente el pecho materno y comenzó a succionar con avidez.

El relato de Don Ovidio

Como de costumbre, encontré a don Ovidio entregado a su labor. Nadie como él para trabajar en sogas. Primorosos juegos de riendas, bozales, maneas y otros artículos salían de sus manos prodigiosas.

-Demoraste mucho –fueron sus palabras-, calculé que ya no vendrías.

-¿Cómo? Por nada del mundo faltaría a nuestra cita, sobre todo hoy... Mi curiosidad no lo habría permitido.

Diligente, preparé el mate. Amargo, suave, no muy caliente, acorde al gusto de don Villalba.

-Mirá, como te anticipé, hay una historia muy sabrosa para hoy; tan sabrosa como este cimarrón. Ahí va...

“A fines del siglo XIX, antes de la fundación del pueblo algunas familias ya se habían asentado en la región, sobre todo por la calidad del agua, la mejor en muchas leguas a la redonda.

“Dos ranchitos, uno donde actualmente está el *Frigorífico Argentino* y el otro en el lugar que ocupan las instalaciones de la ex feria *Brebbia Hermanos*. Nos referiremos a este último. -Asentí mientras le alcanzaba el mate-. Los indios merodeaban continuamente, intentando alzarse con cuanto animal u objeto de valor se pusiera a su alcance, casi siempre en ausencia de sus dueños o aprovechando cualquier descuido de estos. Una mañana, bien temprano, salieron de cacería el padre y tres de sus hijos, ya muchachones.

“Abundaban los venados y “ñanduces”, zorros, gatos monteses y, en ocasiones, algún ternero o yeguarizo sin dueño conocido o visible. Todo bicho era bien venido y prestaba su utilidad. Sabrás, por ejemplo, lo codiciados que eran por esa época los tendones de avestruz para coser y atar; lo mismo que la carne y el cuero de venados y potros, hasta la grasa se usaba para los candiles; con decirte que las iguanas y comadreja se empleaban sin desperdicio. No se tiraba nada”.

Subyugado por lo ameno del relato, hice un leve gesto de entendimiento a mi amigo al tiempo que le alargaba otro amargo.

“En “*las casas*” quedó la madre con dos criaturitas de pecho más una mocosita de escasos seis años y un “*buche*”⁶ que andaría por los nueve y pico. Éste último, juguetón y travieso; la piel de Judas, como decimos vulgarmente.

Andaba este curioso personaje arrastrando una pierna, resultado de su última hazaña; montar el potrillo bayo “*pa´ sacarle las cosquiyas*”, según su propia expresión. La jornada transcurría sin sobresaltos; lo que se dice un día tranquilo. Nada hacía presagiar la tormenta que se avecinaba.

A media tarde, “*Gorrión*”, el domador rengo, alertado por el alboroto de unos teros, advirtió a un grupo de “*pampas*” y avisó a la “*mama*”, señalando el rumbo que traían los invasores.

Rápidamente abandonaron el lugar. La madre con los más pequeñitos en brazos y la “*chinita*”, se escondieron en un pajonal cercano; el “*buche*” como no podía caminar con agilidad se ocultaría en un montón de pasto seco preparado para forraje de los caballos o en el aljibe que proveía de agua a la familia. Llevaba una cañita de tacuara con un pequeño faconcito atado a la punta con tientos de potro. Mi “*lansita*” -decía muy ufano.

Los merodeadores estudiaron la escena y confirmada la ausencia de defensores, avanzaron desdeñando toda precaución; gritando, enarbolando lanzas y hachas en señal de desafío. Al no correr peligro eran muy valientes.

⁶/ **Buche/a:** vocablo usado en lugar de “*niño/a*” en el sur de los departamentos Marcos Juárez y Unión (Córdoba.) N. /A.

En poco tiempo saquearon el rancho: harina, yerba, azúcar y, lo más importante para ellos, unos porrones de “*giniebra*” que fueron tomando entre alaridos, cánticos y extrañas cabriolas, imitando exóticas danzas.

Degollaron una oveja e intentaron infructuosamente de incendiar el techo de la humilde vivienda, conformándose al fin con pegarle fuego al pasto amontonado.

La madre, desde su precario escondite, apreció angustiada la dimensión de la hoguera. Enloquecida de espanto, permaneció en el refugio, sin atinar a moverse; de ser descubiertos morirían todos.

El sol finalizaba su diario paseo cuando los “*maloneros*”, a contraluz, distinguieron por el poniente una tenue nube de polvo. Alguien venía, seguramente los moradores del lugar. Cargaron prestamente sobre la cruz de un animal la oveja sacrificada y montando “*a lo indio*”⁷ se marcharon por el norte. Uno de los aborígenes, desdeñando los corderitos de la oveja muerta que balaban lastimosamente, miró codicioso a una gallina gorda que entraba en el horno del pan, “*duerme ahí*” -pensó, y corrió dispuesto a capturar a la exquisita e indefensa presa.

El dueño de casa y sus acompañantes llegaban en tropel, alarmados por el humo y las llamas, temían lo peor.

La mujer, al saberse segura, regresó con los más chicos.

El nativo rezagado introdujo la cabeza en la boca del horno; su alarido fue escalofriante, la muerte se enancaba en él. Los miembros de la familia contemplaron atónitos la escena. El indio parecía forcejear aferrado a algo en el interior del horno, sus pies se elevaron un tanto, en un aparente intento por afianzar la vida; por el “*lomo*” del salvaje asomaba, ensangrentada, la diminuta punta del faconcito”.

Volví a la realidad. En la mano sostenía distraídamente el mate, con el entusiasmo lo había olvidado por completo.

⁷/ **montar “a lo indio”**: “en pelo”, estribaban encajando entre los dedos del pie descalzo una soga de cuero crudo provista de un nudo. Nota del Autor.

El rostro en el espejo

La vida, regida en ocasiones por designios misteriosos, entrecruza circunstancias y momentos cronológicos y nos conecta con acontecimientos, sitios o personajes.

Tal es el caso de esta historia, *basada en hechos reales*, donde se incluyen sólo las iniciales de los apellidos de los protagonistas; conservando, eso sí, sus nombres de pila.

Hace algunos días tomé conocimiento del Certamen Literario con motivo del homenaje a Marcos Ciani y de inmediato me sedujo la idea de participar. No por el posible premio o galardón a obtener -vana ilusión, además- sino como una manera a mi alcance para destacar tanto los valores humanos (espirituales y morales) cuanto los deportivos del mencionado automovilista.

(Sinceramente, pienso, será un pobre reconocimiento de los escritores zonales, a quien tanto merece).

Para documentar esta modesta obra sobre el destacado piloto de Venado Tuerto, solicité a Daniel B. (vecino del barrio, camionero para más datos), la información que me pudiese suministrar: revistas, anécdotas; en fin, lo que fuere.

En ese preciso instante -según lo expuesto más arriba- el destino tomó arbitrariamente las riendas del asunto y entretejió a su antojo la trama correspondiente.

Los hechos:

-Mire, en la casa paterna debe haber fotos y revistas, con seguridad –respondió mi amigo Dany-. ¿Qué historia puede ser?

-Cualquiera, real o imaginaria. Desde luego, siempre relacionada con Marcos Ciani.

-Le hablaré de “*el rostro en el espejo*” –dijo sonriendo con picardía.

-¿Cómo? ¿Qué rostro? –no entendí nada.

-Ya lo sabrá, al final llegaremos a él.

-Bien, te escucho –me armé de paciencia, (intuía la pérdida de tiempo).

-Tal vez le sirva lo que me sucedió de chico...

-No sé, vos dirás...

-Y, por ahí me falla algún detalle, como hace más de cuarenta años... Yo era un pibe cuando conocí a Don Marcos y en circunstancias muy especiales. –Observé que pronunciaba el nombre con veneración algo exagerada, a mi entender.

-¿Cómo fue...? –El asunto ahora comenzó a interesarme, y mucho, por supuesto.

-Veremos qué le parece. Un día, jugando con otros chicos me clavé un palo en el ojo, ¡qué dolor terrible!, –contrajo el rostro ante la evocación-. Para colmo, mi viejo andaba de viaje⁸. Claro, que siempre, hasta en los peores momentos, llega una solución. Ahí fue cuando entendí lo justificado del dicho: *Dios aprieta pero...*

Consumido por la lógica impaciencia, aguardé un instante; posiblemente, esa pausa le era imprescindible para escarbar en la memoria.

-Mi papá (Humberto B.) era muy amigo de un hermano de Don Marcos, Victorio Ciani. Creo que compraba y vendía autos, aunque no estoy seguro.

⁸/ Ambas ramas -materna y paterna- durante varias generaciones, incluyendo las actuales, tienen una fuerte relación con “los fierros”. (Camioneros, mecánicos y/o preparadores y pilotos en múltiples competencias de diversas categorías del automovilismo deportivo regional.) Nota del Autor.

-Está bien, es un detalle menor –aduje, restándole importancia.

-Mi mamá al verme sangrando se desesperó, no sabía qué hacer. De yapa, en el hospital de Arias los médicos dijeron desde el principio: “lamentablemente, perderá el ojo”. Y yo, a pesar de los calmantes recibidos; no paraba de llorar, me dolía una enormidad.

Volvió a refugiarse en un breve silencio, tal vez procurando así minimizar el vívido y traumático recuerdo.

-Me imagino –dije, sin advertir lo inútil y tonto de mis palabras.

-Mi vieja (Nélida C. de B.), ¡pobre...! Lloraba y lloraba a mi lado. El abuelo intervino para calmarla (vivíamos con él). Este abuelo, José C., fue un excelente mecánico y camionero; él me enseñó a trabajar. Mi vieja recapacitó y siguiendo el consejo del padre, llamó a Don Victorio y le expuso el caso. “Quédese tranquila -respondió con su acostumbrada cordialidad-, ya salimos para allá; todo irá bien”.

-Menos mal –otro comentario mío, tanto o más desubicado.

-Optaron por llevarme a Venado Tuerto. Y yo, para colmo, dominado por el dolor y el susto, casi no veía. De pronto, incrédulo, refregué el ojo sano para aclarar la visión. No sufría de alucinaciones. No, era él... Allí estaba Don Marcos ¡nada menos! y al volante de un auto nuevito (me parece que un Falcon). Don Marcos Ciani, todo un señor, y como tal, imbuido de su espíritu solidario, se puso incondicionalmente a nuestra disposición para lo que fuese. ¡Sin conocernos tan siquiera!

-¡Un chofer de lujo, verdaderamente! –Mi comentario esta vez era más atinado.

-En Venado recorrimos los centros médicos más importantes, en todos reiteraron el diagnóstico: “ese ojo está irremisiblemente perdido”. Se puede imaginar, mi mamá lloraba más que yo. Claro, ella veía la situación en su real magnitud; y yo, pibe todavía, no caía en la cuenta del futuro que me esperaba.

Al contemplar un panorama tan sombrío Don Marcos propuso ir a Rosario, donde seguramente contarían con recursos tecnológicos más avanzados. Ella se opuso, estaba descorazonada, entregada. Los hermanos Ciani insistieron con mil argumentos hasta convencerla. El conductor esta vez corría contra el tiempo, cuanto más demorasen en atenderme, menos posibilidades habría. Llegamos a Rosario en un suspiro. Fue la mejor carrera de su vida, al menos para mí. -Asentí en silencio, temiendo que cualquier interrupción pudiese romper el hechizo y malograr el final de tan interesante historia-. Don Marcos, con su proverbial capacidad de raciocinio, no estaba errado. Él tenía muchos amigos y eso facilitó bastante las cosas. Consultamos varios especialistas hasta dar con el mejor; que, en un par de horas realizó una tarea digna de elogio... ¡Fíjese!, –me enseñó- ese ojo tiene una leve diferencia de color, casi ni se nota.

-¡Quedaste bien!, –manifesté para distenderlo y calmar algo su excitación-. Y lo del rostro en el espejo, ¿para cuándo? ¿Qué quisiste decir con eso...?

-¡Ah... está intrigado! –suspiró hondo y prosiguió-. Cuando desperté tenía el ojo lastimado cubierto. Por ese motivo y la falta de costumbre, miraba con alguna dificultad. En una silla estaba mi mamá dormida ¡pobre!; la vencieron el cansancio y las emociones. Fue entonces cuando descubrí cerca de mí el rostro de Don Marcos sonriendo, nunca lo olvidaré; cada vez que estoy frente a un espejo, lo veo. De verdad. Si hasta me parece escucharle decir, como en aquella ocasión: “Vamos, pibe... ¡fuerza, fuerza...! ¡No aflojés! ¡Vos podés hacerlo!”

-Creo que esa frase contagiándome confianza fue la que obró el milagro. Tengo mis dos ojos gracias a él. A él, el querido “Sapito” de Venado Tuerto. ¿Cómo no recordarlo con cariño...?

En silencio

La cuarta compañía se encontraba acampando en una leve elevación del terreno. Las órdenes eran terminantes; nadie debía ingresar al área demarcada sin ser identificado y autorizado previamente.

Después del horror causado por el vuelco del automóvil, lograron calmarse un tanto. La cosa ya no parecía tan grave.

El padre tenía un golpe en el pecho y la pierna derecha fracturada; madre e hijo, un joven de unos quince años, sólo presentaban pequeños rasguños y excoriaciones sin importancia.

Auxiliaron al hombre, liberándolo de su incómoda posición y le realizaron una cura de emergencia, procediendo con suma delicadeza para no incrementar el agudo dolor de la extremidad lesionada.

En todo momento ambos esposos cambiaban expresiones de dolor con palabras de consuelo y aliento. La situación mejoraría cuando fuese de día, faltaba poco; la tenue claridad en aumento insinuaba la próxima aparición del sol.

Acomodaron con gran esfuerzo al herido dentro del coche y luego el muchacho inspeccionó brevemente los alrededores en procura de ayuda, lo rodeaban soledad y silencio. No obstante, creyó vislumbrar tras el follaje de los árboles cercanos el resplandor de una luz y sonrió esperanzado. No parecía lejana. Acercándose al vehículo indicó con gestos que buscaría quien los socorriera, un ademán afirmativo de la cabeza materna fue la respuesta. Se alejó un tanto encorvado y tambaleante por el dolor e internándose entre los árboles trató de ubicar la luz divisada momentos antes.

El centinela paseaba lentamente, luchando contra el sueño y el aburrimiento. Nunca pasaba nada. Dentro de poco finalizaba el turno de guardia. Al fin podría descansar y fumar un cigarrillo. Eso le hacía falta... ¡un cigarrillo!

Percibió un suave chasquido, como el producido por una rama al quebrarse, y aguzando los sentidos al máximo distinguió con absoluta claridad un cuerpo que avanzaba agazapado, intentando pasar inadvertido.

-¡Alto! ¡Santo y seña! –vociferó-. ¡Deténgase! ¡Deténgase o disparo!

Reinó un silencio de muerte.

Repitió la consigna, y ante la total indiferencia del sujeto, que desoyendo la orden continuaba su avance, abrió fuego. El intruso rodó sin un gemido y quedó inmóvil.

De inmediato se presentó el oficial de guardia. Notificado de los hechos, procedieron rápidamente a retirar y ocultar el cuerpo del infortunado merodeador.

En el escenario del accidente los esposos se sobresaltaron al escuchar los disparos. Atemorizados, tras aguardar en vano un tiempo prudencial el regreso del joven, decidieron que la mujer lo buscara por las inmediaciones.

La pobre madre realizó esfuerzos sobrehumanos, caminando en todas direcciones con desesperación. Los arbustos cobraron tributo en sus carnes y en sus ropas. Casi arrastrándose, gimoteando angustiada, descubrió una pequeña senda ascendente y se dispuso a seguirla.

El destino, únicamente el destino, guiaba sus pasos.

Al aproximarse al puesto de vigilancia, el oficial a cargo la interceptó.

-¿Qué busca, señora?

-Tuvimos un accidente, mi esposo está herido de consideración; nuestro hijo fue en procura de socorro y no ha regresado. Tememos que le haya ocurrido algo.

Ambos militares cambiaron disimuladamente una mirada de complicidad.

-Señora, si desea podemos salir a buscarlo; la ayudaremos. Dígame, ¿cómo es que no grita pidiendo ayuda si está extraviado? Y usted... ¿Por qué no lo llamó en ningún momento?

-¿Para qué, señor? Sería inútil. Mi hijo es sordomudo.

Historias de la Patria⁹

"...mas el hombre de razón,
no roba jamás un cobre,
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón"
(M. Fierro /José Hernández)

1 Amor esclavo

Don Tomás Ruiz de la Barrera, defensor de la emancipación de España y gran colaborador de esta causa, poseía y habitaba una fastuosa mansión transponiendo las chacras de Palermo. Componían su familia Doña Consuelo, su esposa, y el "señorito" Mariano, único hijo de la pareja; muchacho alocado, amante de la noche, el juego y las mujeres, próximo a concluir la carrera de derecho.

Entre los esclavos de la familia se encontraba Nazaria, nacida en la casa y casada con un joven de igual condición. Cuando pocos meses antes ambos tejían proyectos para el futuro, soñando con la libertad e igualdad para ellos y el hijo que esperaban, el amo enroló al joven Antonio en el Ejército Libertador del General San Martín, disuadiendo a la vez a su hijo empeñado en alistarse a las órdenes del flamante jefe, que en el campo de Marte adiestraba al Regimiento de Granaderos a Caballo, de reciente creación.

A poco de marchar "Falucho"¹⁰, la negrita recibió la condecoración al valor patriótico, otorgada al moreno soldado por su destacada actuación en una misión de sumo riesgo.

Consistía en una medalla de oro y plata de gran valor, muy apreciada para ellos, no por el valor material, sino por lo que simbolizaba.

Nazaria confió su custodia a la señora. En poder de la "amita" estaría más segura que en sus manos. ¡Cómo se equivocaba!

Algún tiempo después desapareció misteriosamente, y aunque Doña Consuelo removié cielo y tierra no volvieron a verla. La morena supuso que Mariano la había tomado para cubrir alguna de sus frecuentes deudas de juego, pero por amor y lealtad a la casa y cariño al joven amito a quien consideraba un hermano menor, decidió callar, aceptando la pérdida como algo normal; prefería esto a causar el menor dolor a sus amos. Gradualmente, el asunto pasó al olvido.

Un domingo, al regresar de misa, Doña Consuelo echó de menos su anillo de oro y brillantes; por la mañana lo había dejado sobre la cómoda de su recámara. Estaba segurísima.

-Mujer, te dije que ese tarambana de nuestro hijo es capaz de cualquier cosa; si no, recuerda la medalla de Nazaria...

-No, Tomás... No puede ser él... esta vez no -dijo la mujer entre sollozos.

-¿Quién, entonces...? ¡Cuando venga me va a oír! -respondió enfurecido.

La esclava, angustiada, escuchaba tras la puerta; no pudo soportar más y entró atropelladamente.

-Yo tomé el anillo -manifestó con un hilo de voz.

-¿Cómo...? -el rostro de la señora se transformó por el asombro y la cólera.

⁹/ Con la adaptación literaria correspondiente, este cuento se inspira en un episodio ocurrido en el ámbito familiar del autor. N. /A.

¹⁰/ **Falucho**: Apodo de Antonio Ruíz, liberto de color. Sirvió en el ejército libertador arg. desde 1812, y dando fe de su patriotismo murió fusilado en el "Real Felipe" (fuerte del Callao, Lima, Perú), defendiendo la bandera nacional, el 7 de febrero de 1824. / Tutor: Diccionario Enciclopédico Ilustrado, Edit. Sopena Arg., pág.436

-¡Nazaria, tú...! ¿Por qué lo hiciste? ¿Dónde está? -inquirió Don Tomás.

-Me puse el anillo y el peinetón de la amita Consuelo, jugaba en el parque mirándome en el agua del pozo; tuve como un mareo, el anillo escapó de mi mano y cayó al aljibe...

Por más que rogaron y amenazaron siguió con la misma cantinela. Mariano, al enterarse del asunto lo comunicó al Brigadier Azcuénaga¹¹, jefe de policía de la ciudad y éste detuvo a la negrita, acusada de robar a sus amos, delito considerado de extrema gravedad. Ya en el presidio la condujeron de inmediato ante Monteagudo¹², juez designado por el Triunvirato que presidía Rivadavia. Monteagudo, el despiadado e infalible juez que odiaba a muerte a los negros y desconocía la palabra clemencia. Tras escuchar su breve declaración confesándose autora del robo, condenó a la acusada a la horca; la ejecución tendría lugar el próximo lunes al salir el sol. En atención al comportamiento de su esposo en las tropas nacionales, no sería en la plaza pública -donde recibían los reos el escarnio y las burlas del populacho-, sino en el patio del presidio.

-Doctor, -dijo balbuceando la pobre negrita-, tenga piedad... Le ruego por mi hijo... Cuando nazca se lo daré a unos amigos para que lo cuiden; entonces, podré morir tranquila...

-Ahora suplicas, negra inmundada... Antes no pensabas en él, ¿eh? El lunes. ¡Es mi última palabra! -gritó.

-Sí, Señor... -el guardia, obedeciendo a un gesto del magistrado, arrastró a la mujer hasta la celda. Monteagudo sonrió murmurando: "lástima que está en esas condiciones, sino me hubiese divertido un rato con ella. No es fea la negrita". Salió rumbo a la taberna, a comentar con los amigos un nuevo "fallo ejemplificador contra los sucios negros".

2 Justicia Divina

Durante toda la noche la tormenta castigó con furor implacable; parecían haberse desatado las furias del averno: agua, granizo y un viento huracanado causaron cuantiosos daños en la ciudad y sus alrededores.

A pesar del mal tiempo, el cura de la Concepción, Don Nicolás Calvo¹³, asistió a la reclusa fortaleciendo su espíritu. Instábale a contar al Señor sus pesares, para, por medio del Sacramento de la Confesión, poner su alma en gracia de Dios y obtener el perdón.

Nazaria se resistió al principio, mas ante la insistencia del sacerdote y ganada su voluntad por la buena disposición de éste, accedió. Contó su vida casi por entero, sin embargo evitó referirse al problema suscitado en casa de sus amos, motivo de su detención y condena.

El buen curita, procurando ayudar a la muchacha, fue encaminándose hacia la cuestión hasta que ella rompió a llorar, intentando relatar al mismo tiempo los pormenores de la desgracia que había caído sobre su cabeza, sin tener responsabilidad alguna en el hecho que se le atribuía.

-Entonces... ¿Tú no lo hiciste?

-No, padrecito -respondió prestamente, entre hipo e hipo.

-Sigo sin comprender... Si eres inocente, ¿por qué te declaraste culpable?

-Quería salvar al niño Mariano y evitar a sus padres el dolor de enfrentar al hijo con una acusación semejante.

-¡Claro! Sin contemplar que ponías en riesgo la vida de tu hijo, ¿no te importa,

¹¹/ Tras la independencia, Azcuénaga fue el primer jefe de policía de la ciudad de Bs. As. Nota del Autor.

¹²/ Bernardo Monteagudo fue el primer Juez de la flamante república. N. /A.

¹³/ Iglesia y sacerdote del Buenos Aires colonial. N. /A.

acaso?

-¡Sí, cómo no me va a importar! Pero, no encontré otra salida... Además, creo que el señorito es incapaz de algo así; ¡él es inocente!, lo mismo que yo.

-¡Hum! -se tomó el mentón, pensativo- trataré de ver al provisor del obispado, Don Diego Estanislao de Zavaleta¹⁴; él puede interceder ante el mismísimo Rivadavia, si es preciso.

-Su merced olvida que todo lo que le conté es un secreto de confesión, no puede decirlo.

La negrita tenía razón.

El curita dio algunos pasos por la celda, concentrado, buscando una pronta solución al problema.

-Padre Nicolás -dijo desde la puerta un guardia-, lo requieren para asistir a Don Lucas Méndez y Pidal, está agonizando; solicitan su presencia de inmediato.

-¡Ya voy! -se dirigió a Nazaria, la abrazó paternalmente y dejó un leve beso sobre su frente-, ten valor, hija mía, el Señor no te abandonará, ya verás. -Con los ojos húmedos, mordiéndose los labios de rabia e impotencia, salió del calabozo.

La prisionera quedó sola, sumida en sus cavilaciones, llorando y rezando a la vez. Faltaba tan poco para el amanecer... ¡Y para el fin!

El joven avanzaba lentamente, la tempestad arreciaba, cada charco era una trampa, la oscuridad se alteraba fugazmente con las llamaradas de los relámpagos y la intensidad del viento amenazaba con derribar a jinete y cabalgadura.

Múltiples obstáculos entorpecían la marcha, parecía que nunca llegaría a destino; mejor dicho, sí llegaría, pero tarde. El caballo daba muestras de cansancio, llevaba más de una hora de alocada carrera cuando arribó a las primeras calles de Buenos Aires; la ciudad aparecía desierta, desolada. "Únicamente un caso de vida o muerte puede obligar a alguien a salir de su casa" -pensó. Nunca un razonamiento más acertado. ¡Un caso de vida o muerte!

La negrita recordaba a su esposo combatiendo por la patria para lograr un mejor porvenir para sus hijos y, paradójicamente, su hijito no gozaría de oportunidad alguna, no tendría porvenir. ¡No tendría vida siquiera! ¡Qué injusticia!

De pronto rompió el silencio un galope, un galope desenfrenado.

-¡Alto, quién vive! -la enérgica voz del centinela rasgó el aire.

-¡Gracias a Dios! ¡A tiempo! No me hubiese perdonado en caso de llegar tarde.

La esclava reconoció la voz de Mariano. "¿Por qué tanto odio, niño?, quiso venir a mofarse e insultarme" -pensó con amargura.

El guardia en tanto, proseguía interrogando al visitante para identificarlo.

-Sí, soy Mariano Díaz de la Barrera, hijo de Don Tomás Díaz de la Barrera y vengo a ver a Nazaria Díaz, nuestra doncella, aquí prisionera. Deseo hablar con ella de inmediato.

-Perdone "Su Excelencia", no lo había reconocido; pase, pase usted. No hay problema. -El hombre apareció por el corredor, con el manojito de llaves en una mano y un farolito de sebo en la otra, abrió la puerta de la celda y franqueó la entrada al joven.

-¡Niño, perdón... perdón niño! -La muchacha cayó de rodillas ante Mariano.

-¡Levántate! Únicamente tienes que arrodillarte ante Dios. Además, soy yo quien debe pedir perdón. Por mis padres y por mí. No llores -el muchacho se inclinó y ayudó a la joven a incorporarse-. Como Don Tomás está de viaje, debo representarlo y actuar en su lugar.

¹⁴/ Don Diego Estanislao de Zavaleta: autoridad eclesiástica de la época. N. /A.

-¿Y la señora...?

-Se encuentra en cama, esperando la llegada del médico; el disgusto que recibió hace unas horas fue terrible, le costará mucho reponerse...

-¡Pobre amita! Y yo no estaré para cuidarla, ¡Ay, mi señora...!

-Sí estarás, seguro que estarás, ¡mi fiel Nazaria! -Acarició la cabeza de la morena-. Anoche, con la fuerza del viento, cayó una gran rama del viejo aramo del parque, en ella tenía su nido una pareja de "leñateros"; fui a ver si se habían producido daños y entre los restos del nido algo atrajo mi atención. ¡Aquí está! Te lo envía mi madre. ¡Es tuyo! -Tendió a la esclava un primoroso pañuelito con el monograma de la patrona; ella lo tomó con timidez, desató las puntas anudadas y en su interior encontró la medalla del ejército otorgada a su marido. La acercó a los labios y comenzó a llenarla de besos. Con la ansiedad y el nerviosismo de sus movimientos hacia uno y otro lado, algo rodó por el suelo. El joven se inclinó, tomó el objeto y en la mano abierta mostró a Nazaria el magnífico anillo de oro y brillantes.

La cuadrera¹⁵

El Día de la Raza. GRANDES CARRERAS CUADRERAS EN BOLÍVAR. En el campo de Don Karlos Aspiroz Larrechea. Organiza: Asociación Cooperadora Policial. (Así reza en un programa de 1944).

Llegué temprano, con once años y la canasta de pasteles para vender. La reunión era perfecta, sin problemas. Bueno... casi. A media tarde el líquido ingerido complicó un fallo y los ánimos se fueron caldeando, derivando en una batahola descomunal; un tole-tole de padre y señor mío.

Dejé la canasta en el improvisado buffet, junto al barril con damajuanas y botellas (entre barras de hielo) y me metí presuroso bajo la jardinera de Don “Pepino”, el tano bolichero.

La porfía maduraba. “Que si el zaino; que si el bayo...” A la profusión de gritos e insultos siguieron empujones, golpes de puño, algún talerazo y hasta hubo quien hirió los rayos del sol primaveral con la espejada hoja de un “La Movediza”¹⁶ *cabo de plata* que, interpretando su danza desafiante, tajeaba el aire, dibujando en él curiosas filigranas e intangibles arabescos.

Desde la relativa seguridad de mi precario refugio, lo descubrí. El forastero, de recia contextura y elegante estampa lucía ropas de excelente calidad; mas, pese a ello, irradiaba un halo siniestro. Parecía un cuervo. El color de pilchas, apero y caballo acentuaban la semejanza. Todo en él era negro, salvo los dientes, protagonistas de una exagerada sonrisa burlona, casi diabólica.

El desconocido se acercó como al descuido a un grupo de contendientes empeñados en zanjar sus diferencias a mamporro limpio y, sin decir “agua va”, con el negro rebenque tomado por la lonja, fue asestando los mejores testarazos de su amplio y selecto repertorio al prójimo desprevenido más cercano, o sea, a cualquiera. Total... importaba tan poco el destinatario.

¡Qué habilidad sorprendente! ¡Qué fineza de movimientos! Sin discutir con nadie, ajeno por completo al litigio, siguió empecinado suministrando, sin mezquinar, su *infallible medicina*.

Cuando las aguas retornaban a su cauce; él, silbando una milonga del “Viejo Pancho”, se enhorquetó sobre el espléndido pingo oscuro que escarceaba brioso junto al alambrado, le dio un leve taloneo y...

Un persistente olor a azufre acompañó la partida del fuliginoso potro.

Fragor de truenos lejanos desgarraron la placidez de la tarde al restallar las potentes carcajadas, que, en alas de la brisa crepuscular surcaron la vasta llanura bonaerense.

La policía, el médico y los *afortunados mortales beneficiados por el eficaz tratamiento* –entre quince a veinte paisanos con la cabeza descalabrada-, no supieron explicar lo ocurrido.

¿El *cuervo sonriente*?... ¡¿Quién sabe?! ¡Lo tragaría la pampa! No volví a verlo...

¡Ah! Me faltó aclarar algo... *¡Nunca más vendí pasteles!*”

¹⁵/ Historia real, receptada en Fortín Olavarría de Don Félix Burcaizea (ex vecino de Bolívar.) N. /A.

¹⁶/ “**La Movediza**”: renombrada marca de cuchillos, muy apreciados por su calidad. Deben su nombre a la famosa piedra homónima de Tandil. N. /A.

La herencia de Anacleto

Como corresponde a toda persona bien educada empezaré por presentarme: soy Anacleto. Me llamo así por mis abuelos, Ana y Cleto. Cuando ellos murieron yo no había nacido, pero... de acuerdo a ciertos cánones rigurosos familiares, arribé a este valle de lágrimas con el nombre puesto -o impuesto-, requisito obligatorio para acceder a los bienes que, según la *ley tradicional de mis antepasados*, me correspondían.

Por una antiquísima disposición de mis ancestros, la fortuna pasará únicamente de abuelos a nietos. Para tener derecho a ella, el nombre, o nombres del beneficiario, de sexo masculino, deben comenzar indefectiblemente con las letras "An..." y "Cl..."; o, como en mi caso, asociarse, de esa composición surgió: Anacleto. Mi tatarabuelo fue Antígonas Cleofás y mi abuelo, el esposo de Ana, Andrés Cleto (como se verá, ambos cumplían a la perfección con las cláusulas hereditarias). Por verdadero milagro salvé al mayor de mis nietos del estigma "anacletense", pero con el más pequeño no tuve tanta suerte. Enrique, mi único hijo, conecedor de esta condición básica e ineludible para heredar, se empeñó en buscar el nombre más conveniente. Así, Ángel Clemente llegó también a este "paraíso viviente" y recibió como "castigo", el nombre, y en compensación, la consiguiente recompensa, los bienes familiares.

Tras este breve exordio iniciaré el pormenorizado relato de mis desventuras.

Mi padre, diplomático de carrera, pasó su vida recorriendo el globo, de acuerdo al destino fugaz asignado por el gobierno de turno; por lo cual tuvo poca o ninguna gravitación sobre mí después de terminar los estudios primarios. Siendo adolescente estuve internado en un instituto educativo y luego pasé a la universidad; debo decir ajustándome a la verdad, que no concluí carrera alguna. Viví algún tiempo en una pensión para estudiantes, pero apenas cumplí 21 años me mudé a la enorme mansión familiar. De acuerdo a las disposiciones testamentarias me pertenecía y al alcanzar esa edad debía ocuparla o, en su defecto, perdía todos los derechos.

Llevado por mi curiosidad y espíritu aventurero recorrí palmo a palmo la propiedad; me encantó, era hermosa; pronto llegué a conocerla; me quedaba un solo sitio sin explorar, el enorme desván, y, realmente, estaba intrigado. Tejé mil fantasías en torno a él, imaginando las más disparatadas historias. "Debo inspeccionarlo cuanto antes" -me dije. Fue así como una hermosa y reluciente mañana; provisto de linterna, fósforos, y por las dudas, una pequeña pistola que pertenecía a la magnífica colección de la casa, -ahí jugó un papel importante la novela que estaba leyendo por esos días: "El Misterio del Cuarto Amarillo", de Gastón Leroux¹⁷-, comencé a subir rumbo a lo desconocido.

Apenas asomé descubrí varios interruptores eléctricos; los accioné y un fuerte resplandor me cegó; las luces funcionaban a las mil maravillas. Inspeccioné el lugar. Contrariando mis presunciones, no hallé nada interesante, sólo trastos viejos. Me encaminaba hacia la escalera cuando un objeto llamó poderosamente mi atención. Una lámpara antigua. Era... ¿Cómo describirla? ¡Preciosa! Posiblemente tuviese gran valor.

Parecía la archifamosa "Lámpara de Aladino", claro que sin el Genio. La tomé ansioso; ¡qué decepción!, no obstante su hermosura y evidente antigüedad, resultó ser común y corriente. Retiré la tapa y un vaho penetrante -no muy agradable por cierto- atacó mis pituitarias.

-A juzgar por el olor, el genio debe estar podrido -dije en voz alta, dirigiéndome a un inexistente interlocutor mientras la frotaba suavemente con la manga para quitarle el polvo.

¹⁷/ **Gastón Leroux:** (1868-1927), célebre escritor francés de novelas policíacas, creador de *J. Rouletabille*, famoso detective. Su obra universalmente conocida es "*El fantasma de la ópera*", traducida a varios idiomas y llevada al cine. www.gastonleroux.com

-Sí, mi Amo, estoy "repodrido".

Pegué un alarido y un salto. Casi me caigo del susto. Al disiparse la pequeña columna de humo descubrí al ser más extravagante que viese en mi vida; atemorizado, retrocedí un par de pasos.

-No temas, soy tu esclavo; tu devoto y fiel servidor, -antes de que pudiese articular palabra prosiguió-. ¡Cómo para no estar podrido!, llevo casi cien años sin ser convocado, olvidado por completo.

-¿Cómo te llamas? -dije, con un extrañísimo y aflautado hilo de voz.

-Como tú quieras. Puedes llamarme genio, siervo, esclavo, de cualquier manera. Yo voy a entender y acudiré presuroso a servirte. Eres mi amo.

-Desde hoy serás... Jueves.

-¿Jueves?.. ¡Qué nombre extraño...! Sin embargo, me gusta.

-Así te llamaré, como este día. -Pasado un poco el "julepe" inicial, lo observé mejor: turbante blanco con una gran piedra azul en la frente, zapatos árabes puntiagudos, algo parecido a la bombacha de los gauchos, faja multicolor, camisa de amplias mangas y un chaleco de terciopelo color verde agua con arabescos de oro bordados en el pecho. Como disfraz, excelente; en las actuales circunstancias... todo rarísimo, estrafalario: él, la vestimenta, su forma de hablar y sus aparentes intenciones.

-¿Necesitas algo, Jueves?

-No, mi amo. Yo debo preguntarte, recuerda que estoy a tus órdenes.

-Sígueme -dije, y comencé a bajar, dando por sentado que todo sería una broma de "Cari". Mi amigo Cari era un experimentado ilusionista y no desperdiciaba ocasión para mostrar sus habilidades. "Debe ser otro de sus trucos" -fue mi conclusión.

Entré a paso firme en la cocina, mostrando una seguridad que estaba muy lejos de sentir y espiando por sobre mi hombro, vi a Jueves junto a la puerta, indeciso, como aguardando.

-Entra, vamos a tomar mate...

-¿Mate, qué es eso?...

-Mira -le mostré los utensilios y la forma de utilizarlos-, ¿ves? Es fácil.

-Déjame, yo lo haré -en pocos minutos tenía a mi disposición un excelente cebador de mate-, ¿así está bien?

-Perfecto, ¡te felicito!, aprendes con rapidez. -"No es tan mal asunto -me dije- mientras siga así..."

-Gracias -su voz era agradable.

Me contó muchas cosas. Entre otras, que su último dueño, mi tatarabuelo, lo volvió a la reclusión el día en que naciera mi abuelo. Como Andrés Cleto, el bebé, lloraba y lloraba, él discutió con el amo y enojado, se retiró a dormir -podía hacerlo únicamente dentro de la lámpara- y Antígonas Cleofás aprovechó para ponerle la tapa (sólo así le impedía regresar) y desde entonces, hasta mi intervención, no volvió a ver la luz. Descubrí que yo, por ser su amo, gozaba de un especial privilegio; lo podía ver y oír, no así el resto de los mortales, en cambio él escuchaba y veía a todo el mundo.

Nos volvimos inseparables.

Cierta mañana, al salir del banco con una abultada suma de dinero, dos sujetos me empujaron y tras arrebatarme el maletín, echaron a correr. Quedé paralizado. De pronto, una sombra saltó a mi lado y vi a Jueves muy decidido persiguiendo a los ladrones. Los alcanzó, le hizo varias zancadillas al más alto hasta derribarlo, y al otro le aplicó una serie de puñetazos; sé que fueron reales, al menos la sangre de su nariz lo era. (Se habrán preguntado hasta el hartazgo quién los atacó). Sin pronunciar palabra, me devolvió el maletín con una sonrisa.

Emocionado, apoyé la mano en su hombro como muestra de agradecimiento y

simpatía. Más que el dinero valoraba su arrojo y lealtad. Jueves era un buen amigo, tal vez "el mejor".

No podía hacer nada sin su intervención. Además, creo que él no lo hubiese permitido. Tenía veinticinco años cuando conocí a una hermosa joven y me enamoré perdidamente de ella; poco después planeábamos nuestro futuro. A Jueves le cayó muy bien; con su aprobación llegamos al altar y empecé a vivir la más hermosa etapa de mi existencia; aunque por desgracia, muy breve.

El advenimiento de Enriquito costó la vida a su madre; está visto que no hay dicha completa... en ese doloroso momento lo entendí.

Mi hijo creció sano y alegre, sin preocuparse más que por los estudios y perseguir jovencitas, era un enamorado recalcitrante. Y... tanto va el cántaro a la fuente que...

Sin darme cuenta, Enrique, flamante médico, llevaba un año y pico de casado, y yo era abuelo. Me costó persuadirlo hasta que descartó los nombres tradicionales para aspirar a la herencia, cosa que fue imposible con el segundo nieto, creo haberlo mencionado.

Con el correr del tiempo, mi vida se convirtió en un calvario. Tal vez a causa de la convivencia, o por un exceso de confianza -tantos años juntos-, la cuestión es que mi relación con Jueves se resintió y comenzamos a andar como perro y gato. Desobedecía mis órdenes; mejor dicho, las obedecía cuando le convenía; llegó a contestarme de mala manera. Y yo, por mi parte, comencé a estudiar la posibilidad de deshacerme de él.

Pese a mis cuidados, jamás lo pude sorprender durmiendo, única forma de "encarcelarlo" en la lámpara. El panorama no me resultaba agradable; en cambio él disfrutaba con la situación. Se adueñó de mi biblioteca, ponía el televisor a todo volumen, ¡ni hablar del equipo de música!; noté la falta de cigarros y bebidas, ocupaba horas y horas mi sillón preferido; y yo, dueño de todo, pasé a ser un esclavo de sus caprichos. El asunto marchaba cada vez peor; felizmente, no hay mal que dure cien años... La ambición y un exceso de confianza lo perdieron. Preparé el señuelo y el chivo cayó en el lazo; mejor dicho, el genio en la lámpara. Procuré que no faltara "su coñac" predilecto y como sabía que Jueves no podía sustraerse a él, compré una partida importante. Una noche lo invité al cine, le agradaba ir. Como presumí, tenía otros planes, y alegando estar cansado se quedó en casa. Todo marchaba acorde a mis cálculos. A la salida del cine me reuní con varios amigos y fuimos al club a jugar a las cartas, mi intención era pasar el rato, darle más tiempo.

Al volver detuve el coche lejos de la residencia, justo donde empieza el parque, e ingresé sigiloso por una puerta de servicio. Sonreí, mis pies descalzos no hacían ruido. Me acerqué al hogar y asiendo un delgado cordel, di un leve tirón; se escuchó un suave chasquido metálico. Contuve la respiración... silencio... sólo silencio.

-¡Perfecto, perfecto! -grité, eufórico, y empecé a saltar y bailar como un poseso.

Sobre el hogar vi la lámpara -el artilugio de mi invención para tajarla a la distancia funcionó a las mil maravillas-, levanté una milésima la tapa y comprobé lo acertado de mi teoría; percibí ronquidos y fuertes emanaciones alcohólicas.

Oculté de inmediato en el altillo tan peligroso elemento. A partir de ese instante hasta el aire pareció diferente, más saludable.

Ya libre, retorné a mi antigua vida; perfecta, tranquila, ideal, armoniosa. Volví a estrechar vínculos con mis amistades y viajar por el mundo; disfrutando cada día, cada minuto.

Es cierto que cuando se vive a gusto, el tiempo pasa más rápido.

De pronto recibí la noticia de que Ángel Clemente vendría a vivir conmigo, como el nivel de nuestra universidad era óptimo, cursaría en ella la etapa final de su carrera. Según el fax llegaba el próximo fin de semana. La noticia me alegró, aunque, acostumbrado a vivir solo, me causaba cierto desasosiego.

La cosa funcionó bien y en poco tiempo nos hicimos grandes camaradas. Todos los sábados venían los amigos de mi nieto y yo comencé a sentirme parte del grupo; les ayudé a preparar algunas materias -dentro de mis escasos conocimientos-, y así pasábamos el tiempo, placenteramente, sin preocupaciones. Un sábado por la tarde, mientras supervisaba los preparativos para la reunión de la noche, oí gritos y exclamaciones de entusiasmo. Acudí presuroso y encontré a Ángel Clemente bajando la escalera con la lámpara en la mano, contemplándola embelesado; por un destino azaroso naufragaba mi tranquilidad.

-¿Qué haces? ¡No vayas a destaparla...! -mi advertencia llegó una fracción de segundo tarde, vi horrorizado la columnita de humo y presentí las calamidades futuras.

-¿Por qué, abuelo?... ¡Es muy linda! -No pude explicarle la peligrosa situación en que nos veríamos. Jueves me miró entre sumiso y burlón. Le devolví la mirada, desafiante, cargada de amenazas.

-Si eres inteligente, sabes bien lo que te conviene. ¿Estamos? -mi tono era firme, autoritario.

-Sí, mi amo; pese a lo que me hiciste no olvido que te debo respeto y obediencia.

Ángel Clemente me contempló con lástima; pensaría: "pobre abuelo, está loco". Muchas veces, mi nieto o sus amigos habrán creído esto; sobre todo cuando me descubrían dialogando con un ser "imaginario".

En cierta ocasión los jóvenes debían resolver una serie de fórmulas complicadas y pasaron horas y horas ante la computadora sin lograrlo. Estaban preocupados, yo los hubiese ayudado, pero me era imposible.

Ese fin de semana se reunieron como de costumbre, los rostros de todos reflejaban desaliento y amargura. El examen del día siguiente sería un verdadero desastre.

Servía café para todos cuando un gran alboroto proveniente del estudio me sobresaltó; fui corriendo, mi nieto daba brincos y volteretas mientras reía.

-¿Qué pasa?

-¡Anacleto, gracias...! -Me abrazó con tal ímpetu que casi voy al suelo-. Dejaste todo resuelto en la "compu." ¡Ah, abuelo...! Me contemplaban incrédulos.

-¡Anacleto, eres un genio! -Cada vez entendía menos, hasta que vi a Jueves sentado ante el escritorio hojeando las carpetas de los chicos; el muy pícaro me hizo un guiño y levantó el pulgar mientras en su rostro brillaba una sonrisa de complicidad.

Nunca supieron la verdad. Después de todo, la presencia de Jueves tenía sus cosas buenas, aunque no muchas. Pronto volvimos a jugar al tira y afloja: por el sillón, los libros, el diario; hasta se atrevió a discutirme sobre fútbol y política...

Los muchachos me miraban con lástima y temor cada vez que "le hablaba a la luna" -según decían.

Para colmo, Raquel, la novia de mi nieto, me creía totalmente loco; yo percibí su temor; me rehuía, evitaba incluso dirigirme la palabra

-Pronto me recibiré y entonces...

-No, Ángel, no nos casaremos. Y menos si tu abuelo está en la casa. ¡Nunca!

-Pero, Raquelita, es inofensivo; si es un pan de Dios...

-Será, sin embargo, tengo miedo, mucho miedo. ¿Viste cómo habla y hace ademanes incoherentes? ¡Está loco...! ¿Pensaste en lo que te sugerí...?

-Sí, pero la idea de internarlo en un geriátrico me asusta; estuve haciendo averiguaciones y no podría dejarlo en un sitio así, por bien que lo atiendan.

Simulé dormir en el sillón con un libro caído a mis pies; de reojo miraba al causante de todos mis males. "Si pudiera encerrarlo..." Pero resultaba imposible, él permanecía en estado de alerta las veinticuatro horas.

La situación era muy tensa, no daba para más.

Ir con Jueves a un asilo para enfermos mentales hasta el fin de mis días, no me

seducía. El genio no sufría el paso del tiempo, yo sí; cuando lo conocí teníamos la misma edad y ahora parezco su abuelo. No estoy para lidiar con él y sus berrinches; se necesita mano dura para manejarlo. Ángel es el indicado, además es el único responsable de la presencia de Jueves. La idea fue madurando y el momento oportuno llegó.

-Ángel, necesito hablar contigo.

-Tú dirás, abuelo.

-¿Quieres hacerte cargo de mis bienes, incluyendo esta casa?

-Me gustaría... Pero... tú todavía estás bien... creo que...

-Ni una palabra más. Si accedes, lee en voz alta este papel. -Se lo tendí con mano temblorosa.

-Sí, lo leo... "Por mutua voluntad, Anacleto, mi abuelo, y yo, Ángel Clemente, deseamos realizar el traspaso de la herencia familiar conforme a las pautas establecidas por nuestros antepasados".

-¿Está bien?

-Perfecto.

Nos dimos un fuerte abrazo y salí de la habitación.

-¡Abuelo, abuelo! ¿Qué es eso...? -Volví presuroso, su dedo señalaba hacia un rincón, no había nada.

-¿Quién, querido? -Conocía de sobra la respuesta.

-Un loco estrafalario, parece escapado de "Las Mil y Una Noches", ¿quién demonios es...? ¡Sal de ahí, te voy a matar...! ¿Cómo?, ¿qué dices...? -Respondió a "alguien", señalando un punto indefinido de la habitación-; ¿por mi culpa?

-Sí, eres el causante de mi destrucción -adujo el genio. Me sorprendió oír su voz, a pesar de no verlo-. El legado debe recibirse luego de fallecido el propietario. Transferir los bienes en forma directa entre los interesados, será mi fin; de otra manera, tendré dos dueños, y no me está permitido-. Surgió con más intensidad que nunca la nube de humo y se oyó algo parecido a un lamento que se extinguía, como alejándose.

-Abuelo, debes explicarme qué pasó.

Jueves estaba dentro de la lámpara, justo lo que necesitábamos. Ajusté furioso la tapa y para mayor seguridad, la arrojé al hogar. El destino, inexorable y sabio, más el fuego, hicieron lo que nosotros no hubiéramos imaginado siquiera.

La mordaza de las ánimas

Parece una casa de tantas; sin embargo, no es así. Está en un barrio tradicional del pueblo, un barrio cargado de historia.

Don Patricio, el dueño anterior, pasó en ella gran parte de su vida y al venderla, se mudó a una cuadra de acá. No sé con exactitud cuándo la ocupamos; recuerdo, eso sí, fue un treinta de diciembre, el mismo día de la desaparición de Don Comba (hace más de treinta años).

Siempre me sentí orgulloso de nuestra modesta vivienda, aunque mi insaciable curiosidad y exceso de imaginación respecto a ella me causaran más de un sobresalto. Hará aproximadamente quince años conversaba yo con un vecino sobre su antigüedad y terció ocasionalmente en la charla Don Juan, cuñado del antiguo propietario; según él andaría pisando el siglo, o tal vez más.

-Miren -dijo-, el ferrocarril se inauguró en 1889, poco después construyeron los corrales para embarcar la hacienda e instalaron las vías secundarias utilizadas para agregar o quitar vagones. La "playa de maniobras", que le dicen.

-Las vías todavía están -aduje-, en cambio, al embarcadero lo desarmaron hace poco.

-Así es, para efectuar los trabajos vino gente de otro lado y una cuadrilla de esos obreros paró una temporada en la casa. Eran hombres solos y, por lo visto, bastante descuidados. Una noche pusieron sobre varios adobes una chapa y encima encendieron fuego para asar. Cansados, bien comidos y mejor bebidos, se fueron a dormir sin percatarse de que había un leño a medio quemar; poco después el tizón cayó sobre el piso de madera y cuando se dieron cuenta era tarde; el fuego devoró en minutos las alfajías de pino. Por tal motivo el dormitorio grande tiene piso de cemento; antes de ese asado era de madera, idéntico al del comedor.

Enterarme de ello y comenzar mis desdichas fue todo uno. Para un mejor entendimiento voy a explicarlo de la manera más sencilla posible, aunque el asunto es bastante complicado; yo aún no lo puedo comprender.

Cierta noche me despertaron voces y ruidos provenientes de ningún lado, y de todos a la vez; sonidos extraños, muy extraños. Al regresar plenamente del sueño y en posesión total de mis sentidos, dichos sonidos me hicieron erizar los pelos de la nuca. ¡Un susto mayúsculo!, lo que se dice un "julepe" de lujo. Descubrí que por misteriosas circunstancias, imposibles de descifrar por mí entonces -y ahora-, aparentemente estaba en contacto con los personajes -mejor dicho, con las almas- de los responsables un siglo atrás de quemar el piso de mi dormitorio. Un fenómeno paranormal, así los llaman, ¿no?

Pronto llegué a identificar con precisión la voz de cada uno de ellos: Pedro, Ramón, Aniceto, Andrés y "El Floro", este último estaba a mi lado, casi en la mesita de luz; al principio temí tocarlo al estirar la mano (luego comprendí lo ridículo de la idea, jamás nos encontraríamos físicamente). Pensé: "¡claro!, ellos ocupan otra *dimensión*". Realicé muchísimas pruebas: encender el velador -desaparecían como por arte de magia-, levantarme sigilosamente y caminar por la habitación en la penumbra -continuaban como si nada-, mis continuos desplazamientos no afectaban sus actividades. Muchas veces intenté "tropezarlos" sin conseguir el menor roce, debían tener un sistema de detección similar al de los murciélagos, permitiéndole toda clase de movimientos en la oscuridad (o quizás fuese a causa de las "*distintas dimensiones*" mencionadas). Cuanta vez les hablé, quedé sin respuesta. "Tal vez no me oyen, o me ignoran" -supuse. Lo más curioso del caso... sólo yo pude "gozar de su compañía", mi familia ni se enteró; llegaron incluso a poner en duda mis facultades mentales... ¡Yo también!, la verdad (como es lógico, me cuidé muy bien de decirlo). En ocasiones, durante las siestas de estío, los oía andar en el patio: jugaban a la

taba o a las cartas, hablaban, cantaban y proferían estruendosas carcajadas; posiblemente festejando alguna ocurrencia graciosa, cuando quería enterarme de qué se trataba parecían adivinar mis intenciones y bajaban las voces hasta convertirlas en susurros, y yo, quedaba en ayunas. Sinceramente, me sentí vigilado. Sí, me "espiaban" y se burlaban de mí, sus reacciones tan rápidas así lo indicaban. Durante años, su intromisión en mi vida llegó a constituir una verdadera obsesión; me sentí expuesto en todo momento y circunstancia a la caprichosa curiosidad ajena, desprovisto de intimidad, con mi vida controlada, "sitiada", si cabe la expresión.

Estaba harto de esta situación cuando un hecho fortuito aportó la solución tan anhelada. A fines de octubre de 1996 hicimos colocar una hermosa cerámica sobre el cemento y las "visitas de las ánimas" cesaron como por ensalmo. Cuando ya desesperaba de poder eliminar (o neutralizar) a tan atrevidos y molestos intrusos, la casualidad lo hizo posible. A pocos días de "expulsados" los merodeadores sufrí un accidente laboral y fui internado en un sanatorio de Venado Tuerto, donde permanecí una temporada acompañado por mi esposa. En las interminables horas de reposo absoluto tejí mil conjeturas sobre tan sorprendentes personajes y tan extraña aventura; ¿habrían vuelto?, en algunas ocasiones se marcharon una temporadita, pero siempre regresaban. Durante esas ausencias los imaginé visitando a otras personas.

¡Ah!, gracias a ellos descubrí la verdadera historia del pueblo, distaba mucho de ser como la conocíamos. ¡Cuántos "chismes" de personajes importantes...! ¡La de amoríos clandestinos y maridos engañados...! ¡Realmente, valió la pena convivir con estos personajes! (O sus ánimas, para ser más exactos).

En el período apartado de ellos... ¡los extrañé muchísimo! ¡Me dominaban las ansias de volver y encontrarlos! ¡Los necesitaba! ¡Eran mis amigos! Así, separados, me faltaba algo.

¡Al fin, de nuevo en casa...!

Reinaba la calma más absoluta; aparentemente la "mordaza de las ánimas" dio resultado. ¡Crear o reventar! Entonces, sentí lástima, se habían ido para siempre.

Estimado lector: a mí me dicen "Cacho." Un día partiré de este valle de lágrimas y tal vez en el más allá consiga ubicar a las traviesas almas errantes que me visitaron y compartieron conmigo tantos momentos -quién puede saberlo-; si tengo esa suerte, con toda seguridad volveremos a la casa. Todo es posible, ¿cierto?

Si esta propiedad sale a la venta, por más barata y ventajosa que resulte la operación... ¡no la compre! Desoiga el canto de las sirenas -como hiciera Ulises en su momento-, ¡hágame caso! De lo contrario, se expondrá a vivir el desasosiego y la ansiedad sin límites soportados por mí tanto tiempo. Si desoye mi sugerencia y retornan "las ánimas", al menor atisbo de "su presencia" coloque una alfombra -a mí no se me ocurrió, pero puede dar resultado-; caso contrario... ¡rompa cerámica y cemento! ¡Sin lástima!, deje el piso de tierra; con mucha suerte eludirá a los molestos visitantes del más allá. Pero... si usted se cree medianamente inteligente, llévese de mi consejo y no la compre... recuerde... ¡NO LA COMPRE!

La pedrada

- ¡Agüelo, tatita... ¡ya preparo el mate! ¿Qué me va a contar esta vez?
- Mirá, es una historia muy linda; lo que le sucedió hace mucho tiempo a un changuito, más o menos de tu edad.

- ¿Un changuito?

- ¡Ajá! Era pastor en estos valles, como vos y tu tata; como yo cuando andaba sin muletas, antes del accidente. ¡Andá!, cuando vengás con el amargo te...

- Enseguida, agüelo.

Salió presuroso el niño y don Juan, con los ojos entornados, recordó los hechos.

Un día viernes, bien temprano, "mama" Ángela lo llevó hasta el pueblo, era la segunda vez que lo hacía. El año anterior, por Navidad, participaron del pesebre viviente. Como buen pastor llevó un corderito recién nacido; no entendió toda esa ceremonia, pero igual le gustó. Además, era su primera visita al pueblo.

Volvió a recordar ese día; parecía que los recuerdos cobraban mayor intensidad, golpeando brutalmente en su cerebro.

Al atardecer se concentró un gran número de personas frente a la iglesia y comenzó a desplazarse por las calles, rezando y cantando; la marcha se fue haciendo cada vez más lenta.

De pronto contempló horrorizado el terrible castigo aplicado a un hombre que se arrastraba penosamente transportando una pesada cruz de madera sobre sus espaldas. Quien más se ensañaba con él era un soldado de elevada estatura. Provisto de un látigo azotaba al indefenso sujeto que proseguía su marcha con evidentes muestras de fatiga, mas esto no hacía sino aumentar la ira del desalmado individuo; ciego de furor golpeaba más y más, como disfrutando intensamente con cada quejido de su víctima.

Juancito, con la pureza e inocencia de sus escasos siete años, no podía entender cómo la gente permanecía impasible ante el triste espectáculo. Hasta la *mama* caminaba a su lado sin preocuparse demasiado por la suerte de aquel infortunado a quien todos maltrataban.

Sintió algo que le quemaba el pecho. No podía permanecer indiferente.

Si nadie reaccionaba... ¡él lo haría!

Se apartó varios pasos y metió una mano en la mochila; tanteó con los dedos la honda que utilizaba con gran destreza cuando cuidaba del rebaño y la extrajo con el odio latiendo en la mirada. Preparó el guijarro, se afianzó en los pies y, tras revolver la diestra con energía, realizó el mejor disparo de su vida.

¡Un tiro formidable! ¡Certo!

El proyectil impactó en la frente del gigantón produciendo una explosión terrible. Al rodar por el suelo la cabezota de cartón retumbó con el fragor del trueno.

- ¡Míjoo... ¿por qué lo ha hecho?

- Y... *mama*... le pegaban tanto, ¡pobre!

- No, no le pegaban...

- ¿Cómo no? Si yo lo vi...

- No. Hoy es Viernes Santo, ¿sabe? Le va a explicar...

Durante el regreso le refirió la historia de Dios hecho hombre. Cómo, por salvarnos, ofrendó su vida. El niño asentía con la cabeza en señal de comprensión.

- *Mama*, entonces ¿todo eso pasó? ¿Lo mataron?

- Sí, Juancito.

- ¿Y nadie lo defendió?

- No, desgraciadamente faltó alguien como vos, con sentimiento y coraje suficiente para intentar lo que hiciste. ¡Hijito, estoy orgullosa de vos!

-Agüelo... el mate... ¿qué le pasa?

-Nada, querido. Nada.

Dos surcos húmedos brillaban en las mejillas del anciano.

-¿Está “yorando”?

-No, es el humo nomás... ¡esa leña verde...! ¡Venga, arrímese, le via´ contar la historia...!

La travesía

El hombre detuvo al camello que montaba y con la mano a modo de visera, respirando lentamente para optimizar la visión, observó el cielo. A lo lejos, la reverberación solar con sus juegos caprichosos producía una variada serie de extraños efectos ópticos.

Al corroborar su presunción un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

-Carroñeros -murmuró.

El muchachito -primogénito del Jeque¹⁸ Falehp Al-Bataar del Kel-Talgimuss-¹⁹, se arrastraba penosamente bajo los hirientes rayos del sol; su aspecto evidenciaba el cruel tormento sufrido y las múltiples marcas en la arena proclamaban lo absurdo e inútil de su esfuerzo; llevaba horas reptando en el mismo lugar. Disminuidas sus facultades, giraba y giraba, sin apreciar la protección -aunque escasa- que ofrecían algunos matorrales cercanos. No podía ver, y mucho menos, razonar.

Conocedor del desierto, calculó la distancia y el tiempo necesario para cubrirla. Exigiría un gran esfuerzo a la pobre bestia. Atravesar en ese horario aquellas arenas ardientes era una locura, un suicidio; pero la extrema gravedad del caso lo imponía.

Con un suave taloneo lanzó a su montura en veloz carrera y extrajo de la chilaba²⁰ el narguile²¹; fumar le ayudaría a calmar la ansiedad.

“¡Ojalá llegue a tiempo!” -musitó.

A pocos pasos, un lagarto alternaba entre la sombra de la raquílica vegetación y el sol, regulando la temperatura de su cuerpo. Al ser un animal de sangre fría, su sistema orgánico carecía de refrigeración; por lo tanto, transcurría las horas del día en aquel incesante trajín; de un suelo candente hasta ese precario refugio, ligeramente más fresco.

No advirtió la continua actividad del pequeño saurio. Sin noción de tiempo o espacio, sólo su excelente estado físico y una poderosa fuerza interior lo mantenían vivo.

Nassif taloneó una vez más a Príncipe; el joven camélido jadeaba y tosía, su empeño por avanzar más rápido chocaba con la imposibilidad de hacerlo; llevaba más de una hora galopando, superando pronunciadas dunas; aunque debió rodear las últimas, su energía disminuía paulatinamente.

Los graznidos de los buitres aumentando en intensidad provocaron en él una sutil reacción, más mecánica e instintiva que racional. Pareció que el peligro alertara su mente obnubilada; intentó espantar a los pajarracos que sobrevolaban en círculos cada vez más bajos, prestos para el festín, no pudo hacerlo; los brazos se negaron a obedecer. Por último, tras ingentes esfuerzos logró apoyarse sobre un codo y levantar la cara; tenía los ojos cegados por la prolongada exposición al sol; el fin estaba próximo. Quiso gritar y le resultó imposible; notó la mandíbula apretada, la lengua había alcanzado proporciones alarmantes, hasta convertirse en una enorme masa de carne informe e insensible; creyó incluso que se la habían arrancado. Sumido en la brumosa semiinconsciencia, emitía palabras inconexas; por último, exhaló un gemido y quedó inmóvil con el rostro sobre la arena.

Se aproximaba al sitio donde divisara las aves de presa; faltaba un último esfuerzo.

¹⁸/ **Jeque:** Título jerárquico: jefe, señor, etc. /Nota del Autor.

¹⁹/ **Kel-Talgimuss:** “Pueblo del Velo”, grupo tribal y religioso árabe. /N. A.

²⁰/ **Chilaba:** Vestidura con capucha, preferentemente blanca o de colores claros, usada en el desierto. /N. A.

²¹/ **Narguile:** Especie de boquilla de caña, hueso, etc.; cuya cazuela o recipiente se llena de hierbas aromáticas, los efluvios emanados se aspiran a través del canutillo. Se utiliza también para fumar. N. /A.

-Vamos, Príncipe, ¡tú puedes hacerlo! -El fiel animal, como entendiendo y obediente al pedido de su dueño, aceleró el paso e inició la ascensión de un elevado montículo de arena; ya en la cima cayó de rodillas, exhausto. Nassif le acarició la cabeza pronunciando en su oreja palabras de aliento y lo ayudó a tenderse en el suelo. Dejó descansando a su acémila y reemprendió la marcha. A poco andar divisó un bulto inmóvil sobre la arena y algunos buitres atacándolo.

Como en un sueño, escuchó detonaciones; luego, la bruma retornó a su cerebro. Tuvo conciencia del mundo y de sí mismo mucho más tarde, casi anocheciendo; miró en derredor asombrado. La manta de pieles sobre la que estaba acostado cerca del agua y las alegres llamaradas de una fogata indicaban la presencia de seres humanos. El pequeño manantial bajo las palmeras le pareció una bendición. ¡Agua limpia y fresca! Se sintió bastante bien, aunque casi no veía. Sus dedos recorrieron la cadena de plata y acariciaron el medallón con la efigie de un camello y dos cimitarras en cruz en la base; distintivo de su rango dentro de la tribu. Lo sobresaltó un disparo cercano. Luego, en medio del más completo silencio, se durmió. Rememoró en sus sueños cómo era seducido con engaños, arrancado del seno familiar y abandonado a su suerte en medio del desierto. Despertó en la oscuridad, alguien llegaba cantando. El hombre se acercó sonriente.

-¡Estás despierto! ¿Cómo te sientes?

-Bien... muy bien. Te debo la vida...

-No tiene importancia. En todo caso, agradece a mi camello, él te salvó. Llegamos muy a tiempo, disparé sobre los buitres que tenías encima; por suerte no te hicieron daño.

-¿Qué lugar es este?

-El mejor. Estamos en el Oasis de los Venados, abreven aquí; se espantaron al vernos pero volverán cuando tengan sed. ¡Mira!, cacé uno cuando huían; su carne es exquisita -dijo el árabe, aprestándose a desatar la presa, que se columpiaba, sujeta a la montura por una correa de cuero.

Mientras observaba a su salvador, metió la ampollada mano en el agua fresca y derramó un poco sobre las quemaduras de su rostro; sintió la caricia del líquido en la cara y sonriendo ante tanta felicidad, se dispuso a descansar... descansar... des... can...

Las facciones del joven causaban espanto. Una ojeada le sobró para hacerse un cuadro de situación; las cuencas vacías de los ojos eran mudo y elocuente testimonio del horroroso martirio sufrido. Convencido de que podía hacer muy poco por aquel infortunado, se inclinó sobre él sosteniendo la cantimplora; un sorbito le aliviaría en parte; vertió unas gotas en la cara del desdichado, lo vio sonreír y... Detuvo su accionar; quedó con la mano en alto; era inútil, no requería más cuidados. Ante ese paso sutil, inexorable e involuntario, el breve tránsito de la vida a la muerte; una inmensa mezcla de rabiosa impotencia y compasión dominaron su espíritu.

No era la primera vez que se encontraba cara a cara con la parca, y siempre que ocurría experimentaba lo mismo.

La dolorosa certeza de la pequeñez del hombre.

¡El Hombre! ¡El Hombre...!

Un diminuto grano de arena en el infinito desierto del cosmos.

Las llamadas

Sobre los clásicos sonidos, voces de camilleros y enfermeras, más los monótonos avisos -propios del lugar- provenientes de los altavoces; penetrante, insistente, molesta; muy molesta: la llamada.

Miró con desagrado la cartera de donde provenía la musiquita, luego ésta cesó: “no es momento ni lugar, volverán a llamar” –pensó mientras caminaba junto a la camilla; en su rostro se leían preocupación y angustia.

Tras una semana de intensos e interminables estudios, su esposo empeoraba a pasos acelerados. ¡Sólo un milagro...!

Al anochecer desactivó el celular; debía descansar, llevaba horas -más bien, días- sin pegar ojo.

La dama insistía. Al fin, vencida por el desaliento, cejó en su intento. “Debo comunicarme cuanto antes; es mi obligación” –reflexionó.

El día amaneció espléndido y acorde con él, la situación también mejoró. Realizaron los preparativos, tomando los máximos recaudos, y por la tarde sometieron al paciente a una complicada intervención quirúrgica; todo un desafío para el equipo de profesionales.

Sin embargo, la compleja y riesgosa operación, resultó perfecta.

Mientras estuvo en la sala de cuidados intensivos la esposa miraba esperanzada a través del cristal y tejía mil planes, a cual más hermoso; quería compensar los malos ratos vividos durante el calvario, definitivamente superado, según los médicos.

El único fastidio lo constituían esas misteriosas llamadas. Apenas atendía, cortaban. ¿Sería una mujer deseosa de hablar con Jorge y no con ella?, pero luego sonrió ante lo descabellado de tal sospecha. ¡Pobre!, sujeto con correas, impedido de moverse, conectado además con una parafernalia de tubos y cables a los diferentes equipos. La idea era ridícula.

La mujer sonrió con fastidio.

–“La empresa le informa que el abonado solicitado no se encuentra disponible en este momento. Por favor, intente más tarde. Muchas gracias”.

“Ya atenderá, tarde o temprano, todos lo hacen” -rubricó sus palabras con una estruendosa y horrible carcajada.

Por la mañana lo despertó un llamado. En el instante de atender, se interrumpió. La pantalla registraba una llamada perdida y el número de procedencia; totalmente desconocido.

-Equivocado, más que seguro –dijo su mujer-, si realmente es para nosotros, insistirán. (No fue así).

Días más tarde, Jorge, en etapa de franca recuperación, leía una revista cuando Lidia entró precipitadamente.

-¿Trajiste galletitas...? –un gesto imperativo lo detuvo.

-¿No sabes lo que pasó, querido? ¡Algo terrible!

-¿Qué...?

-Daniel, el enfermero... cayó fulminado en la sala de guardia mientras hablaba por teléfono. Intentaron reanimarlo, pero fue inútil.

¿Cómo? Si acaba de irse, recién controló mi presión y me dio dos comprimidos, ¡No puede ser! ¿Daniel? ¡No, no puede ser!

La enigmática dama sonrió complacida: “No ibas a quedar sin mis servicios, en algún momento atenderías. ¡Nunca fallo! ¡Jamás! Desde el inicio de la vida, nadie osó rehusar mi invitación”.

Apretado en las manos del desdichado enfermero (cual el arma utilizada por el verdugo), el celular que tomara equivocado de la mesita de luz de Jorge.
¡Era idéntico al suyo!

Lección aprendida

El hombre caminaba con la escopeta terciada en la espalda. “Cuánto hace que dejé esta vida. En un tiempo cazaba para subsistir; ahora no necesito hacerlo. Mi actual trabajo me permite vivir sin sobresaltos, lo hago por placer” -reflexionó.

Llegó al sitio elegido, introdujo dos cartuchos del 16 en el arma y estudió brevemente el lugar. El suave chasquido proveniente de un pequeño matorral ubicado a su derecha lo alertó.

Miró expectante y la sorpresa fue mayúscula, emergiendo entre la vegetación, una liebre se paró en dos patas.

-Señor peludo²² -dijo-, quiero felicitarlo por su habilidad para cavar, hay que ver los túneles que construye y la rapidez con que los hace.

-Mire, doña liebre, cada cual tiene su especialidad. Hace pocos días, contemplé su excelente demostración de velocidad y destreza cuando la corrían varios galgos. ¡Qué maestría para esquivarlos!

El cazador levantó la escopeta y centró a la desprevenida liebre en la mira. “Un tiro fácil” -pensó.

-Hay un Ser Superior que nos ha dotado de ciertas facultades para defendernos, la vida es sagrada y debemos cuidarla -comentó sonriente el quirquincho²³.

-¡Y que lo diga! Si no fuera por Él, estaríamos listos. Está bien que nosotros, los animales, también matamos; pero jamás herimos o matamos por placer, lo hacemos únicamente si nos atacan o acuciados por el hambre.

El hombre frunció el ceño y se rascó el mentón, perplejo. “Nunca pensé en ello, tiene razón” -meditó.

-¿Qué le parece? Ahora, por ejemplo, debo amamantar a mis crías -manifestó, orgullosa mamá liebre- son muy pequeñitas y aún no comen pasto.

-En cambio yo, estoy muy viejo y vivo solo, pero feliz; -una perla brilló en el rostro del viejo armadillo-. Si habré recorrido estos campos y ahora debo conformarme con dar una vueltita, no puedo ir muy lejos, me fatigo enseguida.

El hombre no comprendió qué le ocurría, bajó el cañón de la escopeta, abrió la recámara, retiró los cartuchos y sonrió mirando a los animalitos. Los saludó con un ademán cariñoso al pasar y emprendió el regreso.

Volvía con las manos vacías, pero, nunca había tenido una excursión de caza tan fructífera. En su rostro brillaba la luz de una paz interior, pocas veces vista en ser humano alguno. Acababa de aprender una hermosa lección. Algo que no olvidaría por el resto de sus días.

^{22/} **Peludo:** Armadillo. Se encuentran en el sur de América: Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay y parte del Brasil. Hay varias clases de ellos: Peludo, de regular tamaño. Pesa entre 1 y 3 Kg. Mulita y “pichi ciego”, éstos son de menor porte. La carne de todos ellos es muy sabrosa, comparable a la del cerdo. Todos éstos cavan cuevas que utilizan como vivienda, saliendo generalmente de noche en busca del alimento. Otro de ellos, el “tatú carreta” puede superar los 50 Kg. Su nombre, según leyendas tradicionales es a causa de que se ponía ante las ruedas de las carretas que transportaban mercaderías (Siglos 17 y 18) para hacerlas ladear, así caían algunos bultos, en ocasiones, artículos comestibles. Los caparzones de los pequeños se utilizan para construir charangos, instrumentos musicales de antigua data, provistos de 12 cuerdas, muy utilizados en Bolivia y el Noroeste argentino (Salta y Jujuy). N. /A.

^{23/} **Quirquincho, o quirco:** nombre que le daban los primitivos pobladores a los armadillos. N. /A

Legítima defensa

Cuando la señora *Miller* llegó a la mansión advirtió ciertas anormalidades. Las persianas y celosías cerradas a las nueve de la mañana, más las luces del parque y la cochera encendidas acabaron de convencerla. “Algo raro pasa” -pensó. Abrió la puerta de servicio y, con recelo, ingresó en la vivienda. Recorrió las dependencias, nada escapaba a su experta mirada. En el cuarto de baño: útiles de afeitarse, cepillos de dientes, toallas, cada cosa en su lugar. La cama parecía recién arreglada, el señor no la había utilizado. “Seguramente pasó la noche en el gabinete trabajando -estimó-, y con el entusiasmo y la ansiedad por su nueva obra no apagó las luces. Un simple olvido”.

Algo más tranquila, volvió a la cocina y preparó el desayuno. Tarareando una vieja melodía subió las escaleras con el servicio, bastante demorado ya a causa del susto y la gira de inspección por la planta baja.

Se reavivaron sus temores al ver la llave en el ojo de la cerradura. La primera vez en los ocho años que llevaba en la casa. “Tendrá sus razones para ello” -supuso, dejando la bandeja sobre una mesita cercana. Volvió hasta la puerta y llamó.

-¡Señor, señor, el desayuno!

Aguardó en vano unos instantes y comenzó a golpear con los nudillos.

-¡Por favor, señor!... ¿Qué está pasando? -No hubo respuesta.

Alarmada, llamó a la policía.

Linares Sotomayor, con treinta y cinco años, adinerado y buen mozo, además de notable escritor, llenaba de fantasías e ilusión a más de una jovencita. Él prestaba escasa atención a cuanto lo rodeaba. La Literatura constituía su pasión.

Ganador del *Miguel de Cervantes*, aspiraba obtener en su próxima edición el *Pulitzer de Oro*, y ¿por qué no?, el *Nobel* de Literatura.

Su novela "**La Ejecución**" -en vísperas de ser editada-, apenas apareciera haría furor. ¡Estaba seguro! Lograría uno de los premios ambicionados, o ambos.

Se sentía orgulloso de su obra. Lectores, críticos de arte y algunos colegas cuestionaban su estilo, debido sin duda al crudo lenguaje que utilizaba y la dureza en el trato de situaciones y personajes.

Llevaba varios días trabajando hasta el agotamiento. El esfuerzo valía la pena; sería recompensado con creces. En pocas horas terminaría la revisión de su obra, cuando la entregase al editor tendría tiempo de descansar y disfrutar. Si todo marchaba según sus cálculos, después de recibir el reconocimiento por su labor, tomaría unas vacaciones.

Tuvo conciencia de la realidad en forma repentina. Él, *Alfredo Llompert*, era el peor de los asesinos. Fue obligado a proceder así, manejado con hilos invisibles, como una marioneta. Presionado por decisiones ajenas cometió los crímenes más horrendos.

Asesinó a dos viejecitos sólo por el placer de ver sus rostros en el preciso instante de la muerte. Ultimó a una joven madre y su criaturita para satisfacer su morbosa curiosidad, descubrir qué sensación se experimenta ante un hecho semejante.

Lamentaba sus actos, mas esto no cambiaría la situación. En fecha próxima iba a ser apresado, juzgado y condenado. No podía esperar clemencia. Sin duda le aplicarían la pena máxima. Sería ejecutado. ¡Ejecutado...! ¡Ejecutado...! Esa palabra le martillaba en la mente. Algo se rebeló en su interior. "Debo cambiar el curso de los acontecimientos -razonó-. No me quedaré de brazos cruzados mientras me llevan al matadero".

Miró en derredor. Libros y más libros llenaban la estancia.; la mesa cubierta de papeles, una vieja máquina de escribir patas para arriba y ante ella, dormitando, *Carlos*.

Alfredo se desplazó por la habitación con infinitas precauciones, despacio y cauteloso al principio y luego, con más confianza y velocidad.

Una diabólica sonrisa jugueteó en su rostro. El brillo demencial de las pupilas

reflejaba una decisión criminal. "Puedo hacerlo -se dijo-, lo voy a lograr. Además de salvar mi situación me vengaré de él, el único causante de todos mis males. Tras obligarme a cometer las peores atrocidades me denunció para que sea eliminado sin tener la mínima posibilidad de defensa, y él, como siempre, quedará al margen de toda responsabilidad. Ha torturado a muchos seres desvalidos e inocentes, pero no volverá a hacerlo. Yo lo impediré".

Con toda tranquilidad repasó los objetos que lo rodeaban, registrando los detalles en su cerebro. En segundos planeó el asunto. El golpe iba a llevar su firma, lo ejecutaría con la mayor limpieza. Era un plan genial. Una obra de arte.

Sin vacilar puso manos a la obra... En pocos minutos *concluyó todo*.

Los policías lucían desorientados. Entre un total desorden de papeles: fotografías, técnicos, peritos, médicos (una verdadera legión de hombres yendo y viniendo) y en el centro de la escena, el cuerpo de *Carlos Linares Sotomayor* con la cabeza sobre el escritorio.

-Debemos ser cautos hasta realizar la autopsia. Según mi apreciación inicial fue ultimado con un instrumento de filo perfecto. El corte es sumamente preciso. Al seccionar la yugular le ocasionó la muerte en forma instantánea.

-¿Doctor, a qué hora establecería su deceso?

-Hum... a juzgar por el "*rigor mortis*", y teniendo en cuenta la elevada temperatura del estudio, lleva muerto entre ocho y diez horas...

-Podremos determinarlo con mayor precisión tras las pruebas de laboratorio -agregó el patólogo.

Los funcionarios, tras escuchar la opinión de los especialistas, prosiguieron con sus tareas.

-Señor, observe -el agente uniformado señalaba el piso.

Sobre la gruesa alfombra se apreciaban pequeñas manchas de sangre que iban desde la mesa a la puerta, y en la llave, aún en la cerradura, detectaron también una levísima mancha. La puerta, pese a ser violentada con palancas, se hallaba intacta; posibilitando la labor de los técnicos.

Concentraron su atención en el escritorio donde se encontraba la última obra del artista, "**La Ejecución**".

Junto al montón de folios sueltos que la componían, una lámina exhibía la ilustración de la portada. Una hermosa daga árabe de exquisita manufactura, con la hoja cubierta de sangre. Se miraron desconcertados. Enfrentaban un verdadero misterio: en la habitación, cerrada desde el interior, sólo estaba Sotomayor. ¿Quién lo asesinó?

Descubrieron que a la novela le faltaba el comienzo del sexto capítulo; titulado, según el índice: "**¡Éste es el asesino!**" Para acrecentar el desconcierto, la llamativa daga de la tapa aparecía como el arma homicida. La sangre sobre la hoja de acero lucía brillante. ¡Un verdadero desafío! ¡Totalmente increíble!

La mayoría dudaba. Creció el desaliento. Enfrentaban *el crimen perfecto*...

De pronto, resonó una estruendosa carcajada en las inmediaciones del edificio. Como una provocación, se repitió con mayor intensidad.

Uno de los uniformados se asomó por la ventana.

-¿Qué pasa, agente, divisó algo?

-No, señor. Los árboles impiden la visión de un sector del parque.

Tras los arbustos brotó la alegre risotada en jubiloso festejo. Danzando en alas del viento, buscando la libertad que antes le fuese negada, la tan ansiada libertad de los espacios infinitos, se alejó y alejó... Hasta desaparecer, hasta mimetizarse con... *¡la nada!*

¡Una simple e inocente hoja de papel con una gota de sangre...!

Los “mails” asesinos

Cada vez me convenzo más de la inutilidad de las sesiones. Si bien es cierto que el árabe acertó en todas sus predicciones, un comentario suyo me causó hondo malestar. “Acabará por volverse loco” -dijo-. En realidad, no me volveré, ya lo estoy. Solamente a alguien mal de la cabeza se le puede ocurrir asistir a las sesiones y pagar tan abultados honorarios a quien, encima, te trata de demente. Indudablemente, tiene razón; estoy loco de remate.

¡Hola!, soy Ibrahim Salem. Me llaman árabe o turco, mago, brujo, adivino, curandero y otras *lindezas* por el estilo. Será porque manejo con bastante soltura y precisión ciertos poderes que a la mayoría de los mortales les están vedados. De ahí las denominaciones.

Todavía me cuesta creer que todo no haya sido una exageración de mi mente; en ocasiones se extralimita y ve u oye fantasías que -luego he comprobado-, sólo existen en mi imaginación, demasiado propensa a extrañas divagaciones y vuelos imprevistos.

Certificando la verosimilitud de la historia, obra en mi poder la última edición de Poder Ciudadano, prestigioso periódico local.

En primerísimo plano, con letra tamaño catástrofe, leo: “Pedro Alberto Amenábar fue encontrado muerto. ¿Asesinato o suicidio?”

Repaso la breve nota: “Hallaron el cadáver del veterano y notable actor en un pasaje del puerto, próximo a la zona de depósitos. La investigación no avanza. Los detalles, sumamente confusos, abonan la posibilidad de suicidio, aunque existen dudas razonables que avalan también la hipótesis de asesinato”.

Como verán, la cosa no está clara. Absolutamente, no.

¡Le aconsejé que calmara su ansiedad y cambiase de hábitos! “Leer sin control, mirar películas y crear situaciones y personajes descabellados que nunca volverá a interpretar puede traerle funestas consecuencias” –repetí mil veces. Aunque no creo que esas actividades tengan relación con su triste y trágico final.

¿Qué ocurrió en realidad...? ¿Cómo murió...? ¿Lo mataron?

Pablo Ángel Almirón comenzó a interiorizarse sobre Internet, sus posibilidades y ventajas. Así fue como, fortuitamente, a través del correo electrónico conoció a Marcela. Tras varios meses intercambiando mensajes, lo que nació como una simple amistad prosperó, hasta convertirse en una relación muy fuerte en la vida de ambos.

Se conocían sólo por ese medio, los mensajes de correo electrónico, fotos incluidas. Él, un hombre mayor, bien conservado y de facciones agraciadas; con su aspecto respetuoso y serio inspiraba de inmediato confianza y seguridad.

Ella, en cambio; joven, y luciendo su permanente sonrisa, irradiaba simpatía. Esa sonrisa que Pablo veía hasta en sueños lo cautivó apenas contempló la primera foto. Rubia, elegante, tal vez maquillada en exceso: el rouge de los labios, la sombra de los párpados, algo exagerada, y el cabello, semejante a una peluca, le conferían un aire varonil. Sin embargo, su belleza resultaba incuestionable; además de la fascinante sonrisa, poseía un rostro muy hermoso, de rasgos perfectos.

Todo iba a las mil maravillas, hasta que...

Hasta que el diablo metió la cola –como suele decirse-, provocando un mar de disturbios, y los acontecimientos se precipitaron estrepitosamente. Un día los amantes intercambiaron las contraseñas de los respectivos correos electrónicos y ahí comenzaron los problemas. Por simple curiosidad, a Pablo se le ocurrió entrar en la cuenta de Marcela y al descubrir los mensajes enviados por Alfredo se le erizó la piel. Comenzó a estudiarlos y su rostro a transfigurarse conforme avanzaba en la lectura. No podía dar crédito a sus ojos.

Como un ladrón sorprendido en plena tarea profesional, con el corazón a punto de estallar, salió apresuradamente de la cuenta y apagó el equipo.

Ese día quedaron sin responder los mensajes de su novia, no estaba de ánimo para hacerlo; necesitaba reflexionar, estudiar los próximos pasos. Por fin, decidido a tomar al toro por las astas, escribió a Alfredo; (su identificación no se le borraría jamás de la mente), esas letras las tendría de por vida grabadas a fuego en el cerebro.

La respuesta fue inmediata. El “otro”, con términos enérgicos, exigía que dejase tranquila a “su novia”, o hablarían de otra manera. “¡Qué desfachatez –pensó– “su novia”...tiene gracia la cosa!”

El segundo mensaje fue breve. A buen entendedor... No obstante, para reforzar la orden de “quitarse del medio”, puso especial énfasis al manifestar: “Soy Cinturón Negro, con innumerables trofeos ganados en la especialidad”.

La contestación no se hizo esperar. Con la rudeza digna de un soldado cosaco, le ordenó: “Desaparece del mapa, antes de que me ponga violento”.

Marcela, ignorando la marcha de los acontecimientos, seguía “jugando a dos puntas”, feliz y contenta. No imaginaba la tormenta que se avecinaba.

Pablo, colmada la paciencia, resolvió cortar por lo sano. El siguiente correo plasmó su extrema irritación: “Te desafío, dónde y cuándo quieras. Veremos si eres tan hombre como pretendes aparentar”. Pablo A. Almirón.

Evidentemente, su rival no se arredró: “Fija el sitio y la hora, jamás he rehuído un enfrentamiento”. Alfredo Paladino.

“En la calleja lateral del puerto, la que está entre los depósitos, ¿de acuerdo? Como yo escogí el lugar, tú decides el día y la hora”. Pablo A. Almirón.

“Si no tienes inconveniente, la noche del jueves, a las 5:45 del viernes. Conozco la callecita, me parece apropiada”. Alfredo Paladino.

Por descuido, los “mails” llegaron también a la cuenta de Marcela y ésta tomó conciencia del drama que se estaba gestando. Alarmada, pensó acudir a la policía, pero al fin desistió, se interpondría entre los contendientes al momento del duelo.

“Manejo muy bien el cuchillo con la zurda; suelo ayudar a mi padre que trabaja en un frigorífico. Deberás cuidarte, sale de la vaina cortando”. Pablo A. Almirón.

“No tendrás oportunidad de mostrar tus habilidades con la daga. Soy diestro, te bajaré de lejos con el revólver”. Alfredo Paladino.

Así, esperando la fecha del encuentro, cruzaban mensaje tras mensaje; a cual más amenazador. La mujer no sabía qué hacer, temía por los hombres y por ella misma; sabía perfectamente que era la causante de todo. La única responsable.

Pasó media tarde asentando el filo, quedó como navaja de afeitar. Se consideraba insuperable en su manejo; jactándose a menudo de haber hecho morder el polvo a una docena de rivales; algunos de ellos extremadamente peligrosos.

Al fin, todo tiempo se acaba –como dice el refrán- y esa oscura y fría noche de julio los pasos se encaminaron al lugar de la cita.

Tomó la cartera y salió, evitaría la pelea... No tenía miedo; las glándulas suprarrenales segregaban adrenalina aceleradamente; le ocurría siempre al excitarse. Impediría que se mataran. (Salió tan aprisa que olvidó maquillarse).

Con el revólver apretado en la diestra, caminaba pausadamente, no debía caer en una trampa; de su serenidad dependía todo. El contacto del arma le transmitía una embriagadora sensación de fortaleza e inmunidad.

La mano izquierda, como al descuido, acariciaba el puñal en el bolsillo del sobretodo. Le infundía confianza; con él se sentía seguro.

La empuñadura del arma se fue calentando. No podía errar; él, un veterano tirador, experto cazador, ganador de múltiples concursos. ¡No, no fallaría...! Alejó de sí ese pensamiento. “Cualquiera diría que tengo miedo”.

Llegó a la callecita, perdida en zonas oscuras, lejos del ajetreo de la ciudad.

Quietud y silencio total; sólo profanado por el canturreo de algún ocasional borracho trasnochado y el romper de las olas, que azotaban implacables, restallando contra el malecón.

Avanzó extremando las precauciones... agazapado, mirando cada detalle, por pequeño que fuese; todo lo analizaba y registraba. Los dedos se apretaron contra la “S” en el mango del cuchillo, envuelto en un trozo de tela, para evitar que la niebla salitrosa del mar dañase la hoja o ésta delatase su presencia con reflejos inoportunos. Ese cuchillo era su hermano, su vida, todo. De él dependía morir o seguir vivo.

Notó la palma de la mano transpirada. Los nervios, siempre los nervios jugándole una mala pasada. La refregó en el interior del bolsillo y volvió a aferrar el revólver con tal fuerza que le dolieron los tendones de los dedos al tensarse.

Se encorvó, cuanto más lejos descubriese a su oponente mayores probabilidades tendría de salir airoso del trance. Sonrió, creyó vislumbrar una sombra en la penumbra reinante. Sí, un hombre venía directamente hacia él.

“Allá está –meditó–, avanza despacio, es una sombra más, pero ya lo descubriré”. Sopesó el arma blanca, ahora fuera del bolsillo, pero, eso sí, siempre cubierta por el género, para que no emitiese destellos indiscretos.

La escasa iluminación del lugar, al balancearse la pequeña farola colgante impulsada por la brisa, producía un efecto fantasmagórico. Tan pronto las sombras se acortaban como alargaban, de acuerdo a los vaivenes de la lámpara, único testigo que, expectante, seguía su danza macabra, aguardando el desenlace del drama.

Asió con fuerza el cuchillo, dispuesto a asestar el golpe, estaban muy cerca... debía madrugar al adversario.

“Ahora” –se dijo, y tiró la puñalada.

En ese preciso instante una mueca rabiosa floreció en su rostro, y en perfecto sincronismo, como el autómatas que obedece una orden perentoria, oprimió el gatillo.

La ronca estridencia de la sirena de un barco, la detonación y el grito agónico, se confundieron. Luego... retornó el silencio.

Una pareja que pasaba rato más tarde tropezó con el cuerpo y avisó a la policía.

El mango del puñal clavado en el vientre del hombre estaba como soldado a su puño izquierdo. El disparo en la sien produjo la muerte en forma instantánea; a esa distancia era imposible fallar. El arma, a centímetros de la otra mano, señalaba que se había quitado la vida...

En un bolsillo del sobretodo los investigadores hallaron un puñado de papeles arrugados; una serie de “mails”. Tal vez éstos ayudasen a esclarecer la enigmática muerte...

La cartera pendiente de su hombro contenía una libreta de direcciones, lápices labiales, cremas, la peluca rubia y diversos productos de cosmética.

Realizadas las pericias de rigor, retiraron los restos del infortunado actor.

A la distancia, el griterío de los marineros, mezclado con las sirenas de transatlánticos y remolcadores atronaba el espacio.

Comenzaba otra jornada de trajín en el puerto.

El mundo, inmutable, seguía girando.

Mala memoria

-Don Mario, ¿puedo hablar con usted a solas? -dijo la viuda de Juan Barrenechea Andriola.

-Por supuesto, venga -respondió el viejo bolichero, y pensó: “Ella es viuda, yo también... en una de esas... ¿quién te dice...?”

-Necesito tabaco y papel de fumar.

Don Zárate, propietario del boliche “Las Cuatro Esquinas”, miró a Doña Ramona, sorprendido por el insólito pedido.

-¿Tabaco y papel... piensa fumar ahora, a su edad?

-¡No!, -la respuesta de la anciana fue tajante-. Demasiados problemas tuve con mi marido, acuérdesese que murió con los pulmones a la miseria por culpa del cigarro.

-¿Entonces? ¡No entiendo qué...!

-Sé bien que mi pobre viejo -en paz descanse- se fue de este mundo por el maldito vicio; pero, ahora... ya difunto, no podrá hacerle daño. Si me vende algunos paquetes de tabaco y libritos de papel para armar cigarros, los puedo mandar en el cajón con este finadito. ¡Se pondrá de contento...!

Sobre el mostrador, encima de una vieja manta, velaban los restos de un caminante. Lo hallaron muerto a la vera del camino a Rufino, y los vecinos en un acto de piedad, resolvieron velarlo y darle cristiana sepultura en el cementerio de Arias.

Un chacarero y su hijo fabricaron el ataúd (bastante rústico por cierto debido a sus escasos conocimientos en la materia). No obstante, tenía la solidez que le otorgan el esfuerzo y entusiasmo del modesto y hacendoso hombre de campo, que siempre enfrenta animoso las contingencias de la vida y termina por darles una solución rápida y práctica.

-Mire, Doña Ramona -prosiguió el comerciante-, su vasco era bastante testarudo, ¡si le habré recalcado que dejase de fumar...!

-Y... pobre, tenía ese vicio... el único...

-¡Ah! ¡El único! ¿Y el chupe? ¿O ya se olvidó de las continuas mamúas que pescaba?

-¡Claro!, para “ahogar las penas”, como decía siempre...

-Lástima... parece que las penas aprendieron a nadar, ¡cómo para ahogarlas!

Don Mario, mientras dialogaban preparó lo solicitado por la viuda y, sin ser advertidos, ocultaron el paquete entre las ropas del difunto. Quizá en el más allá el vasco pudiese calmar los nervios fumando. Por ahí...

Roberto, tras la puerta, no perdía detalle ni palabra. El muchachito había venido desde Venado Tuerto para mitigar la soledad de “*la agüela Ramona*”, y con su carácter alegre y juguetón arrancaba a cada rato las sonrisas de la pobre vieja.

Tras un Padre Nuestro rezado por los presentes (con mucho fervor y escasa precisión por la falta de práctica), cargaron el ataúd en la jardinera y el “coche fúnebre” partió de inmediato. Debía llegar cuanto antes al pueblo. La tormenta, como suele ocurrir en verano, avanzaba a pasos acelerados.

Doña Ramona y su nieto, a *tranco*²⁴ rápido, arribaron al rancho justo con las primeras gotas. La vieja recorrió el patio (por ahí alguna gallina había quedado sin resguardo o encontraba un corderito enredado en el alambrado cercano). Todo parecía en orden; por último, en prevención, dejó entreabierta la puerta del galponcito para resguardo

²⁴/ **Tranco:** Por “paso”, expresión del hombre de campo, al comienzo se aplicaba a los animales, luego, por extensión, a las personas. Nota del autor

del “*cuzco*”²⁵ y casi empapada, corrió presurosa a cambiarse de ropa. Luego, se dieron un banquete: huevos y chorizo frito el chico y ella mate cocido negro con galleta criolla (un tanto dura, reblandecida, migada en la taza); y, entre fragor de truenos y destellos de relámpagos, se retiraron a descansar.

Serían las tres de la madrugada cuando Roberto empezó a gritar como si el mundo se le desplomase encima. La anciana acudió presurosa, supuso que el chico le temía a la tormenta.

-¿Qué pasa, no podés dormir?

-Y... estaba pensando... ¿Al “*agüelo*” le gustaba “*chicar*”²⁶?

-No, ¡odiaba esa costumbre! Siempre decía: “Mascar tabaco es un asco, antes muerto...”

-Bueno, muerto ya está. Tendrá que practicar y acostumbrarse a *chicar*...

-¿Qué decís? No entiendo...

-Y... ¡como no le mandaste fósforos!

²⁵/ **Cuzco:** Perro de pequeño porte, prácticamente inofensivo (más ruidoso que otra cosa). N. /A.

²⁶/ **Chicar:** En la jerga popular, masticar tabaco y luego de saborearlo, salivar. N. /A.

Mi amigo Ricardo

Es aquella mañana en La Habana, al ver los titulares de los periódicos no pude contener mi emoción y lloré; la congoja me dominó, el dolor era muy grande, inmenso.

Ricardo, mi entrañable amigo, estaba muerto.

Nos conocimos una tarde de verano del año 65. Recorría el paraje con mi cámara fotográfica -tenía esa costumbre por entonces- cuando vi acercarse un pequeño automóvil. Recuerdo cómo me aparté presuroso para dejar libre el máximo espacio en el angosto y peligroso camino de cornisa.

Un hombre, único ocupante del coche, detuvo la marcha y descendió sonriendo mientras sacudía con energía sus ropas para librarlas del polvo.

- Hola, jovencito. Si eres tan amable, necesito que me orientes.

Devolví el saludo con simpatía mientras estudiaba al extraño sujeto -de aspecto estafalario, casi ridículo- y, tras un breve diálogo, acepté acompañarlo hasta la mejor hostería de la región, para mí superior a todas, ya que mi padre tenía a su cargo la administración de la misma.

Descendimos un tramo del tortuoso camino -maniobra obligada para dar la vuelta, hasta con ese diminuto automóvil-; mientras cubríamos el trayecto debí responder un sinnúmero de preguntas que el viajero formulaba sin darme casi tiempo a respirar entre una y otra.

Debo decir en honor a la verdad, que a mi vez lo interrogué con el mayor tacto posible y como él no era renuente a satisfacer mi creciente curiosidad, pude enterarme de muchos datos interesantes. O sea, que en pocos minutos conocí vida y milagros del simpático turista.

De facciones alargadas, mirada distraída y nariz aguileña, sobre la cual cabalgaban unos "quevedos" diminutos; acentuaba su apariencia extravagante una gorra con la visera desmesuradamente grande. Aparentaba indolencia y desinterés por todo, con el tiempo comprobé que esto distaba mucho de la realidad. Era un observador sumamente agudo, extremadamente perspicaz.

Tenía tres nombres, y como el más fácil de recordar y pronunciar era Ricardo (según él, así lo llamaban sus íntimos), preferí hacer lo mismo. Por lo tanto, desde entonces y para siempre, fue: mi amigo Ricardo.

Manifestó que era escritor, más que escritor... ¡Poeta! Comenté sobre mi vocación. Quería ser periodista. Me instó a estudiar y estudiar sin detenerme ni retroceder ante nada ni nadie. Prometí hacerlo y aunque recién cursaba los estudios secundarios; mi decisión era firme, inquebrantable, sabía lo que quería.

¡Cómo disfrutamos esa temporada! Los días pasaron volando...

Desde la Quebrada de Los Cóndores, en el corazón orográfico cordobés donde estaba emplazada la hostería "El Descanso", salíamos a visitar los más hermosos lugares, algunos inhóspitos y de difícil acceso; realizando caminatas y ascensiones. A su criterio, estas actividades resultaban más benéficas para su afección pulmonar que todos los medicamentos.

¡Con cuánta alegría pasamos varias jornadas acampando en las inmediaciones de la Cueva del Pajarito! Es imposible describir la magnificencia de ese paraje.

¡Qué decir de la ascensión al Uritorco!

Los días se escaparon como agua entre los dedos...

Al momento de su partida sellamos con un abrazo emocionado la promesa recíproca de mantenernos en contacto y ocultando alguna lágrima furtiva, nos despedimos.

Quedé mirando mientras el cochecito azul se alejaba, hasta desaparecer en un

recodo del camino.

Estudié en la Universidad de la Docta y pasé a integrar la planta de redactores de "La Voz del Interior", con la consiguiente alegría de mi amigo que llegó a visitarme aprovechando la presentación de uno de sus libros en nuestra ciudad capital; me tocó cubrir este evento para el periódico y lo hice con el mayor placer y orgullo.

Desde entonces su carrera fue en vertiginoso ascenso, consiguiendo los máximos galardones a nivel universal. Yo, pese a estar orgulloso de él, mantuve nuestra amistad en secreto, como algo muy nuestro; nos pertenecía sólo a nosotros.

¡Qué alegría experimentaba cada vez que Ricardo lograba un triunfo más! ¡Y fueron tantos...!

En cierta oportunidad se realizó en Chile un Congreso Internacional de Escritores y fui como enviado especial. ¡Nada menos...!

Pasamos una semana maravillosa en Santiago.

Conocí muchas personalidades, verdaderos genios de las letras; me impresionó sobremanera Guy Des Cars, el célebre novelista francés, entre paréntesis, compinche inseparable de mi amigo el poeta. En charlas de café nos contó una anécdota muy interesante: "Cuando era joven -dijo- veníamos en las vacaciones a visitar a una familia chilena, los Allende. En la finca había dos adolescentes, Salvador y Augusto, hijos del dueño de casa y del administrador, respectivamente. Peleaban a cada instante, cosa de muchachos. En más de una ocasión Salvador gritaba furioso: "¡mira, franchute del demonio, en cualquier momento, te voy a matar!". ¡Qué paradoja!, ahora estos personajes vuelven a enfrentarse, uno como presidente de la nación y el otro, como jefe supremo de las fuerzas armadas de Chile, ¡toda una ironía!, ¿no les parece?"

A mi amigo se le crispaban los pelos al oír hablar del jefe militar; él y Salvador fundaron el partido Socialista Chileno y luchaban compartiendo la misma pasión y los mismos ideales, ambos soñaban con la paz en el mundo y el bienestar y la prosperidad para su patria.

Si bien nos separaba la distancia, teníamos largas charlas por teléfono y un permanente contacto epistolar. "Fue una suerte aprender a escribir, nos sirve para comunicarnos" -solía decir el eminente poeta chileno.

Nunca hay felicidad completa. Algún tiempo después, la nación transandina se vio envuelta en una serie de acontecimientos violentos. Estos culminaron con el derrocamiento de Allende y el "suicidio" del mismo en la Casa de la Moneda. Así reza en la historia.

Mi amigo, impenitente vate del amor que dejó para la posteridad su "Canción desesperada", estaba muy enfermo. Los últimos sucesos, la caída y muerte de Salvador, su amigo y compañero de proyectos, luchas y esperanzas, lo sumieron en la más profunda crisis anímica y cayó en un estado depresivo imposible de superar.

Fui a visitarlo. Llegué a Isla Negra al amanecer. Allí, en lo que me pareció más que nunca un santuario; como un asceta, con el recogimiento y la unción de un beato, me esperaba Ricardo.

Lo encontré muy mal. Traté por todos los medios de entretenerlo, pero él, recurrentemente volvía sobre un tema que lo obsesionaba y por fin, dijo: "Estoy convencido. Lo de Salvador no fue suicidio, lo mataron..." Lo miré, sin replicar; pensé que no estaba desacertado, yo sospechaba lo mismo.

Ricardo conservaba la lucidez mental de siempre, pero la luz de sus ojos no tenía la intensidad habitual, este detalle por sí solo proclamaba la gravedad de su estado. En el momento de la despedida, como algo muy meditado, manifestó: "Querido amigo, posiblemente atenten contra mi vida. Si muero dentro de poco, como Salvador, seré un mártir más de la patria; exterminado por la ignominiosa ambición de un sistema poderoso y despiadado".

Nos dimos un último abrazo y emprendí el regreso.

Me encontraba en Cuba, asistiendo a una serie de conferencias científicas, cuando una mañana me enteré: mi amigo Ricardo había muerto.

Al pasar ante un puesto de diarios, vi en la primera plana los titulares. "La Humanidad perdió a un grande. **Pablo Neruda** pasó a la inmortalidad".

Mi confidente²⁷

A manera de introito

Cuando los seres privilegiados, aquellos de los que tenemos un muy elevado concepto por sus aptitudes y/o actitudes cruzan el umbral entre la vida y la muerte y comienzan a transitar los insospechados e insondables caminos de la eternidad, recién solemos valorarlos como verdaderos genios, apreciando en su exacta dimensión los aquilatados valores que detentaban.

Con Mozart, como con tantísimos otros, ocurre así. Por ello, no es extraño que un ignoto escritor, un anónimo trabajador de las Letras, dedique parte de su tiempo; poniendo en su labor creativa lo mejor de sí, con el único propósito de rendir un merecido homenaje a tan ilustre personaje.

Elmi Shindo (un buen amigo mío) no encontró mejor manera de hacerlo que convocando al propio Mozart para que contara sus vivencias: alegrías, tristezas, triunfos y fracasos.

El referido escritor tomó como base los datos aportados por un servidor, datos que llegaron hasta nuestros días por mera casualidad.

Así, de esta forma; con la sana intención de que el lector al voltear las hojas pueda emocionarse más y más; percibiendo, sin música y sólo con palabras la presencia de W. A. Mozart, es que se divulga este diario íntimo, el *confidente* de un verdadero **genio universal**.

18 de enero de 1978

Henrich Von Bauen.

Stiring-Wendel, (Sarrebruck, Alemania).

Éste es el diario de Mozart

(Transcripción fiel de la versión de Enrich Von Bauen, por Elmi Shindo)

27 de enero de 1762:

Hoy, querido amigo, con seis años, comienzo a contarte mis cosas. Estoy muy contento, conmovido hasta las lágrimas. Según mi padre, las últimas piezas para piano que compuse son excelentes; pese a su opinión, tengo mis dudas. Influenciado por su cariño, al hacer la crítica puede que magnifique la calidad de las mismas.

Te prometo que serás siempre el primero en saber qué hago y pienso. Ya eres mi confidente. ¿De acuerdo? Por ahora seguiré componiendo música, aunque sé que nunca me destacaré en este difícil arte; me encanta. Por eso lo hago.

“Las palabras escritas en los papeles arrugados, ajados, parecían adquirir vida, hacerme gestos amistosos, como saludándome...”

²⁷/ Esta obra, totalmente de ficción, es un sentido y sencillo homenaje al eminente compositor austriaco al cumplirse los 250 años de su nacimiento. N. /A.

Perdón, he omitido presentarme y decir de qué se trata. Soy Henrich Von Bauen, arqueólogo y antropólogo. Integro desde hace varios años una comisión dedicada a estudiar antiquísimas culturas europeas.

Mi trabajo me ha llevado con otros especialistas a cada rincón del continente, siempre tras la quimera del gran descubrimiento. En más de una ocasión, al estudiar a fondo los elementos hallados, hemos encontrado brechas sobre la autenticidad de los mismos y debimos descartarlos.

*Miro nuevamente las hojas, muy deterioradas por el paso de los años, los elementos climáticos y, sobre todo, por los roedores. No hay dudas. Tenemos en nuestras manos un verdadero tesoro. Nada más y nada menos que **el diario íntimo de Mozart**. Sí, Mozart, el archifamoso músico austriaco.*

Tengo que extremar las precauciones al manejar este material, sobradamente maltrecho. Debo evitar que se siga convirtiendo en polvo”.

Primavera de 1762:

¡Qué alegría! Comenzaremos una gira por el continente.

Mi hermana María Anna y yo nos aburriríamos mientras nuestro padre habla y habla de música con las gentes en cada ciudad que visitemos. Pero por fortuna, no será así ya que nuestra madre nos acompañará.

Esplendorosa primavera:

Francfort. En el concierto de clausura debí alterar la rutina. Como Anna sufría las consecuencias de una fuerte y aparatosa caída no pudo presentarse. Al faltar ella, improvisé mi actuación. Todo salió bien y mi padre me pidió al terminar que incorporase al repertorio para el resto de la gira el divertimento que “compuse” frente al público. Lo intentaré, aunque posiblemente no saldrá igual.

¡Ah...! El público demostró ser muy exigente y sumamente indulgente también; hay que ver los enfervorizados aplausos que nos prodigan en cada función.

“Tras unos pasajes borrosos, se puede leer...”

... me gustó mucho, disfruté enormemente cuando estaba solo ante el piano, con la sala colmada, a mi entera disposición. ¡Una sensación excitante, muy agradable! Fue como tener el mundo a mis pies.

Verano de 1762:

Nantes. ¡Qué maravilla, un espectáculo majestuoso! Sólo imaginado y proyectado por seres de una sensibilidad fuera de serie.

¿Quién hubiese osado realizar un concierto en plena campiña, a orillas del Loira?

Sí, mi buen amigo y confidente. Como te digo. En las márgenes del río ¡y hasta en pequeñas embarcaciones! se congregó una multitud ávida de escuchar nuestra música. Algo jamás soñado por artista alguno. Realmente, imposible de olvidar.

No quiero abrumarte con detalles. Sí te diré que en Francia me sentí tan a gusto como en mi casa. Los franceses son muy cordiales, sumamente afectuosos.

Cada vez que te encuentran, comienzan a besuquearte, tienen esa costumbre.

“En el primer párrafo, el nombre de la ciudad resulta indescifrable, no obstante, se trataría de Londres”.

Fin del verano:

...como te digo, con cuánto placer actuamos en la abadía de Westminster. La vieja y emblemática abadía de la que he oído hablar tantas veces a mi padre; ahora también a nuestras plantas. El sueño continúa. No puedo narrar lo vivido en ese lugar irreal, cargado de misticismo. Tuve la impresión de que a cada nota de nuestros instrumentos, despertarían los ángeles que adornan el retablo mayor circundando la imagen de María y comenzarían a cantar y danzar.

Holanda:

Ámsterdam. Si de algún sitio quedó encantada mi madre es de Holanda.

Nos presentamos reiteradas veces en la Oude Kerk (Iglesia vieja) y en la Nieuwe Kerk (Iglesia nueva). Fue imposible proseguir la gira; debimos permanecer en la ciudad hasta fines del verano, haciendo las delicias de los mismos espectadores, que función tras función, se acercaban a brindarnos múltiples atenciones.

Dos semanas de descanso:

Inmersos en un paisaje de ensueño, los Alpes Suizos, estamos pasando una temporada de merecido descanso. Gozamos de las maravillas naturales, olvidados por completo de fusas y corcheas.

¡Qué placer!

Mi padre viajó para coordinar la prosecución de los conciertos y nosotros disfrutamos; libres de ensayos, viajes y preocupaciones.

“Continúa una gran cantidad de páginas, literalmente trituradas”.

Mi primera sinfonía:

Tengo nueve años. Compuse una sinfonía que, según varios maestros -incluido mi padre-, dará que hablar. Claro, ellos hablan de ella *ahora*. No creo que perdure, en poco tiempo pasará al olvido.

Éste es un gran artista:

Conocí a un artista extraordinario. Se trata de Ladislav Zatwisky, joven pintor húngaro que se mudó a pasos de mi casa. Nos hicimos grandes amigos enseguida. Seguramente su nombre y su obra llegarán a ser reconocidos a nivel universal. En cambio, a poco de mi muerte, ¿quién se acordará de un ignoto músico como yo? ¡Nadie!

Viena:

Mi nueva casa. Grandiosa. Todo un derroche de música y poesía. Un verdadero deleite espiritual. La ciudad parece un gigantesco teatro, en permanente concierto, las melodías se enseñorean del aire, anegando cada rincón.

Compongo sin descansar:

Me apasiona la música, ella me mantiene vivo. Mi deseo más ferviente es transmitir en mis creaciones los diversos estados de ánimo, capaces de sensibilizar, conmover y trasportar a esferas inequívocamente místicas a cada ser que las disfrute. Es primordial lograr ese cometido, de lo contrario, la obra no pasará de ser una simple música entretenida, huérfana de sustento espiritual e incapaz de promover emociones valederas.

Mis amores:

Los salones vieneses son el punto obligado de reunión de la nobleza. Asisten damiselas hermosísimas; tengo doce años y mi sangre entra en ebullición al contemplarlas.

Con el piano intento transmitirle a cada una de ellas lo que mi corazón encierra. Les cuento musicalmente las terribles y apremiantes ansias que me invaden de amar y ser amado.

“Es imposible leer aquí, deberé saltar las hojas, no hay opción”.

Me siento mal:

¡Al fin...! Cumplí catorce años, ya soy un hombre.

Casi no duermo.

Mi padre está muy preocupado por mí. Los dolores de cabeza, que me acompañan desde hace un par de años, son cada vez más intensos y frecuentes. Los galenos dicen que con el desarrollo se irán atenuando, ¡ojalá!

Salzburgo nos espera:

Me tomó de sorpresa la noticia. Regresamos a Salzburgo. Reencontraré a Ladislav. En verdad, lo extrañaba mucho, será un inmenso placer pasear en su compañía por la campiña, hablar de música, paisajes y colores. Es un gran conversador y todo un “Don Juan”. Salta de un amor a otro vertiginosamente, en forma instantánea; sin mirar adónde se mete ni reparar en las consecuencias.

Maestro de Cámara:

El Arzobispado de la ciudad me nombró Maestro de Concierto Honorario del Grupo de Cámara. ¡Que no se equivoquen! La designación no significa que lameré las botas del Arzobispo y su séquito. ¡Al contrario! Soy y seguiré siendo su más acérrimo opositor. Jamás traicionaré mis ideales, mis convicciones.

“En este tramo del diario algunas hojas se hallan parcialmente arruinadas”.

... nuestro tercer viaje por Italia. Puedo decirte, querido amigo, que allí se encuentra la cuna del Arte. Conocer ese país y amarlo es todo uno. Disfruté cada hora, cada minuto, de su arquitectura y la enorme cantidad y variedad de obras de arte: “Obras Maestras de la Humanidad”.

Lo único lamentable son las permanentes migrañas que me impiden dormir; paso las noches en vela, componiendo compulsivamente, no puedo hacer otra cosa.

Mi primer amor:

Muy enamorado, así me siento. La veo bailar y mi corazón vuela con cada evolución de su danza, no había sentido tal atracción hasta hoy. Aloysia es etérea, celestial; divina, ¡eso!, sencillamente, divina... ¡Si le conocieras, mi buen amigo...!

Me vuelvo loco:

Tras la pérdida de mi madre y el fracaso y desilusión al enamorarme sin poder concretar ese sentimiento, me siento peor que nunca. Los dolores de cabeza -neuralgias, según los especialistas más avanzados- forman parte de mi vida. Son algo tan cotidiano que ya no podría estar sin ellos.

Mis horas, interminables horas sin lograr conciliar el sueño; las paso componiendo y tocando el piano. Si al menos todo este esfuerzo se viese recompensado... Sé, sin embargo, que no llegaré a descollar. Mi obra morirá conmigo. No perdurará. Estoy convencido de ello. Me atormenta la idea de no dejar nada de valor a mi partida. ¡Qué panorama distinto el de Ladislav...! ¡Será famosísimo!

Adiós al arzobispado:

Debí dejar el puesto hace tiempo. No estoy hecho a cargos, sujeto a directivos ni consejeros. Siempre me conduje solo y así seguiré. Además, no soy el típico genuflexo, inclinando la cerviz ante los poderosos. Tengo mi dignidad y amor propio; antes de ceder, traicionando mi filosofía y convicciones, prefiero mandar todo al demonio.

“Hay una parte, extensa, importante; muy estropeada. Imposible descifrarla”.

Munich:

Amores clandestinos. Las damas -sobre todo las más encumbradas de la nobleza- tienen sus debilidades. Yo también tengo las mías y por ello, me enredo en amores con suma facilidad.

Hete aquí que una noche, para evitar males mayores, debí salir de un castillo subrepticamente, como un ladrón a punto de ser descubierto. La Señora Condesa puede dormir tranquila, por mí nadie se enterará de sus devaneos y debilidades.

Mi matrimonio:

No es lo que esperaba, creo que mi esposa tiene idéntica sensación, la de haber equivocado nuestros sentimientos y proceder en forma apresurada al contraer enlace. Constanze es buena, cordial, compañera; pero la llama del amor, la que creímos encender para siempre, se extinguió al poco tiempo.

Viena:

Lugar de ensueño. Otra vez, como hace años, me fascina la fastuosidad de Viena, sus paseos y salones. Y, lo más importante, la enorme cantidad de músicos, excelentes músicos.

Lo único que enturbia mi cielo es la crítica situación financiera por la que estamos atravesando. He compuesto varias piezas que no han tenido del público la respuesta que yo

esperaba. Las Bodas de Fígaro, por ejemplo, una ópera que considero de excelente factura, no fue recibida con el entusiasmo que, a mi criterio, merece.

Estalla mi cabeza, resulta hartamente difícil concentrarse, hallar el estado de gracia imprescindible para elevar el espíritu hasta la óptima capacidad creativa. No obstante, trabajo sin descanso, hasta quedar exánime, sin fuerzas ni para hablar.

Presiento que mi fin se acerca. Me estoy muriendo.

Don Giovanni:

¿Te dije que Da Ponte es genial escribiendo? Constituye un verdadero placer trabajar con él; sus textos tienen la facultad de acelerar los latidos del corazón y obligan al músico a volar, volcando lo mejor de sí en cada nota. Esta ópera y Las bodas de Fígaro son la prueba irrefutable de lo que estoy afirmando. Sus libretos son espeluznantes. Tienen magia, invaden el espíritu, contagiando sentimientos disímiles, sensaciones antagónicas... Formidables.

Malas noticias:

Mi mejor amigo, Ladislav Zatwisky, el pintor, ha muerto. Lo mató en duelo un noble, pretendiendo defender el honor de su dama, seducida por él.

Le advertí del peligro que corría al visitar a esa mujer. ¡Cuando pienso que pude estar en su lugar...!

Una ópera maravillosa:

Estoy estudiando un libreto, divino como pocos; es de Emmanuel Schikaneder; me encanta. Tal vez La flauta mágica llegue a ser mi mejor obra.

Sin embargo, por otro lado, tengo la plena convicción de que nunca alcanzaré resonancia. Terminaré mis días y desapareceré; sin haber logrado destacarme.

Nadie sabe de mis cefaleas y el estado de nerviosismo y excitación provocado por las mismas; de la enorme fuerza de voluntad que pongo para continuar con esta vocación, tan arraigada en mí, tan profundamente enquistada en mi sangre y mi atormentado cerebro.

Los dolores recrudecen:

La flauta mágica me absorbe las escasas horas que puedo dedicar al trabajo. Falta tan poco para concluir... Sufro horrores... debo realizar esfuerzos sobrehumanos para sentarme al piano y seguir componiendo.

Peor... día a día:

Debí abandonar todo momentáneamente; mi salud ya no me permite ni pensar...

Si pudiera... ¡Cómo me gustaría finalizar la ópera...! Tal vez mañana, si tengo más ánimo... Quizás... mañana... Quizás...

“El diario recoge esta última frase del genial músico. La misma tiene las connotaciones de una despedida. En ella, quienes lo estamos analizando, advertimos su desaliento y resignación. Así, con este sencillo párrafo, puso punto final a su diario.

Y a su prolífico y tortuoso paso por este mundo”.

Mi secreto

Hay cosas que deben ser vistas para creerlas. Hace tres años me sucedió algo muy extraño, todavía me parece mentira; un sueño, una fantasía tejida por mi imaginación.

¡Que sé yo!

Al recordar esa noche, llegan hasta mí los sucesos de una manera tan real que experimento la impresión de volver a vivirlos.

En realidad, la cosa empezó tiempo atrás, cuando, una mañana de otoño, cavé un hoyo para plantar un palenque.

Me ordenaron hacerlo cerca de la laguna “Las Tunas”, en la parte perteneciente a la estancia “Las Dos Hermanas”; donde se encuentra la reserva de fauna natural “Vida Silvestre”. Llevo trabajando allí unos “veintipico” de años, los suficientes como para conocer cada mata de hierba y cada desnivel del terreno.

El sitio resultó especial para cavar, la tierra estaba blanda; seguramente la proximidad del espejo de agua influyó para que así fuese. Bien, comencé a trabajar, según acostumbro; sin apuro pero sin pausas.

Ya había alcanzado la profundidad necesaria cuando un objeto metálico en el fondo de la excavación despertó mi interés.

Acuciado por la curiosidad, lo saqué en pocos minutos; era una antiquísima reja de arado. Al desembarazarla de la tierra -casi barro-, algo adherido a ella saltó rodando por el suelo.

Quedé estupefacto al comprobar de qué se trataba. Una punta de lanza indígena. Esto no hacía sino reafirmar la hipótesis de su presencia en la zona; cuestionada por algunos autores²⁸.

Puse ambos objetos en un rincón del rancho y a los pocos días ni me acordaba de ellos.

Pero una noche, cuando me encontraba descansando, oí una voz, sin saber de dónde venía ni a quién pertenecía.

Me asusté, no lo niego.

Encendí el “Sol de noche” y estudié el lugar. Nada, estaba completamente solo. “¿Me estaré volviendo loco?” –pensé.

Volví a la cama y me dormí. Nuevamente, las voces...

-Y sí, a mí me trajeron de Italia, queda lejísimos, vine envuelta en unas telas para evitar la corrosión por efectos del agua de mar. De joven era reluciente, ahora, como todo viejo, no valgo nada.

-No diga eso –retrucó otra voccecita-, creo haberla visto trabajar sin descansar cuando arribé a estos parajes. Cómo brillaba con los rayos del sol, era hermosa.

-Gracias. Y usted... ¿De dónde vino?

-Mire, me trajeron de la Sierra de la Ventana, allá por el Tandil, creo que así le dicen...

-¡Ajá! Pero eso queda muy lejos...

-¿Y “usté” lo dice, que cruzó el charco? Lo que pasa es que por acá no hay piedras.

-Y... ¿Cómo vino a dar acá?

-Me trajo en su “tacuara”, mi capitanejo, *Nahuel Curá*²⁹ (Puma de Piedra); hizo honor a su nombre y murió en estas tierras, combatiendo como un puma.

²⁸/ El Dr. Roberto Landaburu, conocido historiador de Venado Tuerto, en sus obras siempre abonó la teoría de la existencia de los “pampas” en esta región. N. /A.

-Sí, pero, estábamos juntos...

-Cuando mi capitanejo cayó herido de muerte, quedé clavada en el suelo; ahí estuve mucho tiempo, por fin la erosión y las lluvias, me arrancaron de la caña. ¡Creí morir de pena! Luego, poco a poco, me acerqué a “usté”, hasta que pude abrazarla. Gracias por aceptarme, si no...

-No, yo debo agradecerle el llegar hasta mí para hacerme compañía.

Las voces se fueron tornando inaudibles, por la ventana entreabierta se anunciaba la llegada de un nuevo día.

Estuve tentado de llevar los objetos al pueblo, como están por crear un museo... Pero, desistí; lo mismo que de referir esta experiencia, me tratarían de mentiroso o, lo que es peor, de loco.

Por eso, no lo mencioné nunca, será mi secreto de por vida, mío y de nadie más.

²⁹/ Nahuel Curá; Puma de Piedra, vocablo de los aborígenes de la Patagonia. Nota del autor.

Muy natural

María Rosa miró por enésima vez la enorme pantalla; los nervios la consumían mientras aguardaba a Milfer, joven whydonisa que conociera durante un Congreso.

Su impaciencia se justificaba; al anunciar la visita Milfer dijo tener grandes novedades; y agregó: “No iré sola. Además, hay una gran noticia que te llenará de júbilo; de algún modo estás involucrada, eres la principal responsable”. No especificó nada; prefería sorprenderla.

Recorrió de una mirada la enorme sala del Cosmopuerto desbordante de público, todos querían aprovechar los días de vacaciones, espléndidos, además. Los mensajes holográficos del C.O.I. (Centro Operativo Interestelar) informaron sobre partidas y arribos de diversas cosmonaves, la esperada por ella no estaba incluida.

Sonrió al evocar las charlas sostenidas en Plutón durante el Congreso Científico Intergaláctico. Al intercambiar anécdotas, costumbres, tradiciones y formas de vida; conoció lo referente a Whydonis, “El Planeta Dorado” (como le decían) y sus extraños habitantes. Al mismo tiempo –como contrapartida-, su amiga recogió una vasta información de la Tierra y sus moradores.

La terrícola quedó infinitamente sorprendida, pero lo más increíble e incongruente fue enterarse de cómo nacen las criaturas en ese lejano planeta. Al principio tomó el asunto en broma, por lo extraño del procedimiento; provocando la irascibilidad de su amiga, quien no veía nada anormal o risible.

Los widonisos, con técnicas súper avanzadas, receptan el esperma masculino y fecundan un óvulo materno en “Spyears” (tras arduos esfuerzos, entendió), llamaban así a los laboratorios “generadores de vida”; compuestos de cámaras asépticas, herméticamente cerradas. Allí, en los “Spyears”, se cumple el período de gestación hasta culminar con el advenimiento de la criatura.

-De esa forma, ambos esposos trabajan hasta que “nace” el hijo –comentó como corolario del tema.

-Algo parecido a la inseminación artificial nuestra -recordó su comentario, recibiendo como respuesta una mirada de incompreensión.

Describió a su amiga el acto sexual (totalmente diferente al de los whydonisos, carente de romanticismo y pasión); lo hermoso del mismo y la consiguiente gestación y nacimiento de los hijos. “Supremo acto de amor y vida” -definió la terrícola. La joven, expectante, registró meticulosamente cada palabra e interrogó a María Rosa, para esclarecer sus dudas sobre la cuestión.

Finalizado el Congreso, mantuvieron un contacto permanente, intercambiando periódicamente imágenes octodimensionales; así conoció al novio de su amiga y posteriormente disfrutó con la fiesta de casamiento de la pareja (aunque ellos le diesen otro nombre, para los terrícolas seguiría siendo “casamiento”); pasó el tiempo y ahora estaba a punto de recibirla.

Apareció el aviso, y por fin, se produjo el arribo; en pocos minutos estarían juntas.

Gran revuelo, vehículos de todo tipo iban y venían, transportando pasajeros, familiares o simples visitantes que se congregaban para contemplar la llegada de seres estrafalarios, procedentes de galaxias desconocidas, a millones de años luz.

Cuando se dispó esa densa marea de asistentes, divisó a Milfer. La joven avanzó a su encuentro sonriendo, llevaba de la mano a una preciosa niña y... en su abultado vientre, se advertía claramente la inminente llegada de otra vida.

¡Al mejor estilo de la Madre Naturaleza!

Peludiando³⁰

En la década del sesenta, cada año nuevo, mi familia (mis hermanos y yo éramos chicos) acostumbraba ir a una chacrita cercana a Fortín Olavarría, en la provincia de Buenos Aires. Precisamente el día primero de enero cumplía años Julián, hijo menor de Don Mateo Jaime, el chacarero (ahijado de Don Domingo).

Entre otros invitados figuraban Don Domingo Tacunau, el “Cacique” (padre de los conocidos cantores y guitarreros “Los Indios Tacunau”) y un hermano suyo cuyo nombre nunca supe; yo le decía simplemente Don Tacunau y al “Cacique”, Don Domingo o Cacique, así los diferenciaba.

También, durante el invierno, solíamos ir (los chicos, únicamente) a pasar unos días y Don Jaime, en noches bien frías y estrelladas (bajo heladas “doble ancho”), con la luna reinando a pleno, nos llevaba a “peludiar”. Salíamos en sulky por aquellos andurriales, recorriendo un verdadero laberinto de callecitas perdidas (allí, justo allí, “donde el diablo perdió el poncho”; o sea, en el confín del mundo), acompañados por dos o tres perros, baqueanos para los peludos como no he vuelto a ver. Descubrían un armadillo y en un suspiro lo capturaban; nosotros, entonces, “sólo entonces”, bajábamos del carruaje. El perro lo tenía aprisionado en la boca, para quitárselo debíamos comprimir levemente el pescuezo del “cazador” entre nuestras rodillas, recién entonces lo soltaba.

A veces nos distraíamos conversando y se escuchaba un fuerte “crac-crac”, era el ruido característico que producía la cáscara, atenzada entre los colmillos perrunos.

Un primero de enero, Don Mateo (hombre bajito y redondo; pesaría más de ciento cincuenta kilos) comentó que nos había enseñado a *peludiar* e invitó a los hermanos Tacunau a relatar cómo aprendieron ellos a realizar tal actividad desde el sulky.

-Resulta que de chicos, tendríamos once o doce años a lo sumo, nos conchabamos como boyeros en una estancia –dijo el “sin nombre” (en adelante, Don Tacunau)-. Si habremos “pasao” penurias... ¡Ah, tiempos aquéllos!

-Sí. ¡Qué épocas!, se “burriaba” de lo lindo, todo era a fuerza de sacrificio. ¡La pucha! –Don Domingo pareció escarbar en la memoria. En tanto, aprovechó la pausa para echar un trago de la damajuana de diez, y luego contemplarla con pena... Estaba tecleando. Le señalé otra, llena, por supuesto, puesta a refrescar en la pileta de la bomba; enterado del “refuerzo vitivinícola”, sonrió complacido-. ¿Te acordás del “mago”, Mateo?

-Y no... por su causa casi nos morimos del “julepe”. –Dijo riendo el viejo chacarero, mientras daba también un tierno “beso” al tinto.

-Resulta que en la estancia había un peón, hombre solo, de unos treinta años más o menos; los compañeros le hacían continuas bromas sobre su pretendida condición de mago. Parece ser que estudiaba por correspondencia o algo por el estilo –el Cacique miró con picardía a su hermano y agregó-, ¿vos eras el más corajudo de los tres, o no?

-Sí, hasta esa noche...

-Yo le desconfiaba, me asustaba la cara de loco que ponía, por eso nunca lo cargué como ustedes.

-Mirá Mateo, lo mismo caíste en la “voltiada”; flor de “cagazo” te pegaste –Don Tacunau, damajuana en alto, casi se ahoga por la risa-. Bueno, che, contale a los chicos la historia, no prolongués la intriga...

-Bien, nosotros dos –señaló a su hermano- nos reíamos del mensual, lo teníamos loco con las bromas; aguantó todo con estoicismo, como un verdadero santo. ¡Claro!, hasta que...

³⁰/ Historia real. Nota del autor.

-Nos convidó a “peludiar” y aceptamos entusiasmados. Partimos en el sulky, llevando dos perros cuzcos, según él, muy hábiles en esos menesteres. La luna brillaba al máximo, el frío también; aunque para contrarrestarlo teníamos una botella de ginebra. Recuerdo que a lo lejos una lechuga cortaba con sus chistidos el aire escarchado de la madrugada; el resto del mundo estaba lejos y dormía... no existía.

-Recorrimos como mil metros, hasta el sitio señalado como la “nidada” de los peludos. La cosa pintaba lindaza... -manifestó el tío de los músicos-. “Cazaremos más de veinte en un ratito”, acotó “el maestro” con aire de suficiencia.

-Todo era normal... -El viejo Cacique trenquelauquenche³¹ tomó la palabra, Don Jaime se atusó el bigote y miró con disimulo para el lado de la bomba-. De pronto, un peludo enorme apareció de la nada. Estaba ahí, al lado del alambrado, casi en la calle. Los perros salieron de estampida tras él y el “quirco” se internó en el lote (un rastrojo de maíz), buscaba la seguridad de su cueva. Se oyó el clásico chasquido de la cáscara y nosotros salimos como una exhalación; en un santiamén saltamos el alambrado y llegamos junto a los perros.

-Fui el más perjudicado -agregó el dueño de casa-, tomé el quirquincho con una mano y apreté con energía la cabeza de Catriel (el cuzquito negro), hasta que por fin, lo solté. Levanté presuroso el peludo, lancé un alarido de espanto y lo solté aterrorizado. Entre mis dedos apretaba la “mano” recién cercenada de un ser humano; hasta vi gotear la sangre. La sentí caliente, latiendo todavía. Los tres tuvimos idéntica visión, los tres nos espantamos y los tres alaridos se fundieron, fueron uno solo. Cuando la “mano” llegó al suelo, el enorme peludo realizó una serie de “viboreos” gambeteándoles a los perros, y se metió en una cueva. La carcajada de nuestro acompañante reventó en la serena noche de agosto.

-Llegamos corriendo al sulky, sin aliento y sin habla; el tipo nos miraba, sobrador. Don Tacunau hablaba y tragaba al mismo tiempo, pero no agua precisamente.

-Me preguntó: “¿por qué lo soltaste, o no era un peludo?” -Don Jaime, parecía **asustado todavía**-. **Quise justificar mi accionar y él insistió: “desde acá lo vi, parecía bueno...”** Sí -recuerdo haber dicho- un peludo, grande y gordo, especial. ¡Único! El mago me encaró furioso: “¿qué pasó?, lo dejaste escapar”. Estaba lleno de rosetas -solté, con voz temblorosa-, me clavé unas cuantas y abrí la mano...

-Así aprendimos a peludiar -la voz de Don Tacunau se había tornado áspera, casi ilegible... Miré hacia la pileta, la segunda de diez litros ya no estaba.

-Jamás mencionamos el asunto -el Cacique observó a los otros como pidiendo su aprobación y ellos asintieron con la cabeza-, y mucho menos volvimos a hablar de magia, luces malas o aparecidos... ¡Nunca!

-Miren, yo no creo en brujas, magos o fantasmas, pero que los hay, los hay -finalizó sentencioso Don Tacunau, “el sin nombre”.

En realidad, movió los labios sin emitir sonido alguno. Supongo, que de poder hablar, habría dicho algo semejante.

Vi la segunda damajuana tirada al lado de la otra; la acababan de “desangrar”.

³¹/ **Trenquelauquenche o trenquelauquense**: natural de Trenque Lauquen (Bs. As.). En esa ciudad, en lo que fue la antigua vivienda y boliche de Tacunau, funciona actualmente “el Boliche de Quique”: bar, restaurante y museo tradicional. Frente al mismo (en el cantero central de la Avenida), está emplazado un monumento en homenaje a “Los Indios Tacunau”. N. /A.

Seguro de vida

1 De regreso

Los periodistas aguardaban en la sala VIP del aeropuerto. Con su habitual cortesía, Rafael Guerra, brindaba al regresar una conferencia de prensa.

-Señores –comenzó el viejo investigador-, conocí a un excelente artista plástico y estoy ansioso por mostrárselo al mundo.

-De “La voz de la Ciudad” –un joven, de rostro pálido, micrófono en mano, se adelantó un paso-. ¿Dónde está ese genio?

-Recluido en una remota isla del Pacífico, dedicado por entero a darle colorido y belleza a la vida. Traigo un par de obras tuyas excelentes para exponerlas en breve en una importante galería.

Agregó que su amigo realizaría próximamente una serie de muestras y posiblemente se estableciese definitivamente entre ellos.

La noticia cobró estado público: radio, televisión y medios gráficos se encargaron de ello y el ex policía no escatimó lugar ni momento para hablar del “pintor de la isla”, como lo denominaban.

Guerra pasó su vida en la policía, llegando a ocupar el cargo máximo de la fuerza. Años después de jubilarse, al fallecer su esposa, decidió retirarse y fundó una compañía de investigaciones, dotándola de los últimos adelantos científicos y reclutando los mejores elementos humanos. Para ello convenció e incorporó a Edgardo de la Riestra, subalterno suyo, joven oficial de grandes capacidades deductivas, sin duda el mejor que había conocido en su larga carrera profesional.

Varios años después, al verlo tan entusiasta y dispuesto, le dio participación como socio al cincuenta por ciento, otorgándole amplios poderes, y a partir de ahí todo pasaba por él. Un buen día Rafael, cansado de la rutina, resolvió abandonar definitivamente la compañía y cedió su parte al joven. Así, de la noche a la mañana, como quien dice, Edgardo pasó a ser el único titular y director de la agencia.

Cuando el viejo comisario partió a recorrer el mundo, surgieron ciertos rumores indicando su descalabro financiero; otros, por el contrario, le adjudicaban un capital exorbitante, poco concordante con sus ingresos. Y ahora, tras más de diez meses recorriendo el globo, regresaba feliz y contento.

2 El artista

Al fin llegó “el pintor de la isla”. Aunque intentaba mostrarse simpático y deseoso de agradar, parecía retraído, como inmerso en un estado de continua meditación.

Al ser interrogado por los periodistas, las respuestas fueron escuetas, medidas, sin comentarios o agregados. No obstante su afabilidad, los presentes tuvieron la sensación de que intentaba terminar el acto cuanto antes. Algo natural, si tenían en cuenta el prolongado viaje realizado. Posiblemente esa aparente indolencia fuese producto de la fatiga.

Llevaban algunos minutos registrando sus declaraciones cuando llamaron al viajero; debía verificar varios bultos a su nombre, rotulados: **¡PRECAUCIÓN! ¡OBRAS DE ARTE! ¡MUY FRÁGIL!**

Apenas se retiró recibieron en la mesa coordinadora de prensa una llamada del ex comisario excusándose, un problema de tránsito le impedía llegar al aeropuerto.

El recién llegado se mostró sorprendido y contrariado; luego, moviendo la cabeza con resignación, prosiguió atendiendo a los reporteros.

3 La muestra

Trabajaron a un ritmo vertiginoso. Cada cual aportaba lo suyo Tan pronto el viejo policía aparecía por televisión, como Furiol Yamihara, el artista plástico, era asediado por un enjambre de fotógrafos.

La ciudad y el país dieron en hablar del notable pintor, anticipando con sus comentarios la inminente exposición. Programada y organizada con una pasión y entusiasmo pocas veces vistos, se generó una enorme expectativa. Cada detalle era minuciosamente estudiado y resuelto, para evitar sobresaltos e improvisaciones.

La dinámica de las actividades imponía una velocidad y esfuerzos excesivos, no permitiéndoles compartir entrevistas o reuniones. Para cumplir con los múltiples compromisos se vieron en figurillas, debiendo separarse y trabajar en forma simultánea. Así, a un ritmo frenético, arribaron a la fecha clave.

Sin embargo, un contratiempo torció sus planes, faltando dos días para el evento. Como consecuencia del remojón sufrido una tarde lluviosa, Rafael cayó en cama, impidiéndole estar en la apertura de la exposición. Su amigo, en el discurso inaugural, tuvo palabras muy elogiosas para él y le deseó un pronto restablecimiento.

La muestra resultó exitosa y en su transcurso se concretaron interesantes ventas, permitiendo a la vez al artista efectuar importantísimos contactos con colegas, críticos y personalidades destacadas del Arte y las Ciencias.

Lamentablemente, Rafael sufrió una serie de complicaciones y permaneció en reposo durante el desarrollo de la misma; debiendo conformarse con observar los distintos pasajes emitidos por televisión.

4 Celebraciones

Por fin, tras la reclusión obligada impuesta por una bronconeumonía, el viejo comisario pudo volver a la calle. Otra vez, mientras Yamihara desfilaba ante las cámaras y concedía entrevistas a los medios, él ponderaba las virtudes de su amigo en las altas esferas de la sociedad, círculo en el que se movía hacía años con la misma soltura y habilidad del pez en el agua.

Una madrugada llegó Guerra con su automóvil ante el restaurante más elegante de la ciudad, donde los efectivos policiales festejaban su día.

Aun después de su retiro, seguían considerándolo el jefe, en todo momento lo nombraban así y obedecían sus sugerencias, como si realmente continuase al mando. Al detener el vehículo aparecieron varios oficiales de alta graduación, invitándolo a entrar y compartir un brindis.

-Lo haría de mil amores, pero, ¡fíjense en el asiento trasero! -Lo hicieron y vieron un bulto cubierto por una manta-. Mi amigo tomó en exceso y se siente mal, por suerte está dormido. Lo siento. Sigán festejando. Buenas noches -tras esta disculpa, puso en marcha el automóvil y partió.

5 Secuestrado

En la tarde siguiente Rafael se presentó en la Jefatura de Policía. La noticia cayó como una bomba. Furiol había desaparecido.

-Salió en mi automóvil, adujo una cita con una dama, ignoro adónde pensaba ir.

Con estas palabras el ex jefe expuso el caso. Inmediatamente irradiaron mensajes a las distintas reparticiones y dependencias, estableciendo un riguroso control, un “operativo cerrojo”³² en carreteras y aeropuertos, contemplando la posibilidad de un secuestro y posterior traslado de la víctima.

Rafael se instaló en la Jefatura, convirtiéndose automáticamente en el jefe de las operaciones. Aun con la reserva impuesta, la noticia trascendió y, como era de prever, los periodistas se trenzaron en dura competencia procurando información.

En pocos días se conocieron vida y milagros del famoso pintor, la mayoría de las veces a través de las declaraciones de Guerra, quien desplegó una intensa actividad, lanzado de lleno a la tarea investigativa; según la prensa, “como en sus mejores épocas”.

Transcurrida una semana sin novedades, una noche recibieron la primera llamada de los secuestradores; exigían un abultado rescate a cambio de la devolución con vida del artista plástico.

Enterado el comisario Guerra, manifestó que estaba dispuesto a pagar, si tenía una prueba fehaciente de la salud de su amigo, condición indispensable para continuar las negociaciones.

Desde ahí, la investigación murió. Las detenciones y allanamientos llevados a cabo no dieron resultado y comenzó a circular cada vez con mayor insistencia el rumor de que Yamihara habría sido ejecutado.

Se creó una comisión especial integrada por los mejores elementos y bajo las órdenes del antiguo jefe se dedicó en exclusiva al resonante caso.

Salían a recorrer la ciudad, más como un movimiento desesperado, librado al azar, que como un operativo táctico organizado. Divididos en grupos, hacían ostentación de fuerza, pretendiendo imponer la idea de un plan meticulosamente concebido, cuando en realidad iban con la esperanza puesta en un par de soplones que brindaban información a cambio de dinero. Muchas veces, a través de éstos se lograron datos interesantes, permitiendo esclarecer hechos aparentemente insolubles.

Rafael se apartó y comenzó a visitar pequeños negocios, la mayoría de ellos tugurios dedicados a levantar apuestas clandestinas y otras actividades similares.

Recorrió uno tras otro esos sitios tan conocidos por él. Allí, casi siempre, terminaba encontrando un informante.

Los delincuentes establecieron un nuevo contacto, poniendo al habla a Furiol para que cambiase unas palabras con su amigo y lo persuadiera de pagar. Lamentablemente, Guerra había salido poco antes con una patrulla.

6 El seguro

Un año después, el caso se enfrió, pasando casi al olvido.

Sin embargo, la situación comenzó a mostrar un cariz distinto. Al misterio existente sobre el paradero del pintor se sumó la investigación promovida por una importante compañía aseguradora. Edgardo de la Riestra, contratado para dilucidar el caso, se abocó de inmediato a estudiar todos los pormenores. En pocos meses, de acuerdo al contrato

³²/ **Operativo cerrojo:** Expresión de la jerga policial, refiriéndose al control y cierre de los caminos. N. /A.

existente entre la aseguradora, Furiol y Guerra, el primero sería dado por muerto, y como consecuencia, el ex policía percibiría en concepto indemnizatorio una cifra varias veces millonaria. Ambos habían celebrado convenios similares y eran recíprocamente beneficiarios exclusivos.

Edgardo trabajaba a destajo, de no hallar la solución pronto, su amigo y antiguo jefe cobraría el monto de la prima y él perdería sus honorarios.

Según lo pactado, recibiría una suma importante si aclaraba las cosas satisfaciendo los intereses del cliente; de fracasar, no vería un céntimo.

Lamentaba, eso sí, tener que enfrentar e investigar a quien estimaba y de quien había aprendido tanto, a través de sus enseñanzas y ejemplos. El jefe Rafael. Un ser íntegro, desinteresado, honrado a carta cabal. ¡Excepcional! Casi su padre. El mejor hombre que había conocido.

7 La investigación

Comprendió que se encontraba en un callejón sin salida. No tenía de dónde asirse para empezar. La tarea se presentaba sumamente ardua. Le ocurrió igual en otras ocasiones, pero a poco de andar apareció un indicio, un leve resquicio en la historia que permitió ir armando el rompecabezas, esta vez era diferente.

Accedió a una serie de objetos personales de Yamihara: pasaporte, tarjetas de crédito, resúmenes bancarios, correspondencia, fotografías, etc. Los estudió concienzudamente sin encontrar nada que pudiese orientar sus pasos. Tenía la plena convicción de enfrentar el caso más difícil de su carrera. E intuía también que la solución era simple y estaba a la vista. De tan obvia, pasaba ante ella sin advertirla; le faltaba abrir bien los ojos y mirar en la dirección correcta. Este pensamiento lo obsesionaba y no debía ni deseaba descartarlo, rara vez se equivocaba.

8 El asesinato

No podía dar crédito a sus ojos. Allí, en la oscuridad de la noche, se veía perfectamente cómo él arrojaba al río el cuerpo de Furiol.

-¡No! ¡No puede ser! ¡Es una impostura, una verdadera infamia!

Su acento desesperado sonaba convincente. Sin embargo, la pantalla mostraba el hecho en todos sus detalles. Hasta la matrícula y el color del coche se distinguían claramente. No existía la menor duda, Rafael era el asesino de Yamihara. El vídeo lo atestiguaba.

-Esta película fue lograda por un muchacho que paseaba a la orilla del agua. Creyó ver algo raro y dedicó su tiempo y su cámara a registrarlo.

-Sigo sosteniendo que es una burda farsa, una vulgar patraña -respondió el viejo policía, indignado-, me extraña de ti, Edgardo, el discípulo más sobresaliente que tuve, recurriendo a estos sucios trucos para salvar tu ineficiencia, me sorprendes mucho. Jamás lo habría imaginado. Tu falta de capacidad te llevará por mal camino. ¡Quién lo hubiese dicho! ¡Nunca hallarán el cadáver; ni tú, ni nadie! ¿Sabes por qué? ¡Porque no existe...!

Ante tan indignada y enérgica protesta, Edgardo masculló unas palabras ininteligibles, excusándose, y salió de la sala.

Camino a la oficina barajaba mil conjeturas e hipótesis, a cual más descabellada. La filmación, hecha con todo detalle por un par de artistas profesionales contratados por él no había arrojado el resultado apetecido. Rafael era inocente, ¿o se trataba de un consumado

simulador, capaz de sostener su fingida inocencia hasta las últimas consecuencias? Pensó al idear el asunto que ante esas imágenes tan claras y contundentes, se desmoronaría, acabando por confesar el crimen. Subestimó al maestro, le quedaba mucho por aprender de él.

9 Sin salida

Cada día transcurrido era un paso más hacia el final, el tiempo expiraba; dentro de poco Guerra reclamaría un dinero que... incuestionablemente, le pertenecía.

Edgardo se desesperaba, la punta del hilo no aparecía, las cosas estaban más embrolladas que al comienzo de la investigación, si podía llamarse así a esa lamentable pérdida de tiempo. El caso volvió a adquirir inusitada notoriedad en la opinión pública, estimulada por la prensa, que no tenía otro tema en las últimas semanas.

El joven detective resolvió rehacer los pasos, comenzar de cero. Sabía que estaba pasando por alto un detalle o una serie de ellos, simples, insignificantes, pero fundamentales para esclarecer el enigma. Dispuesto a no distraerse con datos o informaciones de terceros, que inevitablemente volverían a llevarlo a un callejón sin salida, repasó todas y cada una de las palabras, documentos, fotografías y cuanto papel, conversación, grabación o programa tuviese relación, directa o indirecta con el caso y sus protagonistas. Prestó especial cuidado a las entrevistas, los múltiples reportajes realizados a uno y otro. Su cerebro fue registrando un enorme caudal de detalles, tratando de ensamblarlos uno a uno, como las piezas de un intrincado rompecabezas.

10 Un nuevo camino

Guerra declaró públicamente haber recibido llamados intimidatorios, exigiéndole se declarase culpable del homicidio; agregó que mal podía hacerlo, toda vez que era inocente y desde la lamentable desaparición de su amigo él pasó a ser otra víctima y la inmensa mayoría de la sociedad, su verdugo.

Una de tantas madrugadas encontró al joven investigador; exhausto, decidido a claudicar, cuando de pronto su semblante reflejó la luz de una sonrisa, síntoma inconfundible de que avizoraba el buen camino y el inminente desenlace de la complicada trama. “¡Qué ingenioso! –pensó- jamás se me hubiese ocurrido”.

A partir de ahí redobló sus esfuerzos, ahora disponía de elementos para trabajar y disipadas las tinieblas, la certeza de resolver el misterioso asunto le daba nuevas energías. Pisaba terreno firme, estaba segurísimo. Fue acumulando evidencia sobre evidencia y libre de la venda que cubría sus ojos al comienzo, vislumbró la historia en toda su magnitud. Sólo una mente brillante -diabólicamente brillante- pudo imaginar y organizar con tanta perfección cada detalle.

Estudió el pasaporte de Furiol, piedra fundamental de la investigación, y soltó una estentórea carcajada. “¡Descubrí la treta...! Si seré idiota –rió con ganas-, estando la evidencia ante mis ojos... ¡Cuánto me costó verla!

11 El antídoto

Multiplió las horas dedicadas al asunto, tenía las cartas de triunfo en las manos y las usaría ventajosamente. Preparó la última jugada, contando con la participación de los

mismos artistas que simularan el asesinato. Desarrolló un plan meticuloso, ¡perfecto! Tenía la partida ganada.

El factor sorpresa era fundamental, no podía fallar. Lo inesperado siempre impacta y esta vez no sería la excepción. Las pesquisas lo llevaron a comprender la siniestra trampa, más propia de un demente que de una mente lúcida, pero satánica al mismo tiempo. Un ser normal no pondría en marcha un plan tan maquiavélico, desquiciado e ilógico. Claro, un ser normal no lo haría, pero él, sí.

No salía de su asombro...

En la quietud de la noche repasó los hechos, desde el arribo de Rafael tras su periplo por el mundo hasta el momento del secuestro.

Todo obedeció a un plan elaborado concienzudamente y por último, presentado en el “escenario”.

Debía neutralizar lo hecho por su antiguo jefe, pero un sentimiento de compasión y lealtad le impedía obrar con la energía y el rigor correspondientes. Eximiría del pago a su cliente, anulando las pretensiones de Rafael y luego, le dejaría escapar.

12 La sorpresa

Caminaba distraído, sin prisa, en pocos minutos la compañía aseguradora iba a transferir el dinero a su cuenta en Suiza. Una suma considerable. El plan había dado sus frutos, valió la pena arriesgarse. Comenzó a desarrollarlo con cierta aprensión y ahora se disponía a cosechar el fruto de su esfuerzo.

Ensimismado, concentrado en estos pensamientos, llegó ante las oficinas de la casa central de la empresa, ubicada en la planta baja de un imponente edificio.

Con paso mesurado, avanzó hacia la entrada, donde un portero uniformado procedía a verificar la identidad de cada visitante.

Abrió el maletín y extrajo la notificación recibida. En el instante de alargársela al uniformado, Furiol salió sonriente.

-Hola Rafael, te aguardo en lo del Griego –hizo un simpático guiño al viejo policía y se alejó.

Guerra miró perplejo al pintor y el relámpago de una mueca rabiosa iluminó su semblante. El castillo de naipes se desmoronaba... ¡Estaba derrotado!

Sonriendo, en su automóvil, De la Riestra contempló al actor y dijo para sí: “¡Furiol, Furiol! Este artista podría ganar el Oscar. ¡Sin duda lo merece!”

Encendió el motor y partió, debía redactar sus conclusiones del caso y el informe para la aseguradora.

Conclusiones

Comenzó a escribir:

Me obsesionaba una teoría descabellada, ¡loca!, como toda la historia.

¿Podrá ser...? –Dudaba... y sospechaba-, era todo tan desquiciado...

Me sentí derrotado. Quedaba un último recurso: reinvestigar; arrancar de cero. Por lo tanto, deseché empecinado testimonios aceptados y conductas acreditadas.

Había contemplando sólo los hechos, ahora haría un cálculo de probabilidades y protagonistas.

¿Por dónde arrancar...? ¡Mi Dios...! ¿Por dónde?

Mis primeros pasos fueron a ciegas. Claro, los primeros, luego...

Nunca se mostraron juntos y eso me tuvo intrigadísimo, desorientado.

Buceé en las profundidades –podría decir- y al cotejar los pasaportes de Furiol y el ex policía lancé el grito:

¡Eureka! ¡Las huellas dactilares se corresponden! ¡Concuerdan!

¡"Eran" la misma persona! Es decir... ¡"Son" una sola persona!

¡Un genio inigualable! ¡Admirable de verdad!

Llegó incluso a representar una excelente comedia ante la superioridad policial: "*Mi amigo tomó en exceso y se siente mal, por suerte está dormido*". Lo señaló en el asiento posterior del coche; seguramente un motón de ropa.

Valiéndose de mil artimañas, creó e impuso la falsa personalidad del inexistente pintor, personificándolo él mismo.

Habrá realizado desesperados esfuerzos para adquirir ese tono de voz tan peculiar, con las consabidas deficiencias prosódicas, y tras una intensa práctica, lo consiguió.

“¡Cuánto me falta aprender! – se dijo, dio otro sorbo al coñac, retiró de la máquina la hoja con el informe, hizo un bollo con él y lo arrojó al cesto de los papeles-. Total... ¿A quién puede interesar esta historia? ¡Es súper aburrida! ¿Verdad?”

Transmutaciones

El sujeto avanzó tomando infinitas precauciones, parecía ignorar dónde se encontraba, o al menos, era escaso su conocimiento de esa geografía. Recorrió diversas dependencias de la finca: gallineros, corrales, establos, cochera, y por último, ya en la vivienda; se acodó en una ventana para observar hacia el interior con sumo interés.

La familia, reunida en torno a la mesa, miraba por televisión un capítulo de "Viaje a las Estrellas". Ante la aparición de varias naves espaciales, el observador soltó un agudo chillido, provocando la reacción de dos enormes perros que acudieron ladrando, y gruñendo amenazantes; arremetían ciegos de furia.

Las imágenes de la pantalla ejercían una especial atracción sobre el desconocido. Haciendo caso omiso de los perros, repitió el chillido con mayor intensidad, contemplando cómo un grupo de "extraterrestres" avanzaba decidido, en actitud desafiante. Los dentados guardianes, enloquecidos, amenazaban con atacar al curioso, mas sin llegar hasta él. Causaron tanto alboroto que el dueño de casa salió con la escopeta acompañado por el mayor de sus hijos provisto de una poderosa linterna. Llamaron a los animales y acariciándolos, lograron tranquilizarlos.

-Andará alguna comadreja u otro bicho -comentó el padre, regresando a la casa.

Reanudaron la cena, el curioso entrometido seguía espiando cada movimiento, perdida enteramente la noción de tiempo y espacio, interesado tan sólo en ver la serie; lo volvió a la realidad el silbido proveniente de un pequeño aparatito que llevaba colgado del cuello, presionó una tecla y el insistente sonido cesó.

"Debo regresar" -pensó, y emprendió veloz carrera, provocando una nueva acometida de los canes que, a los pocos metros, enfurruñados, abandonaron la persecución.

Corrió desesperado, temiendo llegar tarde; debía transponer un pequeño montículo, faltaba muy poco; de pronto tropezó y empezó a rodar por la pendiente. En la vertiginosa caída golpeó una y otra vez con la cabeza contra los guijarros, llegó hasta el fondo de una profunda hondonada y quedó inmóvil, tendido en la oscuridad.

Sus compañeros realizaron reiteradas llamadas, al no tener respuesta lo buscaron infructuosamente durante algún tiempo; la mayor dificultad que enfrentaban era el total desconocimiento del terreno. Tras varias tentativas, desalentados por el fracaso, desistieron.

Llevaban varios días en la zona, pero a causa del mal tiempo prácticamente no se habían movido del campamento.

Como era la última jornada decidieron disfrutarla a pleno y marcharon al amanecer hasta el sitio elegido, realmente maravilloso; un recodo del río Colorado de singular belleza, muy apropiado para los juegos acuáticos.

Confirmando las predicciones, el día se presentó maravilloso.

Conocían el paraje, cerca de Tinogasta; en él instalaron dos años atrás sus tiendas de campaña, cosa que ahora impidiera el clima. Representaba un gran riesgo acampar allí en época de lluvias, el río aumentaba su caudal y se embravecía con demasiada rapidez.

Como alumnos aventajados de Geología, sabían de sobra los desastres que puede causar una súbita creciente, o cualquier otro elemento natural fuera de control.

El agua estaba en calma, invitándolos a gozar de su suave caricia; hoy podrían bañarse y jugar sin inconvenientes. El Colorado parecía aguardarlos, como si fuesen viejos amigos -los muchachos pensaban que así era-, guardaban muy buenos recuerdos de la anterior visita, más de veinte días "conviviendo" no eran para echar al olvido.

Rápidamente los juegos se generalizaron con la consiguiente algarabía: gritos, exclamaciones de alegría, cánticos y silbidos; se estaban resarcido con creces de las recientes penurias pasadas durante el temporal.

Por la tarde, siguiendo una vieja costumbre, recogían piedras y semillas y tomaban

fotografías desde todos los ángulos, como si cada uno quisiera llevarse lo mejor del magnífico paisaje.

La jornada transcurría en forma apacible... De pronto, Iván, el "fotógrafo" del grupo quedó envarado, como petrificado.

-¿Qué te pasa?

-Nada... Lucas... nada.

-Sin embargo, estás pálido -manifestó Ángel-, parecés un muerto.

-Vengan, les voy a indicar de qué se trata.

Se acercaron e Iván señaló con el dedo una gran piedra con la forma de una montura, una enorme y hermosa montura.

-Y... ¿qué les parece?

-Una piedra -respondió Ángel-, parece la montura de un gigante; ¿por qué, qué tiene de raro, salvo esa forma tan original?

-¡Antes no estaba! ¡Eso tiene de raro! ¿Te parece poco?

-Vos estás loco... ¿de dónde salió, eh...?

-En el viaje anterior saqué varias fotografías desde acá a los chicos bañándose y ahora esa bendita piedra me los tapa...

-¡Hum! ¿No habrás tomado de más?

-¡Avisá! Sabés de sobra que no "chupo" ni en los asados.

Sus amigos echaron la cosa a risa, haciéndole algunas bromas y pasado un rato retomaron el ritmo normal.

Llegó jadeante y vio a la nave suspendida en el espacio. Emprendía el regreso.

-¡Esperen, no me dejen! -su voz sonaba angustiada en el diminuto parlante.

-No podemos interrumpir el programa, desde el inicio de la expedición está todo rigurosamente controlado y es imposible alterar las condiciones preestablecidas.

-Y ahora, ¿qué pasará?

-Piensa intensamente en el objeto que más llamó tu atención, el resto queda a nuestro cargo, tenemos ya muchos de nuestros navegantes esperando en este planeta en iguales condiciones, oportunamente vendremos a rescatarlos.

-¿Puedo elegir, entonces...?

-Con total libertad, te crearemos con un tamaño gigantesco para que no te cambien de lugar; aquí, en Capilla del Monte, quedarás esperando, y aquí te encontraremos.

-¿Todo listo?

-Sí, estoy preparado.

Desde el platillo, un haz luminoso se proyectó sobre el malogrado explorador; en pocos segundos, la nave, rodeada de un intenso resplandor, se perdió; pasó a ocupar otra dimensión.

El pasajero abandonado también desapareció y surgida de la nada quedó en su lugar una colosal escultura pétreo con la forma de un zapato. ¡Un inmenso zapato!

Una vez más, la "*transmutación*" se había cumplido sin inconvenientes.

En La Plata un joven estudiante de Geología miraba y remiraba intrigado las dos fotografías. ¡Eran casi idénticas!

¡Casi, casi idénticas...! ¡A no ser por...!

Un caso extraño

Nunca quise referir esta historia, ahora verán el motivo. En cierta oportunidad me aconteció algo realmente extraño, por cuya causa viví momentos de intenso desasosiego; de pronto, la solución –como sucede la mayoría de las veces- llegó de manera fortuita.

Hace dos años, en pleno invierno, realicé un viaje hasta la estancia "El Zorro" (casi olvido decir que poseo un pequeño camión). Partí a media mañana, con bastante desconfianza a causa del tiempo, lloviznaba y tendía a empeorar; me preocupaba el estado de los caminos, cuando caen cuatro gotas se tornan intransitables.

El agua no aflojó en momento alguno; por suerte descargamos sin problemas en un enorme galpón y emprendí el regreso como a las diez de la noche; desoyendo la invitación y los consejos del encargado respecto a pernoctar en la estancia. Muy cordialmente ofreció alojarme y yo –con delicadeza, para no ofender su espíritu solidario-, rehusé agradecido. Justifiqué mi apuro alegando un compromiso, inexistente, desde luego.

Apenas salí del campo comprendí que la cosa no iba a ser fácil; se formaron muchos charcos, y los que encontré al venir crecieron hasta alcanzar dimensiones sobresalientes. Pensé regresar y aceptar la hospitalidad ofrecida, pero el amor propio y la dificultad de maniobrar para pegar la vuelta en esa calle tan angosta, lo impedían. Por lo tanto, a marcha muy lenta -al tranco, como quien dice- continué el penoso avance. Recorrí un buen tramo y de pronto las luces dieron dos o tres parpadeos, “lo único que faltaba” -me dije; la idea de pasar la noche en aquellos andurriales no me seducía en absoluto. Proseguí la marcha y como la falla no se repetía, suspiré aliviado.

-¡Ah, forcito viejo, nomás, sos de fierro!, -solté eufórico; haciendo honor a la nobleza del camoncito, que luchaba arrastrándose, mientras el granizo golpeaba fieramente y el fuerte viento del norte intentaba detenerlo.

-¡Vamos, hermano, vamos...! -El grito de entusiasmo murió en mis labios. ¡Quedé sumido en la oscuridad! Accioné varias veces la llave, por si estaba ahí la falla, toqué los fusibles bajo el tablero; nada, todo normal. Tomé la linterna, descendí y miré las luces de estacionamiento; por supuesto, apagadas. La linterna estaba casi sin pilas, menos mal que el granizo había cesado; pero llover, llovía, y mucho, en pocos minutos estuve empapado.

-Encima... ¡Sobre llovido, mojado, qué suerte perra!, -dije en voz alta, como si pudiese escucharme alguien.

Revisé los fusibles con más atención, todo parecía normal; toqué unos cables debajo del tablero -podía haber uno suelto-, se produjo un fuerte chispazo y por poco me quemé los dedos. “Dormiré acá, y sin comer -pensé resignado-, de día será otra cosa”.

-¡Eh, don, *abajese*³³, venga...! -Pegué un salto, miré hacia mi derecha (de ahí provenía la voz) y vi una lucecita-. Acá tiene un lugar seco y *abrigao*, además hay comida *calientita*, ¡venga, venga!

-¡Ya voy, don, enseguida! -bajé con la linterna y una llave, retiré un borne de la batería (por las dudas) y me dirigí hacia la lucecita y el paisano.

-Buenas noches...

- No tan *güenas*... ¡Qué tormentita, eh!

- La verdad, bastante brava.

-Pase. -Así lo hice, el ranchito era de adobe, pero confortable; en un rincón, sobre el piso de tierra, ardían varios troncos.

A primera vista parecía un buen hombre: de complexión robusta y cutis blanco, usaba barba y bigote cuidadosamente recortados; se movía con rapidez a pesar de los años

³³/ **Abajese:** Por bájese; modismo muy usual entre los criollos. Sucede igual con “güeno”, lao, etc. N. /A.

(calculé que andaría por los setenta y tantos). Retiró carne de una fiambarrera, preparó un cuarto de cordero y lo puso en la parrilla sobre las brasas. Me saqué la campera y la camisa y junto al fuego entré en calor enseguida.

-Pa´ entonar la garganta –dijo, ofreciéndome el primer amargo. La carne comenzó a chirriar y despedía un olorcito tentador (pensé que los asados en el campo tienen otro aroma y un sabor especial); si hasta el humo es diferente.

-Perdone la falta e´ vino, no tomo hace años...

-No hay problema –respondí. El cordero estaba exquisito, a pesar de no contar con vino ni pan (lo último no lo mencionó mi anfitrión y evité comentarlo por cortesía).

Él no cenó, claro, eran más de las dos de la mañana; yo venía sin probar bocado desde el mediodía; por eso estaba “más bueno todavía” el asado. Comenzamos a charlar de una cosa y la otra hasta que tocamos un tema que siempre me apasionó.

-Y sí, acá cerca está la tapera del boliche "Las Cuevas"; del último, me parece.

-¡Ajá! En *realidá*,³⁴ quedaba algunas cuabras más *pa´l naciente* -dijo el viejo-, era “*suterráneo*”; bajo tierra, *usté* me entiende -asentí con la cabeza, no deseaba interrumpir su narración-, en una lagunita cercana siempre se veían caballos pastando, en ocasiones *maniaos*, otras veces al *cuidao* de algún *soldao* o de un paisano, *asigún* si los dueños eran *melicos* o troperos. -Lo miré fascinado, sin pestañear siquiera, en trance-. Los pampas *vichaban* el asunto hasta que una ocasión vieron al bolichero llenando dos cubos de agua; luego tomó un rumbo como *pa´l* sur desde la lagunita y lo perdieron de vista. El muy ladino tenía el negocio bajo tierra; al bajar, desde la escalera nomás corría una madera cubierta de pastos y así “cerraba” el boliche. Los *indinos*³⁵ siguieron montando rigurosa guardia y un día descubrieron el “pastel”³⁶. Cuando el pulpero bajó comenzaron a echar tierra en “la cueva” hasta cubrirla; sepultaron vivos a parroquianos y bolichero. ¿Sabía esta historia?

-Se la escuché a mi abuelo, pero con menos detalles –respondí-. Me gustaría conocerla bien. El Boliche “Las Cuevas” o de “Martín Arca”³⁷ hizo historia. Hoy sólo queda la leyenda. Dicen que los días de fiesta casi siempre terminaban con uno o varios muertos...

-¡No, joven! No crea todo lo que cuentan, hay mucha fantasía, cada cual le va agregando o quitando algo a la historia, hasta cambiarla por completo.

-Sin embargo, hace unos años araron una parte del campo todavía virgen y encontraron varios cuerpos sepultados a poca profundidad, uno al lado de otro...

- ¡Sí! Posiblemente de cuando vino la peste. Los paisanos morían como moscas. Hasta “*No Juan Maldonao*”, un güen hombre, muy servicial, el mejor resero e´ la zona; cayó *vítima* e´ la maldita plaga. ¡Peste e´ mierda...! *Perdonemé usté* la palabreja.

-¡Por favor...! –Cuando iba a encender un cigarrillo en el fuego mi anfitrión me alcanzó un antiguo “yesquero” (una verdadera reliquia que funcionaba perfectamente), lo usé y al intentar devolvérselo, dijo:

-No, amigo, *dejeló*, se lo regalo, *lleveló* como recuerdo. Lástima que no tengo más yerba, *usté* a lo mejor quisiera *golver a yerbiar*, yo hace *añares* que no fumo ni tomo mate. “Se lo habrá prohibido el médico” -supuse.

-Diga, don, usted debe conocer bastante sobre Martín Arca y su historia... –Yo ansiaba retomar el tema.

-Martín Arca... ¡Ah...! Ése no era su verdadero nombre; pero no viene al caso... ¡Martín Arca...! ¡Claro que lo conocí!

³⁴ / **Realidá:** Por “realidad”. Una de tantas deformaciones fonéticas muy comunes en la campaña. N. /A.

³⁵ / **Indinos:** Barbarismo por “indignos”, aludiendo a la crueldad de los aborígenes. N. /A.

³⁶ / **Descubrir el “pastel”:** Descubrir el engaño, la trampa. N. /A.

³⁷ / **La “Leyenda del Boliche Las Cuevas”**, escrita por el autor, se encuentra en la Universidad Nacional de Río Cuarto, entre las *Historias y Leyendas de la Provincia de Córdoba*. N. /A.

Me dispuse a escuchar la historia, sabrosa, intrigante.

-Lástima, ¿sabe?, es medio tarde, dejaremos la cuestión *pa'* otro momento –miré con disimulo el reloj, las cuatro de la mañana-, ¿necesita que lo *recuerde*³⁸ en algún horario, don?

-No, total voy sin apuro, gracias.

Preparó un catre, el único que había, me lo señaló y él se tendió cerca del fuego sobre unos cueros de oveja.

-¡No, la cama es suya! ¡Déjeme, dormiré ahí!

-¡Faltaba más, *usté* es mi *invitao*!, además, ese catre no lo he *usao* por años. Que descanse.

-Gracias, igualmente. -Quedé sumido en mis cavilaciones. “¿Será de fiar este paisano, o intentará robarme una vez dormido?” ¡Cuán ruin es el ser humano! Me brindaba lo poco que tenía y yo, en vez de sentirme agradecido, pensaba estupideces.

Me levanté como a las nueve y media, parecía de noche, una espesa niebla cubría el paisaje. Salí del rancho y busqué a mi anfitrión para despedirme, no lo vi por lado alguno; tampoco hallé rastros del perro que dormía junto a él, pensé: “Habrá salido a cazar algún bicho”. Hice bocina con las manos y grité varias veces llamándolo, esperé un rato y al ver que no aparecía, conecté la batería y puse en marcha el camión (ahora funcionaba todo sin contratiempos). Con el mejor de los ánimos, reemprendí el interrumpido regreso.

Había marchado pocos metros y el rancho desapareció como por encanto, “¡claro, la intensa neblina lo tapa!” -colegí. Por si deseaba volver un día, estudié los alrededores para orientarme

Volví al trajín de la vida... viajes y más viajes. Dos meses después, aprovechando un hermoso domingo de sol, salí en el coche con mi esposa, la nena de seis años y el pibe de catorce; visitaríamos al viejo criollo para agradecer sus atenciones. Mi señora llevaba una torta y lo necesario para preparar un exquisito chocolate; por supuesto, antes disfrutaríamos de un regio asado.

Llegamos al lugar donde -de acuerdo a mis cálculos- estaba el rancho; sin embargo, no aparecía. Recorrimos un tramo más por si había algún error, nada; retrocedimos varios kilómetros, lo mismo; parecía habérselo tragado la tierra. Al interrogar a un paisanito que pasaba arreando unos terneros, me miró sorprendido.

-¿Rancho... por acá? ¡No, ninguno! -le expliqué, sin entrar en mayores detalles-, *pa'* mí con la tormenta se confundió de camino, salió *pa'l otro lao* y agarró una calle muy parecida a ésta, seguro.

Le agradecí y siguió con su tarea.

“Después del rancho, pasé la curva, junto a la laguna “La Escondida” y frente a la tranquera de la estancia y luego doblé hacia el norte, por la calle larga...” –iba rehaciendo el trayecto.

La cosa quedó en el misterio y me tuvo medio turulato durante días; más pensaba en lo ocurrido y mayor era mi confusión.

La verdad fue tanto o más desconcertante que el enigma en sí.

Falleció el padre de un amigo y, como corresponde, fui a acompañar sus restos. Según mi costumbre, di una vuelta por el cementerio. Recorrí los pasillos sin apuro; “la muerte no tiene tiempos ni prisas” -pensé. De pronto, el corazón me dio un vuelco.

Allí, donde menos podía imaginar, estaba. Me acerqué, despacito, muy despacito; como temeroso. Sí, era el mismo paisano, el viejito que me hospedase tan solícito esa noche de lluvia.

³⁸/... que lo “*recuerde*”. Recordar, término usado en vez de “llamar” o “despertar”. N. /A.

Leí la placa: Juan Olegario Maldonado, resero y sostén del necesitado. (1912-1961)
¡Llevaba fallecido muchos años...! ¿Cómo podía ser...?

Certificándome a mí mismo la veracidad del episodio, colgado del espejito del camión, mudo e indiscutible testigo, el precioso “yesquero”, aún hoy, continúa columpiándose graciosamente.

Viaje a la libertad

Las ametralladoras tabletearon toda la noche. Los desdichados permanecían ocultos en una zanja llena de barro maloliente; huían del horror, de la muerte. Un joven matrimonio, sus dos niños y el anciano, caminaron dos días bajo una intensa nevada. El abuelo avanzaba con lentitud, las muletas se hundían en el lodo, dificultando la marcha. Con el corazón galopando como un potro desbocado, se acercaron a *Montreux-Vieux*, destino escogido por la familia. Desde allí se veía el pueblo.

La “*Línea Maginot*”³⁹ vigilaba celosamente la frontera, prestando ayuda a miles de refugiados; del otro lado estarían a salvo.

A media noche amainó la tormenta. Comieron lo último que tenían -unos trocitos de chocolate- y durmieron un par de horas.

Amanecía; era el momento; en minutos llegaría la primera patrulla alemana y luego sería imposible cruzar. El viejo, salió reptando de la zanja.

-¡Vamos, vamos a la libertad! -su grito vibró en el aire de la gélida mañana. Aprovechando la pronunciada pendiente del terreno, puso todas sus energías en el impulso y pasó velozmente bajo la alambrada. Los demás lo imitaron.

Limpiándose los arañazos producidos por las púas del alambre espinoso, besó el suelo francés gritando entre sollozos: “¡Libres! ¡Gracias a Dios! ¡Libres!”

Del otro lado, implacable, la guerra. La incomprensión y el odio elevados a su máximo exponente.

^{39/} **Línea Maginot:** sistema de fortificaciones defensivas construidas en el noreste de Francia durante la década de 1930; recibió tal denominación en honor del ministro de Guerra francés *André Maginot*; que fue quien la propuso e instaló. Nota del Autor.